

# LATITUDES

REVISTA CULTURAL DEL COLEGIO DE CIENCIAS Y HUMANIDADES | Abril de 2020 | Núm. 3

## ¿POR QUÉ EVADIMOS LA ORTOGRAFÍA?

La responsabilidad de la escuela,  
del profesor y el alumno

**SOMOS LO QUE  
ESCRIBIMOS**

**LOS ERRORES ORTOGRÁFICOS  
más frecuentes**

**ENTREVISTA CON LA DOCTORA  
Concepción Company Company**

**GARCÍA MÁRQUEZ Y SU  
"Botella al mar para el  
dios de las palabras"**

**FRANCISCO TOLEDO,  
una épica de nuestro tiempo**

**UN TEXTO DE DAVID HUERTA**





Colección

# La Academia para Jóvenes

Un proyecto de fomento a la lectura  
para el bachillerato universitario por parte del  
Colegio de Ciencias y Humanidades y  
la Academia Mexicana de la Lengua



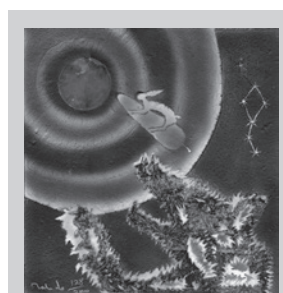
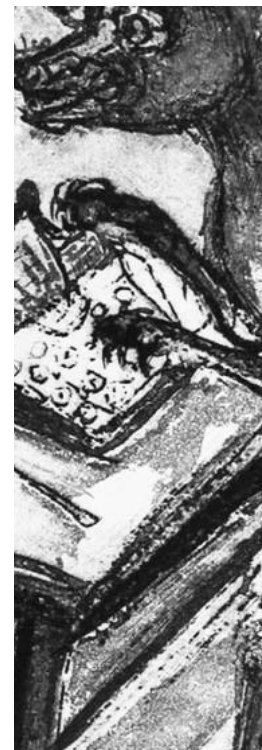
## TÍTULOS NUEVOS



Puedes consultarla en:  
[www.cch.unam.mx](http://www.cch.unam.mx)

# ÍNDICE

- 2 Presentación: El lenguaje como la casa del ser
- 4 Somos lo que escribimos. La escritura y la ortografía entre los profesores
- 10 Habla, lengua, lenguaje
- 12 ¿Y los libros, ayudan?
- 13 ¿Cuál es el problema con la ortografía?
- 18 Lugares comunes y frases hechas
- 20 Concepción Company Company: “Corregir el idioma es un deber moral con la sociedad”
- 28 Los errores ortográficos más frecuentes
- 36 Virtudes que se vuelven vicios
- 42 Política y corrupción del lenguaje
- 46 Simplificar la gramática
- 52 Perlas del lenguaje
- 56 Zorro Viejo
- 66 Biblioteca de conversos
- 72 Francisco Toledo, una épica de nuestro tiempo
- 82 Francisco Toledo (1940-2019)
- 92 Un relato de amor virtual
- 96 Naufragios: El fin de la felicidad



En portada: *Cuento del conejo y el coyote*. Edición facsimilar, numerada y firmada por Francisco Toledo. 27 x 25,5 cm, en papel hecho a mano por los Amigos del Taller de Papel de Oaxaca, A. C.



Agradecemos a la asociación Amigos del Instituto de Artes Gráficas de Oaxaca (IAGO) y al Centro Fotográfico Manuel Álvarez Bravo A. C., el apoyo recibido para contar con las imágenes de la obra del maestro Francisco Toledo para ilustrar este número de **LATITUDES CCH.**

# EL LENGUAJE COMO

**S**e ha dicho de quienes señalan las faltas ortográficas que se trata de personas intolerantes, quisquillosas y aun problemáticas para entablar buenas relaciones sociales.

Lo cierto es que el cuidado en el empleo del lenguaje existe desde su invento mismo. Esta función la realizaba antiguamente un reducido grupo, la de los escribas, y trascendía poco al grueso de la sociedad porque sus destinatarios eran también una élite: futuros gobernantes, sacerdotes, dirigentes guerreros y nuevos escribas.

Cuando la educación llegó a grupos más amplios se prepararon incluso los primeros libros para enseñar su empleo correcto; no es casual que *ortografía* se componga de dos partículas griegas (*orto* y *grapho*), pues esta cultura de la Antigüedad fue la primera en producir libros fundamentales para el empleo del lenguaje y el logro de sus propósitos: comunicar y convencer, como es el caso de la *Retórica* de Aristóteles, especialmente el Libro III, donde se ocupa de la selección de palabras y términos, el empleo de los tropos y la estructura de las frases.

Herederos de la cultura griega, los romanos llevaron la enseñanza del lenguaje a estadios sumamente elevados, pues la disciplina que la enseñaba, la retórica, abarcaba la formación integral del hombre. El sabio que reunió la *paideia* antigua, Marco Fabio Quintiliano, escribió un libro de carácter enciclopédico para instruir acerca del uso del lenguaje, la *Institución oratoria*, que aún sigue siendo consultado por quienes desean persuadir con la palabra.

Durante la Edad Media la enseñanza se organizó en dos grandes secciones: *Trivium* y *Cuadrivium*, donde la primera incluía la



# LA CASA DEL SER

enseñanza de la gramática, la dialéctica y la retórica, mientras la segunda comprendía la aritmética, la geometría, la astronomía y la música. Las primeras representaban lo que hoy denominamos las humanidades, en tanto que la segunda, las ciencias.


Durante la Edad Moderna la enseñanza del bien leer y escribir persistió, sólo que con la aparición de los estados nacionales y sus lenguas, así como el avance de las ciencias, la enseñanza del lenguaje fue atribuido sobre todo a la gramática, una de cuyas ramas más importantes es la ortografía.

En nuestros días, en que los estudios sobre la lengua, el proceso del conocimiento y la relación del lenguaje con cuestiones psicológicas, filosóficas, artísticas, cognitivas y científicas revelan su importancia, al igual que intuyeron los sabios de la Antigüedad, la escuela debe asumir su papel y ocuparse sin ninguna dubitación de este aspecto central del hombre. Por algo Martin Heidegger expresó que “el lenguaje es la casa del ser”. Esa es la razón por la que el presente número de *Latitudes CCH* está dedicada a destacar la importancia de enseñarlo y emplearlo bien.

Ilustra este número la obra de un oaxaqueño y mexicano universal, Francisco Toledo, a quien las nuevas generaciones que se preparan deben conocer y aquilatar, pues es en el arte donde se manifiesta a plenitud el espíritu y la fortaleza de un pueblo. Damos las gracias cumplidamente a sus herederos por permitirnos emplear la pintura del inmortal artista. **L**

BENJAMÍN BARAJAS SÁNCHEZ  
**Director General del  
Colegio de Ciencias y Humanidades**





# Somos lo que escribimos

## La escritura y la ortografía entre los profesores

JAIME LEÓN HERRERA-CANO

Francisco Toledo, *El perro topil*, 2012.  
Aguafuerte sobre papel. 26.5 x 24 cm





**S**i un profesor no se preocupa por señalar las faltas ortográficas de sus alumnos, mucho menos por corregirlas o ayudarlos a que las superen, seguramente lo hace por dos motivos: porque no le interesa hacerlo o porque tiene las mismas dificultades que ellos en gramática.

¡Claro!, puede esgrimir como excusa que eso no le corresponde; que es obligación del profesor de Taller de Lectura y Redacción, sin considerar que el cuidado de la ortografía es responsabilidad de todos y que en el aprendizaje de cualquier materia se requiere el uso correcto del idioma.

Esto no significa que los profesores del área de Talleres de Lenguaje las tengan todas consigo; sorprenderían sus faltas ortográficas, sus problemas de redacción y su escaso ánimo por escribir, aunque más de uno se excuse al decir: “Eso no es lo mío”, o “No me gusta escribir”.

En general somos muy parecidos a los miembros de una comunidad ágrafa, es decir, aquella donde nadie quiere escribir o no le gusta hacerlo por temor a la crítica. Pocos escriben, la mayoría lo hace mal y por tanto evade la responsabilidad de enseñar el buen uso del idioma.

La comunicación se reduce a niveles muy elementales; los pocos escritos que se producen son documentos indispensables para lograr una promoción, para solicitar una prórroga o un permiso, para denunciar un hecho o para cualquier otra necesidad básica, y resultan deplorables en su redacción, lo cual les augura pocas posibilidades de éxito. Basta leer los órganos de comunicación interna para observar su escaso léxico, mala puntuación, faltas ortográficas y ni hablar de la existencia de un estilo.



Que esto suceda en un medio en donde la escritura no se requiere de forma primordial ni redactar bien sea un asunto central, como en una fábrica o un centro comercial, puede pasar; pero en un ambiente donde la enseñanza de la lengua es fundamental, adonde acuden millares de jóvenes para aprender a leer y escribir correctamente, resulta inadmisibles. La escuela es una “comunidad letrada” ha dicho Delia Lerner (*Escribir y leer en la escuela: lo real, lo posible y lo necesario*, FCE, 2008), así que desentenderse de esta obligación es lisa y llanamente la evidencia de un fracaso. De la institución, de sus directivos y sobre todo de los profesores.

## 2

¿Por qué sucede lo anterior? ¿Cuándo descuidamos la escritura y llevamos su empleo a niveles tan ínfimos? ¿Se debe tal vez a la especialización del conocimiento, que nos obliga a concentrarnos en nuestra área y hace desentendernos de otros temas? ¿Lo provocan los medios audiovisuales y su bombardeo constante de imágenes y sonidos que hacen de la lectura una actividad arcaica y aburrida? ¿Se debe a la abundancia de información que nos inhibe y nos impele a no generar más escritos, so pena de contaminar el planeta? ¿O es consecuencia del neoliberalismo, que impuso su influencia nefasta incluso en la ortografía?

Son varios los factores, pero se pueden resumir en tres palabras: pérdida de exigencia. Cualquier profesor que rebase la cincuentena de años (mayoría en el CCH) podrá recordar la época cuando la profesora de primaria o de secundaria se esmeraba porque sus alumnos aprendieran ortografía e imponía trabajos extras, obligaciones adicionales y algunas veces castigos a quien no quisiera aprender o se mostrara renuente a la disciplina. En el nivel medio superior se enseñaba a redactar y se aprendía

a escribir todo tipo de textos y la calificación más alta se obtenía con un trabajo bien hecho.

De pronto esta exigencia desapareció. Con la explosión demográfica de la población estudiantil, la modificación de los modelos educativos, la apertura de nuevas instituciones y los cambios políticos que los acompañaron el panorama se transformó. El problema fue que nunca se pensó ni se creó nada eficaz para reemplazar aquella exigencia.

Toda insistencia en el esfuerzo, en el trabajo paciente, tenaz y constante fue considerada una expresión autoritaria y manifestación del sistema caduco que se combatía en calles, espacios políticos y escuelas. ¿Ortografía? ¿Gramática? ¿Sintaxis? ¿Exámenes? ¿De qué me sirven si soy explotado y, en todo caso, sólo servirán para que me exploten mejor? ¡Libertad, es lo que debemos exigir! La escuela sin muros, la autogestión, la cancelación de toda forma de evaluación; esto es por lo que debemos luchar. Que los alumnos califiquen a los profesores, que baste nuestra asistencia para comprobar que estudiamos, que haya pase automático para todas las profesiones, que existan múltiples opciones de titulación, que nos aseguren empleo una vez concluidos nuestros estudios. ¡Eso es una escuela realmente de vanguardia y revolucionaria!

Y aquí estamos, convertidos en víctimas y victimarios del desplome educativo que trajo consigo esa pérdida de exigencia y esfuerzo, entre otros factores. Si no conocemos las normas gramaticales, lo más seguro es que nuestros alumnos tampoco las conozcan y mucho menos lograrán dominarlas. Si no sabemos leer ni redactar es seguro que ellos tampoco puedan hacerlo. Si no sabemos hacer un resumen ni enseñamos cómo hacerlo, ¿cómo pedirlos a nuestros estudiantes? ¿O reseñas, ensayos y artículos que tampoco enseñamos su redacción? ¿Cómo vamos a contagiar el gusto por la lectura si no leemos?

Cada vez nos enteramos de los desastrosos resultados obtenidos en comprensión lectora,



matemáticas y ciencias. Y eso, que debería avergonzarnos porque son los mismos desde que iniciaron las evaluaciones (año 2000), nos deja indiferentes. En todo caso, nos consolamos diciendo que estamos por encima de Haití, Burundi y El Salvador. Peor aún, achacamos el desastre a un modelo económico que nos discrimina y condena a perpetuidad. ¿Para qué existen las escuelas, entonces? ¿Para qué enseñamos si no creemos que la educación es la única forma de prepararse para lograr la movilidad social?

Algún despistado dirá que ni la UNAM ni sus bachilleratos participan en esas evaluaciones y esto supondría que sus egresados son mejores en matemáticas, ciencias y comprensión lectora, pero sabemos que no es así. Comparten las mismas insuficiencias educativas que los egresados de otros bachilleratos. El desplome educativo es general y poco consuelo produce saber que el CCH logra un egreso cercano al 70%, si estamos conscientes de la calidad de los aprendizajes con que los estudiantes egresan. Que existan uno o dos alumnos sobresalientes, como siempre, son tan sólo excepciones que confirman el lamentable aprendizaje que logra la mayoría.

Quizá nada exhiba mejor nuestro papel de víctimas en este desastre que la incapacidad para entender y aceptar el desplome y proponer medidas para atenderlo (en lo que a nosotros compete, es obvio). También es signo de esto nuestra incapacidad para mirarnos y reaccionar ante lo que el diáfano espejo de nuestra escritura nos entrega: trabajos mal escritos, apatía por la escritura, lecturas insuficientes, apego a dos o tres fórmulas mal aprendidas desde nuestra época estudiantil e incapacidad para realmente actualizarnos. Carecemos de un sentido autocrítico, cuando son justamente nuestros escritos los que mejor dicen nuestra condición de víctimas y victimarios del desplome educativo. Como decía el escritor y crítico inglés Samuel Johnson acerca de un mal colega: “No sólo es un idiota sino que provoca la idiotez de los demás”.

Habría que reflexionar, por otra parte, cuál es la imagen que proyectamos a través de nuestra escritura. ¿Qué imagen damos a nuestros alumnos, amigos y conocidos, a los medios de información y a la sociedad en general cuando ven nuestros escritos, nuestras pancartas y mantas con enormes faltas de ortografía?

Con el reciente cierre de las escuelas miraba los noticieros de TV y veía Preparatoria N°8, N°9 o N°3; o C.C.H./ U.N.A.M., y reflexionaba que tal vez esa actitud (cerrar de inmediato las escuelas ante cualquier problema) es la causa de que en un centro de enseñanza se ignore que número no se abrevia N° sino Núm., y que no va punto entre las letras que forman una sigla, como son CCH y UNAM. Una falta nimia, dirán, pero que dice mucho si se trata de una escuela y sobre todo si la exhibe en sus muros y puertas. No debemos olvidar que en 2013 la Secretaría de Educación Pública cometió 117 errores ortográficos en los libros de texto gratuitos. Así escala el descuido y, como bien advierte Octavio Paz: “Cuando una sociedad se corrompe, lo primero que se gangrena es el lenguaje.”

La ortografía sí importa, y en una comunidad letrada la imagen que proyectamos con ella es mucho más importante que nuestra apariencia física. Porque nuestros escritos dicen mucho acerca de nuestra preparación, cultura y eficacia como docentes. ¿Qué revelan nuestros textos? ¿Qué dicen nuestras palabras y frases mal dichas cuando las pronunciamos en voz alta? Reflejan nuestra educación, el respeto hacia nuestros interlocutores y tal vez estén diciendo, sin que nos lo proponamos, qué tan inteligentes o ignorantes somos.

Por ejemplo, si empezamos a leer un libro y en la primera página descubrimos tres o cuatro errores ortográficos, lo más seguro es que lo abandonemos. Nuestra atención y estima por ese autor decaen. Igual si alguien nos entrega un escrito repleto de faltas de ortografía, frases

repetidas, vocabulario pobre e ideas poco claras, lo más seguro es que pensemos: “¡Pobre cuate, le falta mucho!” ¡Qué distinta es la reacción que provoca un trabajo limpio, claro, sin errores gramaticales y bien estructurado!

Encuentro esta cita en el blog del profesor Carlos Melero, que sintetiza muy bien la idea: “Nadie va a morir de ortografía, ni de educación, pero la ortografía es un reflejo de la educación y la educación está detrás de todos los problemas. Escribir bien significa respetar al interlocutor, a quien le estás hablando, a quien le diriges tu mensaje. La ortografía no es la perfección, ni una falta ni dos ni ninguna, la ortografía es una actitud.”

Considero que los profesores cometen errores, más que por ignorancia, por algunas actitudes: descuido, pose, imitación, deseo de hacer notar su pertenencia a cierta comunidad.

El descuido es un pecado capital. Pocos tienen la costumbre de revisar una y otra vez lo escrito. Escribir es fácil. Revisar una y otra vez lo redactado, cotejar datos, saber si la palabra que se ha puesto expresa bien lo que queremos decir, analizar el texto auxiliado de un buen diccionario, darlo a leer a otra persona antes de presentarlo, etc., son pasos que casi nadie da. No saben que escribir un texto es apenas la mitad, corregirlo es la otra. La mayoría descuida la revisión.

La pose es la pretensión de parecer lo que uno no es. Pasar como un gran académico, como una persona concedora, culta o experta; ésta nos hace poner a nuestros escritos términos que dan lustre o que consideramos otorgan calidad: *sororidad, expertise, empoderamiento, coaching, accesar*, etcétera, o llenamos de referencias inútiles nuestro trabajo. Los textos académicos ahuyentan a sus potenciales lectores por estas vanas suposiciones.

Me parece que la escena más graciosa de la película *Ahí está el detalle* (Juan Bustillo Oro, 1940) es cuando todos terminan imitando la manera de hablar de Cantinflas. Así sucede en algunas comunidades, para mimetizarse uno

habla como los demás: usa los mismos términos y hasta emplea el mismo tono. Muchas frases hechas, latiguillos y ciertas palabras son típicos del CCH o de la comunidad universitaria: a nivel de, implementar, al interior de, abocar, avocar, etc. Escucho o veo estas palabras en un escrito sin saber quién lo hizo y de inmediato pienso: su autor es del CCH. Así en el periodismo, en la abogacía, en el ámbito del espectáculo y en muchas otras comunidades.

#### 4

Aunque me he apartado un poco de la ortografía y he aludido a cuestiones gramaticales y de estilo, es necesario porque de todos estos vicios adolecen nuestros escritos. Para centrarnos otra vez en aquella, sinteticemos las consecuencias negativas que traen su descuido u olvido:

1. Sin su empleo adecuado los escritos generan confusión, poca claridad y no logran su propósito de comunicar e informar.
2. Cancelan la posibilidad de lograr los objetivos que nos hemos propuesto mediante el escrito.
3. Cuando los lectores identifican una ortografía deficiente su atención hacia el texto decae de inmediato.
4. Nada hace perder más rápido la credibilidad y la confianza en alguien que los errores ortográficos.
5. Un escrito con errores de este tipo molesta a nuestro destinatario y lo predispone en contra de nuestra propuesta y aun de nosotros mismos.
6. La carencia del uso correcto del idioma puede impedir que se consiga un empleo.
7. La imagen de corporaciones, industrias, comercios e instituciones depende en una parte muy importante de la ortografía.
8. Las faltas ortográficas nos hacen ver menos inteligentes de lo que somos.

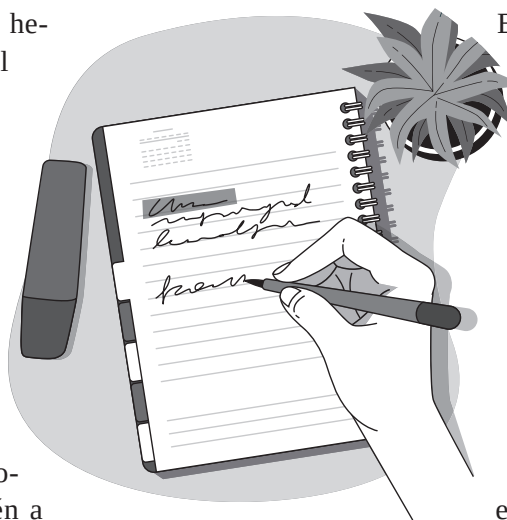


9. La ortografía dice más que la sonrisa, el estilo de vestir y la apariencia en general.
10. Las personas con mala ortografía son menos atractivas.

Son varias más las consecuencias (no aprobar un concurso o una evaluación, por ejemplo) de una mala ortografía en el ambiente académico, pero éstas las incluyen. Son varias también las opciones para corregirla o mejorarla (desde tomar cursos, leer buenos libros e incluso manuales de gramática). El lenguaje es algo siempre perfectible y no puede haber nadie que considere dominarlo totalmente.

Lo fundamental es rescatar las dos condiciones que hemos abandonado para el estudio: la exigencia y el esfuerzo personal, porque su aplicación a todo lo que hacemos implica no sólo mejorar nuestros escritos sino también mejorar como personas.

Todos sabemos que en la escuela se forma no sólo a los futuros profesionistas, sino también a los futuros ciudadanos. Conocemos también la importancia del lenguaje para plantear ideas y propuestas, para evaluar y analizar problemas, ideologías y hechos, para debatir razonadamente, con argumentos y claridad. En síntesis, para elevar el nivel y la calidad del diálogo que se requiere en una sociedad crispada, enrarecida y polarizada como la actual, en donde, básicamente, ha sido un lenguaje reduccionista, con una profunda ambigüedad y que ha extraviado su significado, lo que ha generado tal ambiente.



## CONCLUSIÓN

El campesino que prepara pacientemente su pedazo de tierra para sembrar; el obrero que pule bien la pieza de un mecanismo que no sabe ni en cuál vehículo embonará; dos niñas que se esmeran incansablemente para que los pasos de su danza resulten perfectos; el pianista que ensaya una y otra vez la pieza que deberá interpretar; el lector que recorre con fervor ciertas páginas y se levanta a hacer anotaciones aunque no sepa por ahora para qué le servirán; el relojero que revisa pacientemente el funcionamiento de un engrane; aquél que intuye que un poco más de dedicación y esmero le entregarán la fórmula que anhela...

Estas personas, que se afanan por sí solas, conocen los frutos de la exigencia y el esfuerzo personales.

Debemos recuperarlos y hacerlos nuestros, porque para la enseñanza y el estudio son virtudes cardinales. Como insuperablemente lo ha escrito José Emilio Pacheco a propósito de un escritor que se esmeró por escribir la mejor prosa, “El centenario de Gustave Flaubert. [Un artículo en verso]”:

Muchos juzgan exceso este rigor:  
 nada queda en traducción de frases como las tuyas.  
 Pero todo escritor debe honrar  
 el idioma que le fue dado en préstamo, no permitir  
 su corrupción ni su parálisis, ya que con él  
 se pudriría también el pensamiento.  
 Su obligación consiste  
 en escribir prosa o verso de la mejor manera  
 posible. **L**

# Habla, lengua, lenguaje

Aunque muchas veces empleamos ciertos términos en uno de los varios sentidos que posee, dado que se aproximan o incluyen lo que queremos decir, es necesario precisar su significado para entender bien de qué hablamos. Es el caso de *lenguaje*, a cuyas siete definiciones que brinda el Diccionario de la Lengua Española, debemos sumar los distintos significados que adquiere en las frases de las cuales forma parte: *lenguaje de alto nivel*, *lenguaje ensamblador*, *lenguaje computacional*, etcétera. A lo largo de estas páginas se hablará de tres conceptos básicos, cuya definición es necesario establecer desde el inicio para tener claridad de lo que se lee: *lenguaje*, *lengua* y *habla*. Como bien lo señalan los especialistas que prepararon el libro *La fuerza de las palabras*: tanto para los estudiosos de las letras como para toda persona culta, distinguir estos conceptos es fundamental a la hora de usarlos. Por eso tomamos de ahí las siguientes definiciones:

“*Lenguaje* es, desde tiempo inmemorial, esa facultad que el hombre tiene de poder comunicarse con sus semejantes valiéndose de signos, que él mismo ha inventado de común acuerdo con todos aquellos seres con quienes vive en sociedad. Aquí se descarta, por supuesto, el llamado *lenguaje de los animales*, muy diferente del lenguaje humano.

“*Lengua* es lo mismo que *idioma*, o sea ese conjunto de signos ya organizados como un sistema, para uso exclusivo de un grupo humano, que puede constar de un número reducido de individuos o puede constituir un grupo de naciones con rasgos culturales afines. Así, se conocen cientos de lenguas, habladas por otros tantos pueblos (*lengua griega*, *lengua española*, *lengua francesa*, *lengua quechua*, etcétera).

“*Habla* se refiere especialmente al uso práctico que cada individuo hace de ese acervo cultural que es su propia lengua, contribuyendo él mismo al enriquecimiento del idioma mediante el ejercicio cotidiano que hace de él.”

De acuerdo a estas definiciones podemos decir: el *habla* de Cantinflas resulta graciosa, pues refleja fielmente la manera de hablar *la lengua* española por las capas populares de la población urbana en México, cuya principal forma de comunicación es el *lenguaje*. **L**3

*La fuerza de las palabras* (Reader's Digest México, 1995).



Francisco Toledo, *La mesa*, 1978.  
Aguafuerte, aguafinta y ruleta. 31.5 x 39.9 cm



LATITUDES

# ¿Y los libros, ayudan?

**E**l desaliño y la falta de precisión al escribir hacen olvidar o relegar los buenos libros; todo se confía a la Web y a la corrección automática. Pero trátase de explicar, por ejemplo, por qué es una barbaridad decir *la presidenta* o por qué no se dice *la paciente*, o *la estudianta* (en estos tiempos de falaz equidad de género), y sólo un buen libro podría resolver la duda. Lo mismo para quien dice *hubieron problemas* o *habían cuatro gatos*, sólo un libro de gramática podría señalar el error de decirlo o escribirlo de tal forma.

Cuando existía rigor en el uso del idioma todo buen estudiante tenía su libro favorito de gramática, o hacía acopio de los dos o tres diccionarios que siempre debían estar en casa. Estos son los míos y los recomiendo ampliamente:

- *La fuerza de las palabras* (Reader's Digest, 1995). Es un libro pero por la cantidad de temas y el detalle con que los aborda parece una enciclopedia del idioma español. Los siete capítulos que lo forman (I. El origen del español, II. Las vértebras de la expresión, III. Tres claves para aumentar el vocabulario, IV. El reto de la ortografía, V. Los horizontes del estilo, VI. La geografía del español, y VII. Diccionario de términos cultos) ofrecen un panorama completo del idioma, y son tan apasionantes que uno los puede leer de

corrido o consultar un solo capítulo para un tema específico. Por ejemplo el IV, El reto de la ortografía, resuelve cualquier problema en esta materia. Mérito adicional del libro es su Índice Alfabético, donde basta buscar el término para ver la página o páginas en las que se trata el asunto.

- *Diccionario de la Lengua Española*. Es el diccionario de referencia y consulta obligadas de nuestra lengua, elaborado por todas las academias de los países hispanohablantes. Su propósito es reunir el léxico hablado en España y en todos los países hispánicos. La última edición es de 2014 y se hizo con la colaboración de veintidós corporaciones de la Asociación de Academias de la Lengua Española.
- *Diccionario de mexicanismos* de la Academia Mexicana de la Lengua (Siglo XXI Editores, 2016). Este volumen recoge el conjunto de voces, locuciones, expresiones y acepciones del habla de México, que la diferencian del habla peninsular y específicamente de la castellana. El *Diccionario del español de México* (El Colegio de México, 2010) es, por su parte, un diccionario del español en su variedad mexicana, que se elaboró sobre la base de un amplio estudio de muchos años de investigación: el Corpus español mexicano contemporáneo (1921-1974). La edición más reciente de este diccionario es la de 2019.
- José G. Moreno de Alba, *Minucias del lenguaje* (FCE, 1992). Miembro de la Academia Mexicana de la Lengua, José G. Moreno de Alba escribió artículos referidos a la lengua española que resultan de sumo interés pues analizan temas controvertidos de ésta: variantes lingüísticas, giros disparatados, barbarismos o equívocos absolutos. En los casos polémicos el autor ofrece recomendaciones sobre el uso más apropiado: ¿agarrar, coger o tomar? A *Minucias del lenguaje* siguió *Nuevas minucias del lenguaje* y culminó con *Suma de minucias del lenguaje* (2003). **L**

# ¿Cuál es el problema con la ortografía?

FERNANDO ÁLVAREZ TÉLLEZ

**A** lo largo de mis ya numerosos años de lidiar con la mala ortografía, primero como estudiante, luego como redactor, después como corrector y ahora como profesor, puedo afirmar sin dudar mucho que la causa principal de las fallas ortográficas es el *descuido*.

Un libro que ha sido como mi vademécum en este empeño por respetar las reglas ortográficas, aprender a redactar y mejorar mi lenguaje escrito en general (*La fuerza de las palabras*, Reader's Digest México, 1995.) amplía a cuatro las causas principales por las cuales no aprendemos ortografía:

1. No observamos detenidamente cada palabra, ni preguntamos por qué se escribe como se escribe.
2. Si nos hacían estudiar a fuerza, tratamos de evitar todo lo que nos evoque aquel método de enseñanza.
3. Carecemos de la disposición para estudiar algo que tradicionalmente se ha considerado muy difícil de aprender.
4. A pesar de nuestro deseo de escribir correctamente, nadie nos ha dicho que existen unas reglas sencillas y prácticas que sirven para dominar la ortografía.



## Dislexia, la confusión de las letras

La dislexia es una enfermedad que incluye la lectura y la escritura. Es un trastorno que presenta numerosos síntomas en la comprensión y velocidad de la lectura. La persona que la padece confunde las letras, altera su orden lógico o simplemente no puede concentrarse en la lectura de un texto. La Federación Mundial de Neurología la define así: "Trastorno manifestado por dificultad en el aprendizaje de la lectura pese a la instrucción convencional, una inteligencia adecuada y buenas oportunidades socioculturales".

Es decir, es un trastorno que no tiene que ver con el aprendizaje, la inteligencia de la persona o el medio sociocultural de donde procede.

La Clasificación Internacional de Enfermedades (CIE),



Si exceptuamos la tercera causa (un prejuicio) las tres restantes son variantes del descuido, no consideran ningún esfuerzo adicional; son ejemplos de la creencia en la ley del menor esfuerzo, de pensar que el desaliño, la falta de exigencia y lo mal hecho es lo normal.

Qué tanto tiene que ver en esta irresponsabilidad la personalidad de quien escribe, la mala educación recibida o tal vez algún defecto físico como la carencia de una buena visión o enfermedades poco comunes como la dislexia, habría que evaluarlo. Pero, si exceptuamos algún padecimiento físico, subsanar la mala ortografía como resultado del descuido es posible una vez que nos lo proponemos.

Decimos que la mala ortografía es resultado del descuido porque, aun con todos los elementos para corregirla y a nuestro alcance, la dejamos pasar porque no nos interesa la calidad de nuestro escrito: pringoso, confuso e incohe-

preparada por la Organización Mundial de la Salud (OMS), la define así: “Un déficit específico que no se explica por el nivel intelectual, por problemas de agudeza visual o auditiva o por una escolarización inadecuada”.

El Manual de Diagnóstico y Estadística de los Trastornos Mentales explica el padecimiento en estos términos: “La característica esencial de la dislexia es un rendimiento en lectura (precisión, velocidad o comprensión), que se sitúa sustancialmente por debajo del nivel esperado en función de la edad cronológica, del conocimiento intelectual y de la escolarización propia de la edad del individuo”.

Como se observa, tampoco tiene que ver con la edad o con un déficit auditivo o visual de la persona. Según el sitio [ladislexia.net](http://ladislexia.net), los pacientes manifiestan de forma característica dificultad para decir el alfabeto, nombrar letras, realizar rimas y analizar o clasificar los sonidos. Cuando leen un texto realizan omisiones, sustituciones, distorsiones, adiciones (“inventan”); leen con lentitud, vacilaciones, tienen problemas de seguimiento visual y déficit en la comprensión.

Dicho sitio la define como “una dificultad para la descodificación o lectura de palabras, por lo que estarían alterados algunos de los procesos cognitivos intermedios entre la recepción de la información y la elaboración del significado” en quienes la padecen.

Sin embargo, recomienda hacer estudios y análisis muy exhaustivos para definir el tratamiento de alguien que la padece, ya que si bien los rasgos que identifican la enfermedad son más o menos comunes, la forma de tratarla en cada persona es diferente. La prevalencia de este padecimiento va de un rango de 5 a 10% de la población escolar, así que no puede decirse que sea muy común.

Es conveniente aclarar que su tratamiento tiene como propósito permitir al paciente lograr un desempeño adecuado tanto en lectura como escritura, pues al tratarse de un trastorno neurológico no tiene cura. Sólo es necesario tratarla para que el paciente pueda realizar sus tareas de forma normal; hay numerosos profesionistas y artistas disléxicos, por lo cual un tratamiento adecuado es lo más importante.

rente hasta ser ilegible, o con leves erratas que sólo un lector acucioso podrá detectar, o lo suficientemente diáfano que incluso se vuelve elegante. No me refiero al buen estilo —eso está en un nivel más alto, aunque alcanzable, y al cual siempre debemos aspirar— sino a las normas ortográficas elementales.

Cuando los estudiantes realizan un trabajo, lo importante para ellos es completar las dos o tres cuartillas que se les ha solicitado y difícilmente las revisan y corrigen los errores que logren identificar. Mucho menos que lo reescriban porque detecten fallas en la estructura o en las partes más importantes del escrito. Aun hoy, que la mayoría de las computadoras corrigen las palabras mal escritas y alertan sobre incoherencias y otras fallas, subrayando con azul o rojo donde se encuentren, el alumno las ignora, pues sabe que no las calificarán y lo que urge es terminar el trabajo.

El profesor, a su vez, poco puede hacer con cerca de cincuenta trabajos que, multiplicados por dos cuartillas que cada uno tiene en promedio, más la carátula, suman 150 cuartillas y, si atiende a más de cinco grupos, le espera un trabajo monumental el fin de semana. He aquí la primera falla: si el alumno sabe que no contarán los errores, poco le interesa someter su escrito a la aprobación de otro profesor o a la crítica de un compañero más avanzado en este aspecto. Lo importante para él es que su nombre aparezca en la carátula.

Es el viejo juego de las simulaciones: el profesor hace como que enseña el

## ¿Faltas ortográficas o gramaticales?

A lo largo de este escrito hemos dicho indistintamente fallas ortográficas o gramaticales. Al ser el texto que da inicio al tema central de *Latitudes CCH* de este número, es necesario precisar: desde luego que hay una diferencia entre la ortografía y la gramática. Las faltas ortográficas son también gramaticales, pero la gramática no se reduce a la ortografía.

Dicho de forma simple, la ortografía es el conjunto de normas de la escritura; establece la forma correcta de escribir las palabras y de utilizar los signos auxiliares de una lengua. El término ortografía se compone de las partículas *orto*, que significa “recto”, y *grapho*, cuyo significado es “escritura”. El libro *La fuerza de las palabras*, citado más arriba, la define así: “La ortografía es la parte de la gramática que establece reglas para escribir correctamente las palabras y usar los signos auxiliares de la escritura.”

La gramática, en tanto, se propone el estudio más amplio y profundo de la lengua. El *Diccionario de retórica y poética*, de Helena Beristáin (Porrúa, 2003, pág. 241) la define así: “Estudio descriptivo del estado que guarda, en un momento dado de su evolución, el sistema de la lengua, desde el punto de vista de la fonología, la sintaxis y la semántica; es decir, atendiendo a los componentes de las palabras (fonemas), atendiendo también a la estructura de éstas, tanto en cuanto a la forma de la expresión o significante (lexemas), como en cuanto a la forma del contenido o significado (sememas) y, en fin, considerando igualmente la forma en que se relacionan para construir el discurso.”

Dicho de manera breve, la gramática estudia la estructura de las palabras, las formas en que estas se enlazan y los significados a los que tales combinaciones producen, así como su fonología. La gramática es una parte de la lingüística, esa ya no tan moderna disciplina surgida a inicios del siglo pasado.

empleo correcto de la lengua y el alumno hace como que aprende. El resultado es la pésima ortografía con la que egresan los estudiantes, y la que emplea el propio profesor, pues sea que se trate de una asignatura distinta a la de la enseñanza del idioma (“De eso que se encargue tu profesor de redacción”) o, aun cuando se trata de un profesor de esta área, se conforman y dicen: “Para eso hay correctores”, o preguntan: “Tú, ¿no pasaste por la secundaria?” Y el de licenciatura preguntará: “Pues qué te enseñaron en el bachillerato”, y el de maestría cuestionará: “¿Y así te titulaste?”, y...

Se dice que el enfoque comunicativo plantea la enseñanza de la lengua mediante su uso, es decir, mediante el empleo de las palabras, mas no que prescindamos de las normas gramaticales y la enseñanza de la ortografía; es cierto que no deben enseñarse memorizando reglas y definiciones porque no sirve de mucho, pero esto no significa que las debemos enviar al “archivo muerto” o que podemos desobligarnos de ellas.

Lo cierto es que nadie quiere enfrentar el problema, tomar el toro por los cuernos y decir: ¡resolvamos esta situación que dificulta la educación! Enfrentemos este gran déficit que provoca la inhibición de la escritura y por tanto de la lectura atenta.

Corregir a nuestros alumnos corresponde a todos: desde el profesor de matemáticas que sabe que muchas veces la resolución de un problema está en una correcta formulación, por lo que el alumno debe escribir y expresarse con claridad, hasta el de química, biología o física, por no decir los de historia, derecho y ciencias sociales en general donde la palabra es fundamental. Es una tarea de todos, a menos que se comuniquen con señas o en otra lengua. Desde luego, tienen una mayor responsabilidad los profesores de Taller de Lectura y Redacción, pues casi todas las actividades académicas que realizan durante seis horas semanales en el CCH, están centradas en la enseñanza de la lengua, es decir, en enseñar a escribir y leer correctamente.





Tal vez sea una tarea titánica corregir semanalmente cientos de cuartillas, y habrá que descartar esta posibilidad. Pero hay formas sencillas de enseñar el empleo correcto del idioma. Por ejemplo, aprovechar las preguntas de los alumnos más despiertos e inquietos: “Profesor, ¿cuándo se debe decir *El Universal* y cuándo usar del *Universal* o siempre debe ser de *El Universal*?” “¿Por qué se dice la estudiante y no la estudianta?” “¿Cuándo usar por que, por qué, porque y porque?”

Resolver estas cuestiones ante el grupo ayuda a todos. Y pienso que al menos una vez, quizá como parte del examen diagnóstico, habrá que revisar todos los trabajos para detectar las faltas ortográficas más constantes del grupo y no olvidar resolverlas durante las siguientes clases.

Algo indispensable es advertir a los estudiantes que las faltas ortográficas sí contarán en la calificación; así se obliga a que consulten el diccionario, un libro de ortografía, a sus propios padres o hermanos; de lo que se trata es que adquieran conciencia de la importancia en el apego a las normas. Debemos esmerarnos por superar ese “descuido” y que cada uno se vuelva responsable de sus escritos. Las faltas gramaticales sí son importantes, cuentan para todos, y mucho. **L**





# Lugares comunes y frases hechas

RENÉ MONTEAGUDO RUBIO

**E**n uno de los diarios que normalmente leo por la mañana encuentro hoy tres feos artículos titulados con frases hechas o lugares comunes y eso me provoca las siguientes reflexiones:

Para empezar, las frases hechas difieren de los lugares comunes ya que estos son enunciados que de sabidos y repetidos al lector le resultan indiferentes, pues le da lo mismo estar de acuerdo o en desacuerdo con ellos: “Para morir nacimos”, “La vida es un valle de lágrimas”, “Esto no se acaba hasta que se acaba”, etcétera. Son espantosos por su vacuidad y la pobreza mental de quien los expresa.

Francisco Toledo, *Líneas y frijoles entretreajidos*, 2019.  
Mixta sobre papel, 25 x 35 cm



Las frases hechas, en tanto, son repeticiones o variaciones de enunciados o frases que alguien dijo en algún momento y causaron cierto impacto por su sonido armonioso, por ser un original juego de palabras (un retruécano o un calambour) o por la audacia que expresaban. ¡Pobre Gabriel García Márquez! Si supiera cuántas veces han manoseado el eufónico título de su novela corta *Crónica de una muerte anunciada*, estoy seguro que buscaría otro, ya que cualquier escritor haragán lo emplea hoy para titular su texto, convirtiéndolo en una frase hecha. Yo, como simple lector, me he propuesto no leer ningún artículo, reportaje o trabajo que lo repita pues es signo de pereza, carencia de originalidad e imaginación, y reflejo de un vacío mental por parte del articulista o escritor que lo usa. Los reto a comprobarlo: lean el texto que emplee esas palabras y se darán cuenta que pierden el tiempo.

El periodismo que se practica en los diferentes medios está plagado de frases hechas: “Es la economía estúpidos”, “Haiga sido como haiga sido”, “Me canso ganso”, “El presunto delincuente”, etc. Son frases que, en principio, reflejan afectación: quienes las usan quieren aparentar experiencia, figurar como conocedores y expresar pertenencia a un grupo o cofradía.

Así, el reportero que aparece a cuadro o escribe “presunto” es alguien que desea ser visto como un experimentado trabajador de los medios; el problema es que no sabe cuándo emplear el adjetivo: lo mismo pone “presunto” cuando un probable delincuente es señalado como el responsable de algo (es presunto), pero no cuando es detenido en flagrancia. En el primer caso es un presunto, en el segundo ya no.

“Es la economía, estúpidos”, fue una frase afortunada de Bill Clinton para señalar dónde se hallaba el verdadero problema, pero hoy es chocante encontrarla para decir cualquier cosa: “Es la (ponga aquí lo que desee), estúpidos”.

Fue este el título (“Es la energía, estúpido”, de Hernán Gómez Bruera en *El Universal*) lo que me decidió a no leer más ninguna colaboración de tal articulista, pues es significativa de su pobreza y pereza mental.

“Haiga sido como haiga sido” fue una frase que Felipe Calderón tomó del habla popular para justificar su triunfo por la carrera presidencial, obtenida apenas por unas décimas (aparte de la burla implícita al habla popular, refleja necedad, obstinación y terquedad por conseguir algo de cualquier modo o a cualquier precio). Pero, con todo y lo desafortunada que resulta, causó impacto, y hoy es empleada por displicentes tribus deseosas de mostrar su apego a un gremio (Elisa Alanís escribe hoy: “AMLO se impuso, haiga sido, como haiga sido”).

Es necesario alertar entonces sobre la muy probable pérdida de lectores que provoca el empleo de las frases hechas y lugares comunes (y de los lectores que más interesan, es decir, los expertos); la pérdida de credibilidad, porque exhiben al escritor como alguien perezoso y falto de imaginación, que sólo repite lo que otros ya dijeron, y la muy segura ausencia de sustancia del escrito: si recurre a estos trucos demasiado obvios, se trata de alguien sin preparación, experiencia e imaginación, y no vale la pena leer su escrito. Quien escribe con lugares comunes y frases hechas seguramente piensa apoyado en esos recursos; esto nos puede dar una idea de su perspicacia como escritor(a) o articulista.

Finalmente, para evitar las frases hechas y los lugares comunes, mi recomendación es leer mucha poesía (Monsiváis era genial poniendo encabezados a los textos porque era un gran lector de poesía); con la lectura de poesía nos hacemos expertos en detectar las frases hechas y los lugares comunes. La poesía los repele porque son escritos sumamente originales. Como recomienda la auténtica sabiduría: si no se tiene nada nuevo qué decir, lo mejor es callar. **L**



# Concepción Company Company:

“Corregir el idioma es un  
deber moral con la sociedad”

ROMÁN CASTILLO



Fotos: José de Jesús Ávila Ramírez

Pocos expertos del lenguaje se ocupan de señalar al hablante común las formas incorrectas de usarlo; tal vez por considerar que la mayor parte de la gente siempre lo empleará mal; tal vez porque valoren tanto el habla popular y lo tengan como un auténtico venero de la lengua y sus transformaciones, que toda forma de corrección les parece poner obstáculos a este fin, o quizá porque lo consideren algo ajeno a su trabajo.

Para la doctora Concepción Company enseñar el uso correcto del idioma es un deber moral para con la sociedad, porque simplemente es “una cuestión de sobrevivencia”. Un hablante que no se preocupe por lograr una forma más o menos formal de su empleo es difícil que pueda conseguir un trabajo o logre comunicar y expresar bien sus propósitos.

Lingüista, filóloga, investigadora y académica, la doctora Concepción Company es considerada la más destacada sintactóloga de México. Su obra monumental *Sintaxis histórica de la lengua española*, coeditado por la UNAM y el Fondo de Cultura Económica, es muestra de sus afanes, conocimientos y capacidades: casi ocho mil páginas (7,900 para ser exactos) distribuidas en nueve volúmenes, con 64 capítulos donde han colaborado alrededor de 50 investigadores de América y Europa, para formar una obra de carácter enciclopédico cuyo tema central es la sintaxis del idioma español a lo largo de un milenio, e incluso más allá, pues se extiende desde nuestros días hasta la época visigoda y aun al latín clásico.

No se requiere ser un especialista para comprender la dimensión del trabajo, pero baste decir que es pionero en estudios semejantes en otras lenguas y es la primera vez que se logra un estudio de tal importancia en nuestro idioma. Aún más: no se limita a los círculos de especialistas e investigadores de la lengua, sino que también está pensada para un público más amplio, pues como la doctora Company asienta, *es un libro de estudio y consulta para maestros y alumnos y para el público lector que quiera conocer en profundidad los rasgos de su lengua.*

Tal vez fue planeado así porque frecuentemente ella se dirige al público en general, a través de entrevistas, colaboraciones, conferencias y artículos que la han vuelto un referente indispensable a la hora de hablar de sobre asuntos relacionados con la lengua.

**Latitudes (LTS):** *Entonces, doctora, ¿nos debemos ocupar o no por enseñar el buen empleo del idioma?*

**Concepción Company (CC):** ¡Pero por supuesto que sí, es fundamental! No se trata tan sólo de una cuestión de corrección o de pretensión estética, sino que es un asunto de sobrevivencia. Me da mucha tristeza ver que el gobierno de México y el de otros países abandonen el estudio de la gramática. Cuidar la lengua en el fondo y en la forma es un asunto de sobrevivencia, de vida. Los gobiernos tienen la obligación de no descuidar este conocimiento. A menos que alguien viva siempre en un círculo muy cerrado, en donde trate siempre con las mismas personas cuya forma de hablar sea muy parecida y nadie critique o mire con sorpresa la manera de expresarse del otro, sabemos que debemos de adquirir un uso formal del idioma que nos permita desenvolvernos en otros círculos, que nadie nos discrimine por la forma de hablarlo o escribirlo. Quien diga: vinistes, abristes, dijistes, lo más seguro es que pierda la oportunidad de conseguir un empleo, o sea

visto con curiosidad, por decir lo menos.

“Se debe recordar, además, que la gramática estructura las ideas, contribuye de manera muy importante a la maduración cerebral del individuo. No se pueden articular pensamientos complejos ni lograr una comunicación que enriquezca la cultura del individuo sin emplear una sintaxis y una gramática adecuadas. No podemos decir que la ortografía no importa; puede ser una falta gravísima. Una receta médica mal escrita o una instrucción mal dicha en la realización de algo pueden ser asuntos de vida o muerte”.

**LTS:** *¿Cuál es el grado de corrección al que debemos aspirar?*

**CC:** El que demanda el habla formal. Creo que todos sabemos distinguir muy bien el lugar en el que estamos y cómo debemos dirigirnos a quienes nos rodean. Es normal, cuando se está entre amigos en un ambiente muy íntimo (bueno, ahora con los videos y celulares ya no tanto) decir: “Vengan esas chelas” o “Qué passó mis cuates, ¿no se van a discutir?”. Pero decirlo frente a un grupo de estudiantes, en un salón de clases, esto es inadecuado. Lo más seguro es que piensen que ese profesor no pasó jamás por una escuela.

“Otra cosa que me entristece mucho y que, desde mi punto de vista, constituye un mega-suicidio para la educación es anular las pruebas, condenar los exámenes. Considerar a las pruebas y las evaluaciones como algo punitivo, cuando en realidad nos permiten saber cuál ha sido el aprovechamiento de los alumnos, retroalimentar su aprendizaje, significa un retroceso en la educación. Hay que recordar que la sintaxis nos enseña cómo poner una palabras con otras no sólo para que nos entiendan, sino para lograr comunicar y convencer a la otra persona de lo que quiero decir. Sin una sintaxis adecuada esto no se puede lograr, perdemos esa capacidad.

“La forma de dominar la ortografía es leer y redactar mucho. ¿Sabe cómo aprendí ortografía? Nos hacían leer el texto de un autor que luego





debíamos resumir, usando sus palabras —sólo las palabras del autor— en un texto muy breve. Después teníamos que hacer otro resumen, pero ahora empleando nuestras propias palabras, y por cada falta de ortografía que cometiéramos teníamos que escribirla cien veces. ¡Y esto en una escuela rural! Sólo así se aprende. Estas propuestas por, supuestamente, facilitar la educación anulando las exigencias, definitivamente no funcionan.

“Lo que se debe decir al alumno es que la lengua es esencial para comunicarse; los oyentes tenemos necesidad de procesar lo que nos dicen y si no está bien dicho genera desorden, confusión. Entonces tenemos que procurar desenvolvernos en un nivel más formal, tenemos que cuidar esas formas. En la gramática todo se vale y en la lengua todo tiene una finalidad y sirve, pero no para todos los medios. Lo que funciona en uno puede ser totalmente pernicioso en otro. Como le decía, cuando vamos a solicitar un trabajo o tenemos que realizar una solicitud muy formal, escribir

una carta o exponer un hecho, es indispensable expresarse bien, ya sea de manera oral o por escrito. Hay que comprender que la ortografía es para lograr un sistema de comunicación eficaz pero también proporciona una imagen. ¿Qué imagen puede dar un profesor que escribe con numerosas faltas ortográficas?

**LTS: ¿Cuáles son las faltas ortográficas más constantes?**

**CC:** Primero, la confusión entre el uso de la z, la c y la s; en toda América en general se crea una confusión en el uso de estas tres letras porque suenan igual, aprendimos a decirlas del mismo modo. No hay una pronunciación diferente, más que en Castilla, porque ni siquiera en España hay un uso diferenciado. Por eso existen dificultades en el uso de estas tres letras y de ahí la confusión frecuente al escribirlas. La segunda falta más constante es la confusión entre *haber* y *a ver*. El primero es un verbo y el segundo está formado por una conjunción y un verbo, pero tienen usos diferentes y distinto significado. El tercer error más frecuente es la



puntuación: nadie sabe usar el punto y seguido porque no entiende que si acabó un enunciado es punto y seguido, pero si habla de otra idea es punto y aparte”.

**LTS:** *¿Existen personas que por alguna discapacidad sean incapaces de dominar la ortografía?*

**CC:** No, no existen. Todos los seres humanos nacemos con las mismas capacidades biológicas para aprender. Lo que limita en todo caso es el medio. Si en la casa de un niño no hay un solo libro, si no hay preocupación porque se prepare, si crece y se desenvuelve en el mismo círculo donde para comunicarse hace y dice lo mismo que hicieron y dijeron sus padres y quienes lo rodean, lo más seguro es que esté condenado a repetirlo igual y a nunca salir de ese medio. Hace falta que lo lleven a bibliotecas y museos (la Ciudad de México es una de las que más museos tiene en el mundo), y si esto un niño

no lo sabe o no lo puede aprovechar lo más seguro es que nunca salga de ese ambiente.

“Se debe entender que vista, oído y cerebro son tres órganos que logran un funcionamiento eficaz si lo hacen simultánea y articuladamente. Entonces lo que se requiere es una articulación de la política educativa del gobierno; del funcionamiento de las instituciones educativas, de los padres de los niños y de los docentes que deben aprender el oficio, antes de enseñar se debe dominar el oficio. Si los egresados salen bien preparados, si pueden leer los mensajes y son capaces de comunicarse, es que se domina el oficio de enseñar, y ha existido una articulación adecuada”.

Además de ser profesora en la Facultad de Filosofía y Letras en los niveles de posgrado y licenciatura, la doctora Company es miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua,

presidente de su Comisión de Lexicografía y directora adjunta de la Academia a partir de 2005. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores en el nivel más alto; es integrante de los consejos editoriales del *Journal of Historical Linguistics*, *Revista de filología española*, *Nueva revista de filología hispánica*, *Revista de historia de la lengua española*, *Transactions of the Philological Society* y *Boletín de filología*, entre otras. Es autora más de diez libros entre los que sobresalen *La frase sustantiva del español medieval* (1992), *Documentos lingüísticos de la Nueva España* (1994), *Léxico histórico del español de México* (2000), *Afectos y desafectos en la historia del español* (2018), y *Thomas Kuhn, revoluciones y paradigmas. Una breve historia de la lingüística* (2019), entre otros, y editora de otros veintisiete libros. Coordinó el *Diccionario de mexicanismos* (2010), editado por la Academia Mexicana de la Lengua, y es profesora invitada de más de una veintena de universidades nacionales y extranjeras en América Latina, Estados Unidos y Europa. A su amplia labor como investigadora, autora y editora se agrega su pertenencia a instituciones de elevado prestigio como son el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, El Colegio Nacional, El Colegio de México y la Asociación Internacional de la Lengua Española. Codirige la revista académica multidisciplinaria *Medievalia*, enfocada en la Edad Media europea, y coordina el Corpus Diacrónico y Diatópico del Español de América (CORDIAM), cuyo objetivo es enriquecer el conocimiento de la gramática histórica del español y la historia general de esta lengua.

**LTS: ¿Cuándo son necesarios los neologismos, doctora, y cuándo son tomadas las palabras extranjeras simplemente como una pose?**

**CC:** Debo aclarar que los neologismos son la creación que se hace dentro de la propia lengua, se inventa una palabra o se modifica otra o se combinan dos para crear una nueva.

*Chilango* es una de ellas, *cantinflear* otra y *torticoncha* una más. Pero deben pasar varias generaciones para que se cree un neologismo. Otra cosa son los préstamos que se toman del inglés, del francés, del italiano o de cualquier otra lengua; estos nos sirven para designar aquello que la tecnología o los avances técnicos que se han creado en otra sociedad, nuestra lengua carece de un término para designarlos. Entonces *mouse* es un préstamo que puede ser más adecuado porque expresa más claramente esa invención tecnológica que una palabra nuestra como *ratón*, no lo expresa muy bien. Pero, como le digo, para que un neologismo se asiente como una palabra común dentro de nuestro idioma debe transcurrir mucho tiempo.

**LTS: Julio Cortázar, entonces, es creador de varios neologismos: gílgico, cronopio...**

**CC:** Lo que hace Cortázar, y el mismo Cervantes, es algo muy especial con el idioma: los escritores inventan nuevos términos porque tienen un oído muy especial que les permite jugar con las palabras ya existentes e inventar nuevas por su sonido, porque se escuchan graciosas o porque hacen falta. Pero esto entra en otro nivel. El escritor tiene como un don especial que le permite controlar la lengua, recrearla. Los préstamos se toman cuando no se tienen los términos en la propia lengua.

“Sin embargo, yo pienso que primero hay que cuidar nuestra propia lengua y luego aplicar el préstamo; cuidar la lengua es cuidar un patrimonio común, algo que pertenece a todos y que hemos creado a lo largo de varias generaciones. Debemos comprender que una lengua escrita es producto de una larga sedimentación histórica.

“Algo en lo que sí tienen que pensar los gobiernos es en cómo ser autosuficientes en la tecnología y en la ciencia. Porque de esa insuficiencia deriva nuestra necesidad de pedir prestados ciertos términos. Cada vez que se toma un préstamo nos damos cuenta que no somos autosuficientes en ese aspecto; en la tecnología y en la ciencia sucede mucho. Pero



decir *cool* no es ser *cool* sino una cursilería, una estupidez. Existen varias palabras muy hermosas para decir lo mismo y mejor”.

Entre las muchas distinciones y premios que la doctora Company ha merecido están el Premio Universidad Nacional para Jóvenes Académicos (1992), Premio Nacional de Lingüística Wigberto Jiménez Moreno (1995), Premio Universidad Nacional en Investigación en Humanidades (2012), nombramiento como Investigadora Emérita de la UNAM (2016) Me-

dalla al Mérito de la Universidad Veracruzana (2018) y Premio Nacional de Ciencias y Artes en el Área de Lingüística y Literatura (2019).

**LTS: *Háblenos de esa obra monumental que emprendió, la Sintaxis histórica de la lengua española, ¿es un proyecto de vida?***

**CC:** Sí, la *Sintaxis histórica de la lengua española de la lengua española* es un proyecto de vida. Yo sufrí mucho durante mi doctorado porque no había nada sobre el tema; desde entonces me propuse hacer una sintaxis histó-



rica de la cual no hay nada similar en ninguna lengua romance. La hice por una pasión, estoy consciente de que estoy llenando un vacío; la inicié en 2002 y la concluimos en 2015.

“Es una obra especializada pero cualquier hablante puede encontrar cosas que le interesan. Por qué decimos dizque, asegún, y tantas cosas que ningún diccionario tal vez podría responder”.

**LTS: ¿Qué opinión le merecen quienes en diarios, libros y revistas se dedican a criticar el mal uso del idioma o a tratar de explicar su empleo correcto: Lázaro Carreter, José G. Moreno de Alba, etc.?**

**CC:** Su labor es muy importante, pienso que es una obligación que el concededor tiene de orientar y guiar en el buen uso del idioma. A veces puede ser una labor pasional, pero es un deber moral que tenemos con la sociedad. Por ejemplo, los libros de José G. Moreno de Alba (*Minucias del lenguaje*) allí están y prestan un enorme servicio a quienes desean saber cuándo es correcto decir “al interior” y cuándo es incorrecto; “licuo” o “licúo”, “le” por “les”, etc., y todo lo que se encuentra reunido en esos libros fueron primero artículos periodísticos. Quienes realizan la crítica del lenguaje están en una tradición encomiable, muy importante, y lo pueden hacer también a través de entrevistas, artículos, conferencias. Yo por ahora no colaboro en ningún diario, pero por allí aparezco eventualmente con entrevistas.

**LTS: ¿Cómo puede darse tiempo para impartir clases, escribir artículos, hacer libros, dictar conferencias, coordinar publicaciones, hacer investigación y además ser funcionaria o responsable de ciertas instituciones?**

**CC:** Soy una mujer muy organizada y también muy afortunada. Por ahora doy clases sólo en el posgrado, pero seguramente pronto regresaré a la licenciatura. Soy una madre con dos hijos y no podría hacer lo que actualmente hago si no tuviera la estructura familiar que tengo.

“Trabajo todos los días, no hay un momento en que no trabaje. Pero soy también muy organizada. Por ejemplo la madrugada y las mañanas son mías, nadie me interrumpe, no hay llamadas, no hay televisión, no hay hijos ni familia. Son para mí; se requiere mucha organización y disciplina. Yo siempre digo que la investigación es como un marido aburrido: tienes que verlo a diario, tienes que tratarlo a diario, convivir con él, no es nada divertido pero tienes que soportarlo y controlarlo. Por eso digo que también soy muy afortunada, no podría hacer todo lo que hago sin la estructura familiar que tengo. Trabajar en la mañana fue descubrir mi ritmo; todo mundo tiene un horario biológico, yo antes era noctámbula; hasta que tuve hijos me volví diurna.

“Soy también miembro de El Colegio Nacional. Aquí tenemos la obligación de dictar una serie de conferencias cada año, que se podrían considerar un curso, porque las pláticas deben centrarse en un tema. Yo iniciaré el 10 de marzo una serie de pláticas cuyo tema es *La gramática en la construcción histórica de México*. Viene, además, el nuevo *Diccionario de mexicanismos*”.

Una de las más altas distinciones que el gobierno de México otorga a sus artistas, científicos y creadores es el Premio Nacional de Ciencias y Artes. En 2019 le fue concedido este premio en el Área de Lingüística y Literatura a la doctora Concepción Company Company, quien durante el discurso de aceptación del premio exigió que se otorgue a la Educación el 3.5 del PIB, pues, dijo, “no es un gasto sino una inversión”.

**LTS: Para concluir, doctora, ¿qué significó para usted recibir el Premio Nacional de Ciencias y Artes?**

**CC:** Haber recibido este premio es un gran honor y un orgullo, pero también una enorme responsabilidad. **LTS**

LATITUDES | 30 | CCH

# Los errores *ortográficos* más frecuentes

RAMÓN CORTÉS Y CORONEL

ABRIL 2020

Esta investigación informa especialmente de los errores ortográficos más constantes de quienes escriben y hablan la lengua española; se refiere sobre todo a problemas de ortografía, puntuación, semántica, dicción, acentuación y sintaxis, no incluye cuestiones de estilo ni uso de localismos, léxico pobre o trillado, ripioso o repleto de cacofonías. Estos son problemas de una mala prosa y carencia de estilo que no se abordan aquí. Además, un texto ripioso o cacofónico puede muy bien cumplir con las normas gramaticales a pesar de su desastrado estilo, así que este escrito apunta a cuestiones más básicas.

Su propósito es identificar las faltas, determinarlas para que los profesores las tengan presentes, las atiendan en sus clases y no las echen al olvido. Esto no significa que sean todas, ni siquiera son una muestra más o menos completa, sino las más constantes. Pero consideramos que algo se debe hacer al respecto y conocerlas es un buen primer paso, porque partimos del principio de que reconocer nuestra ignorancia es el comienzo de la sabiduría.

Tratar de determinar cuáles son los errores más constantes en un ambiente como el del CCH es observar con atención los escritos y la expresión oral de los alumnos, y también los de algunos profesores, así que confiamos en que los más de cuarenta años de convivencia con ellos algo nos permitan detectar con un cierto nivel de precisión. Haría falta conocer las experiencias de otros profesores de los demás planteles. Pero, al no contar con esta información, hemos consultado por ahora algunos blogs de escritores y profesores externos al Colegio, los escritos que han abordado el problema, y aun encuestas que algunas revistas y medios de comunicación han elaborado y divulgado sobre el tema. Las dificultades ortográficas desbordan el ámbito local y son compartidas por conglomerados más amplios, como son los países y regiones enteras de habla hispana en América y en la propia España.

Así, del cruce de los errores que hemos anotado durante nuestra experiencia docente, con los que han arrojado las encuestas, blogs, artículos y ensayos al respecto, determinamos los que podríamos considerar como los más frecuentes.

Antes de poner aquí los que aparecen como errores más frecuentes, debemos decir que la ortografía sí preocupa a sus hablantes, conocen las consecuencias negativas que trae consigo su empleo incorrecto, aunque poco hacen para solucionar el problema. Si uno pone en el buscador “errores ortográficos más frecuentes” aparecen 24 millones, 500 mil resultados; si uno pone “faltas de ortografía más comunes”, salen seis millones, 710 mil entradas, y si uno pone “errores ortográficos más constantes”, da tres millones, 20 mil resultados (25/II/2020). Desde luego, para los aproximadamente 580 millones de hablantes del español en el mundo en 2018 (según el Instituto Cervantes), para los trabajos escolares que seguramente se hacen consultando estas páginas y aun el trabajo de algunos investigadores, esos números no son algo desproporcionado, sino reflejo del interés de las personas por conocer los errores que cometen cuando hablan su idioma.

El problema es que, como todo en la Web, muchas de esas entradas retoman o repiten trabajos mal hechos, que no son producto de observaciones reales sino de suposiciones o reflejo de la propia incapacidad de quien las hizo, y lejos de corregir o contribuir a superarlas las reducen o distorsionan. Es decir, son retomadas por personas con poco cuidado en el uso del idioma. Por eso aquí hemos tomado en cuenta las que sí son resultado de observaciones empíricas (sobre todo de profesores y escritores), o que han sido realizadas mediante consulta a especialistas, y que incluso se dedican a corregirlas pues ofrecen cursos, talleres y hasta seminarios para ello.

Llama la atención que organismos como la Asociación Nacional de Universidades e Ins-

tituciones de Educación Superior (ANUIES), tenga una de las mejores páginas al respecto (“Sólo el 9% de los universitarios en el país domina las reglas de escritura”, 2014). Casi no hay estudios de la UNAM o de la Secretaría de Educación Pública como las principales instituciones de educación del país, cuando deberían ser las que mejor información podrían aportar. Salvo los libros especializados en lingüística y gramática, tampoco la Academia Mexicana de la Lengua cuenta con una sección para abordar y resolver nuestros errores. Existen algunos intentos de universidades particulares como la UVM, muy malos, y casi nada de escuelas de bachillerato como el CCH o la Escuela Nacional Preparatoria. Tal parece que la enseñanza del idioma no se impartiera en sus aulas.

Así, pues, este estudio va de las anotaciones producto de la experiencia como docente del autor, de estudios como los de la escritora española Diana P. Morales (“Los 25 errores ortográficos y gramaticales más comunes al escribir”) difundido en su blog, y trabajos que instituciones como la ANUIES (“11 errores ortográficos que los mexicanos cometemos habitualmente”) divulgan en el portal El País/Verne; son los referentes principales para reunir los errores, y por eso los citamos casi completos. Se han consultado además muchas de las listas realizadas sobre todo por algunos medios de comunicación, en los que se supone hay una exigencia y conocimiento del buen uso de la lengua. He situado en número de diez los problemas más frecuentes que yo he registrado durante mi experiencia docente, y son los siguientes:

1. El uso de los porqués: por qué, porque, porqué y por que.
2. No saber emplear el acento diacrítico en monosílabos y pronombres: Él/ El, Mí/ Mi, Tú/ Tu, Te/ Té, etcétera.
3. Escribir mal los nombres propios por descuido o desconocimiento de la regla.
4. Poner en mayúscula los meses del año o los días de la semana, y en minúsculas los nombres propios.
5. Ausencia de concordancia entre elementos básicos como un sustantivo y un adjetivo, entre las frases y entre enunciados más extensos.
6. Distinguir entre el *aún* y el *aun*, y entre el *más* y el *mas*.
7. Problemas con el uso de la coma, punto y coma, dos puntos, el punto y la puntuación en general.
8. No cerrar una frase o concluir un enunciado, y escribir enunciados largos donde se pierden el sujeto y la acción.
9. Desconocimiento del uso de los signos auxiliares de la escritura, como son las comillas, corchetes, paréntesis, guiones y rayas, y los más elementales como los signos para indicar exclamación o interrogación.
10. Reproducir en los trabajos escolares y aun en escritos más formales la forma de escribir en las redes digitales (un fenómeno reciente).

Hay muchos más problemas, y en la enunciación de estos diez se incluyen varios. Por ejemplo los de la puntuación, que van desde la coma hasta el uso de los paréntesis y corchetes, y del guion a la raya, que casi no emplean los estudiantes. Más adelante reproduciremos dos escritos que muestran casi todas estas fallas, y exhiben por igual a adultos y jóvenes, a personas que se preparan y a quienes se supone ya cursaron sus estudios, cuando menos los de nivel universitario.

El blog de la escritora Diana P. Morales ([dianapmorales.com/blog](http://dianapmorales.com/blog)) amplía a 25 los errores y son resultado de sus observaciones en los cursos de corrección y redacción que imparte, casi siempre dirigidos a personas que aspiran a ser escritores, por lo cual incluye expresiones que a veces incluso quienes poseen cierta



experiencia con la escritura suelen cometer (“Los 25 errores ortográficos y gramaticales más comunes al escribir”). Es necesario agregar, además, que los errores los toma sobre todo de hablantes españoles. Ésta es su lista:

1. El “de que”. Cuántas veces hemos escuchado: “¿Sabes de que qué?” o “Me llamó la atención de que no viniera”. Ambas formas son incorrectas; lo propio es decir: “¿Sabes qué?” y “Me llamó la atención que no viniera”.
2. La “coma criminal”, es decir, la que se pone entre un sujeto y su acción, sobre todo cuando se piensa que la coma sirve sólo para hacer pausas: “Luis Enrique Erro, es un reconocido astrónomo y escritor mexicano”.
3. Ausencia de la tilde en verbos en pasado: “Comio, bebio, durmio, crecio y se fue”.
4. No saber distinguir entre “hecho” y “echo”. Ambos son verbos y la diferencia parece ser sólo la coma que uno lleva al inicio y el otro no, pero sirven para significar cosas totalmente distintas: “Siempre he hecho lo que me pides y ahora me echas al olvido”.
5. Hubieron problemas, han habido problemas y habían problemas. El verbo haber es impersonal, sólo admite el plural cuando actúa como auxiliar. Por lo que si decimos “Sólo habían tres alumnos en clase” habríamos cometido un error. Lo correcto es “Sólo había tres alumnos en clase”.
6. No distinguir entre sobretodo y sobre todo. La primera sirve para designar una prenda de vestir, en tanto que la segunda (compuesta por una preposición y un sustantivo) forma un adverbio que significa particular, específica o especialmente: “Me gusta estar sobre todo en mi casa”, “Se refirió sobre todo a las ausencias”, y “Amenazó sobre todo con partir y no volver nunca”.
7. Confusión en el uso de Mi/ Mí, El/ Él, Tu/ Tú... Mientras los primeros son posesivos,

siempre habrá un sustantivo después: Mi cuaderno, El profesor, Tu cabello, los segundos sustituyen un nombre: Mírame a mí, Él es mi amigo, Tú eres igual...

8. Confundir aparte y a parte. Lo correcto es aparte; a parte casi no se usa, o pluralizamos partes. “Lo llevé aparte y dividió el pastel a partes iguales”. Además, se comete otro error, debe decir: en partes iguales.
9. Los prefijos siempre deben ir juntos y sin guion, excepto cuando la base léxica está compuesta por más de una palabra: ex director general, pro derechos humanos, y se pone el guion cuando la palabra comienza con mayúscula: anti-Podemos, pro-Calderón...
10. Rayas colocadas al final de la acotación: “—¡He llegado puntual —dijo el nuevo profesor—.” Con el uso de la raya incluso los profesores tienen problemas: abren un diálogo con raya y cierran la acotación con el guion; o ponen guion como raya.

Como se aprecia, los errores que apunta Diana P. Morales tienen que ver con gente que ya practica la escritura como una profesión: el “de que” o el mal empleo de la raya son faltas que un lector poco adiestrado difícilmente puede percibir; pero, en cambio, sí advierte cuando está ante un escrito impecable: “¡Me gusta, me parece interesante!” exclama. Por eso, aun cuando se trate de cuestiones que van más allá de hacer legible un texto, debemos evitarlas pues usarlas provoca desconfianza en el lector.

Observemos ahora las faltas más comunes que la ANUIES ha identificado mediante consulta con especialistas (“11 errores ortográficos que los mexicanos cometemos habitualmente”) y que forman parte de un trabajo más amplio: “Sólo el 9% de los universitarios en el país domina las reglas de escritura: Anuiés (2014)”, y comprobaremos cuáles son los errores donde coinciden hablantes españoles y mexicanos.

1. Confundir la b y la v. Un problema común en casi todos los países hispanohablantes, ya que la pronunciación es la misma. Tratar de dar a la b una pronunciación labial y a la v un sonido labiodental, como dice la regla, resultaría afectado, cursi. Sin embargo, sí hay que conocer las reglas de su escritura.
2. Haber en lugar de A ver. Suenan igual pero significan cosas diferentes. Haber es un verbo en infinitivo y A ver es una frase (formada por la preposición a y el verbo ver) que expresa interés, duda, expectación: A ver qué te parece, ¿Vamos a ver qué sucede?, A ver cómo nos va.
3. Confundir la s, la c y la z. Al igual que con la b y la v, la pronunciación es la causa de una generalizada confusión en casi toda Hispanoamérica. Cuentan con reglas específicas para su empleo, pero es su sonido muy parecido lo que genera el problema.
4. Haz y has. Haz es el modo imperativo de la segunda persona en singular (tú): Haz lo que debes hacer; Haz el bien sin mirar a quien; Haz tu tarea. Has es un auxiliar para los tiempos compuestos de la conjugación: Has dicho, has venido, has estado.
5. Confundir la ll y la y. La regla es muy simple: se escriben con y los verbos terminados en uir: contribuir, huir, argüir... Yo contribuyo, él huye, ella arguye... En cambio, se escriben con ll las palabras terminadas en illo, illa, así como sus compuestos y derivados: cepillo, rastrillo, semilla, pasilla...
6. Confusión entre la g y la j. Son más de diez las reglas de cuándo escribir g y no j, y memorizarlas no ayudaría al hablante sino que lo confundiría. La mejor recomendación con estas letras es observar con atención cómo se escriben las palabras, o acudir al diccionario cada vez que se tenga alguna duda.
7. Los porqués. Los problemas que existen en su uso se presentan por desconocer para qué sirve cada uno de ellos. Para comenzar, son cuatro:
  - *Porque* es una conjunción que sirve para explicar causa: “Estudio inglés *porque* me gusta”.
  - *Porqué* es un sustantivo que significa causa, motivo, razón (le antecede siempre un artículo): “Quiero conocer el *porqué* de la vida”.
  - *Por qué* es la preposición *por* seguida de interrogación o exclamación y sirve para ambos fines: “¿*Por qué* no dijiste todo?” “¡*Por quién* me has tomado!”
  - *Por que* es la preposición *por* seguida de la conjunción subordinante *que*. Ya casi en desuso, porque es confundida con la conjunción *porque* y sólo las personas cultas la emplean correctamente: “No votamos para elegir rector *por que* traería más problemas que soluciones”.
8. Olvidamos usar la h: Va delante de los diptongos, ya sea al inicio o en medio de las palabras: huir, hueco, hueso, cacahuate, cohibir...
9. No colocamos tilde en los hiatos (dos vocales juntas pero en sílabas distintas): evalúa, búho, biología, día, maíz, reír...
10. Tampoco sabemos usar la tilde diacrítica en las palabras que se escriben igual, pero tienen significados o son formas gramaticales distintas: mi, mí, tu, tú, el, él...
11. No es lo mismo sobre todo que sobretodo, enserio que en serio, a veces que a veces...
 

Sólo en el primer caso se trata de dos expresiones correctas (“A mi abuela le gustan los *sobretodos*, *sobre todo* los de lana”); *en serio* y *a veces* siempre van separadas.

Esta recopilación tiene un mérito adicional: si el lector ha leído con atención los ejemplos y cree saber ya cómo se escriben de manera

correcta, al final viene un cuestionario donde podrá aplicar sus nuevos conocimientos. Así nunca los olvidará.

Reunimos muchos otros equívocos y dejamos fuera varios que nuestros alumnos cometen frecuentemente; algunos más que hemos encontrado son los siguientes:

1. “Haya”, “halla” y “aya”.
2. La “s” innecesaria, cuya escritura y dicción revela una profunda ignorancia: dijistes, hicistes, escribistes...
3. “Hay”, “ahí” y “ay”.
4. “Vaya”, “valla” y “baya”.
5. “Ha” y “a”. “Ha” es auxiliar en la conjugación del verbo haber para la tercera persona del singular: “Ella *ha* llegado puntual”, “Él *ha* dicho suficiente”, mientras que “a” es una preposición que sirve para indicar, orientar o señalar: “a casa”, “a él”, “a todos los estudiantes”.
6. Entre los errores más frecuentes de los profesores están la falta de precisión de ciertos términos. Dicen “Esta comisión se abocará” o “Esta comisión se avocará”, cuando lo que quieren expresar es que “se dedicará”, “se empeñará” o “realizará”; igualmente, hay una confu-



sión entre “infligir” e “infringir” o entre “privará” y “primará”, que son términos que se escriben no sólo diferente sino que significan cosas totalmente distintas.

Igualmente, hay expresiones que se han vuelto familiares en nuestra habla a fuerza de repetirlas, sin advertir que son un sinsentido: “Estamos hablando *a nivel* de doctores de la lengua”, “Hay que ver *el papel que juega* en esta tarea el profesor”, “*En base a* estas consideraciones”, “La libertad de cátedra *al interior* del salón de clases”, etc. Verdad es que dichas expresiones sólo las advierten quienes emplean de un modo más pulcro el idioma, pero por el hecho de ser aceptadas como “normales” no dejan ser faltas, y más todavía si quienes las emplean son profesores.

Autores como José G. Moreno de Alba (*Minucias del lenguaje* y *Nuevas minucias del lenguaje*, FCE) se han encargado de recopilar y analizar estas expresiones en México, y Lázaro Carreter en España (*El dardo en la palabra*, Círculo de Lectores), por lo cual contamos con información para no ser omisos ante ellas.

Para terminar, reproduzco ahora dos testimonios de cómo lo que escribimos es criticado y valorado, y tiene sus consecuencias:

#### **El testimonio mexicano**

Ya estamos aki, estoy nerbioso. Bamos aber k pasa”.

“¡Felisidades, ahy q aser una carne azadaaaaa!”

“¡Wey bente a la casa hestamos chupando chido y hechando desmadre!”

Va usted a creer que las frases que acaba de leer son inventadas, pero no: las saqué del Facebook, y no fueron escritas por iletrados, son de profesionales con educación universitaria. Ellos, como tantos otros, pasaron por siete años de educación primaria, tres de secundaria, tres de prepa y cuatro de carrera. Uno incluso tiene maestría, o sea, otros dos años. Súmele: 17 años en la escuela para terminar escribiendo “bamos”, “aser” “bente” y “aki”.

Leer cosas como éstas ya es algo común en redes sociales, y lo peor es que a muchos o les parece chistoso y una especie de moda para retrasados o simplemente lo toman como algo normal. Pero está lejos de serlo: dejar de darle importancia a algo tan fundamental sólo puede significar una cosa: que la educación fracasó.

Adrián Herrera, “Ortografía”, en *Milenio*: 12 de septiembre de 2014.

#### **El testimonio español**

La mala ortografía no es la enfermedad. Es el termómetro. La ortografía sirve de ropa para vestir los argumentos, y dice mucho sobre el gusto de una persona, sobre su trayectoria personal y la formación que recibió. El problema no radica por tanto en cometer faltas de escritura, sino en que eso puede interpretarse como un indicio de fiebre.

Los libros disfrutados y el cuidado por la expresión se relacionan con la ortografía del mismo modo que la temperatura del cuerpo se relaciona con el mercurio.

Quizás el prestigio de la ortografía se ha resentido tras algunas propuestas encaminadas a suprimirla y a que se escriba como se habla. Si se hubieran aplicado, millones de obras publicadas hasta ahora resultarían ilegibles dentro de unos años, y la verdadera unidad de nuestra lengua (que se basa en la palabra escrita) habría saltado por los aires. Un argentino que pronuncia “campión” sabe que está usando la palabra “campeón”, y ningún caribeño duda que en su prosodia de “amol” se halla la palabra “amor”.

La pasada semana, el presidente de la comisión gestora del PSOE, el ingeniero Javier Fernández, escribió una carta pública de cuatro párrafos al secretario general de Podemos, Pablo Iglesias. Su texto constituye un claro indicio de que en algún punto del proceso de escritura se produjo un fallo sistémico. Sobran siete comas, faltan cinco, dos tildes se quedaron escondidas en el teclado, se aprecian tres errores sintácticos y una ausencia de los dos puntos, hay una confusión





semántica, saltan a la vista dos erratas y las mayúsculas y las minúsculas se repartieron a voleo.

He aquí ese cuarto párrafo (tal cual se difundió):

“En lo que si estoy de acuerdo contigo, es en la gravedad de la situación, y convencido de que, tanto en lo que tiene que ver con la corrupción, como en otros asuntos que están pendientes en el Parlamento, y me refiero (sin ánimo exhaustivo) a la reprobación y dimisión del Fiscal General del Estado y del Fiscal Anticorrupción, a la comparecencia de los ministros de Justicia e Interior o a la constitución inmediata de la Comisión de Investigación de la financiación del PP, que ya han sido solicitadas por el Grupo Parlamentario Socialista, en lugar de hacer de la política un juego de apariencias, deberíamos propiciar acuerdos que exigirían una relación más fluida y más sincera entre nosotros, por el bien de nuestra patria como tu dices (o de la ciudadanía como acostumbro a decir yo)”.

Ese fragmento de la carta no parece escrito por una persona, sino por una comisión. Todos incurrimos en errores ortográficos, por descuido o por ignorancia. Si son aislados, la fiebre baja enseguida. El problema radica en su reiteración y, sobre todo, en no ser conscientes de las propias carencias. Porque eso a corto plazo impide pedir socorro; y a la larga dificulta la cura. **L**

Álex Grijelmo, “Ortografía pringosa”: *El País*, 14 de mayo de 2017.

# Virtudes que se vuelven vicios

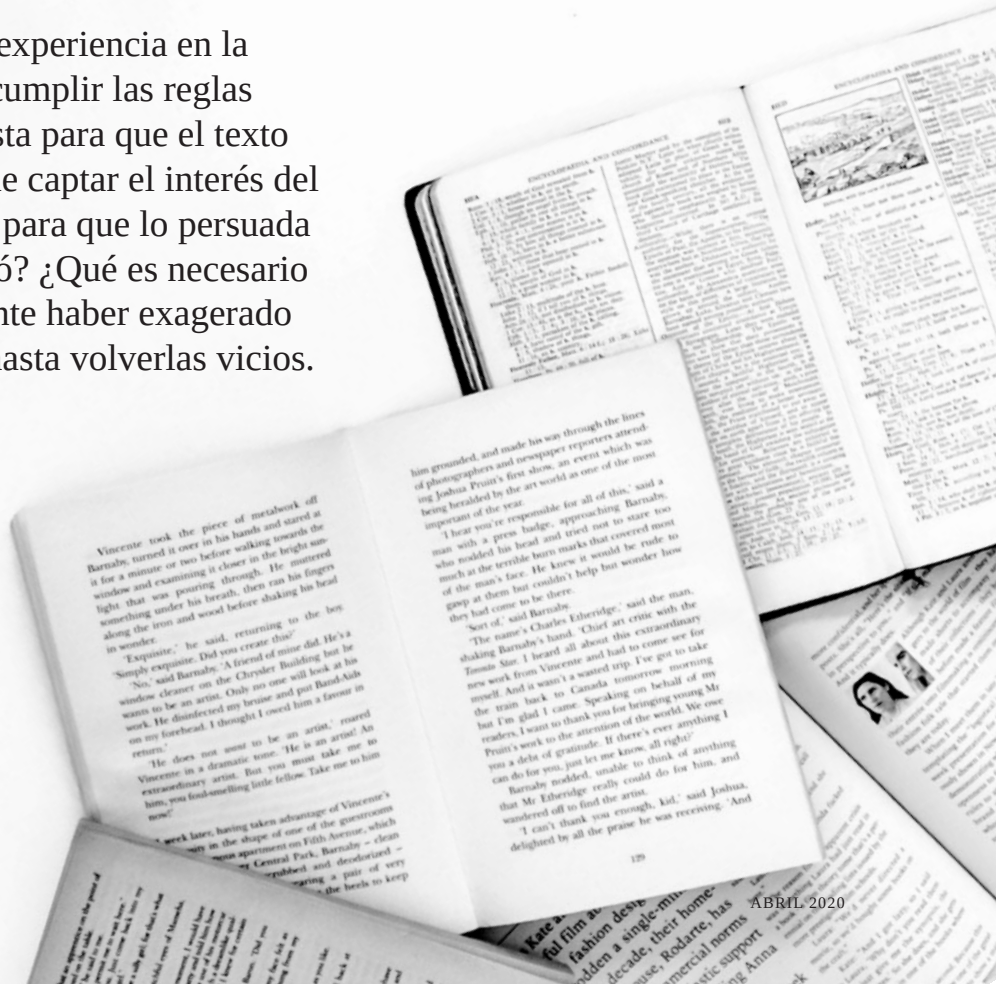
RENÁN VILLAMIL CHAPARRO

Alguien con cierta experiencia en la escritura sabe que cumplir las reglas gramaticales no basta para que el texto logre el propósito de captar el interés del lector y menos aún para que lo persuada y agrade. ¿Qué falló? ¿Qué es necesario aportar? Seguramente haber exagerado ciertas cualidades hasta volverlas vicios.

CCH

38

LATITUDES



Muchos de nuestras dificultades para lograr un buen texto provienen de la imitación, de la pretensión de ser lo que no somos. Es difícil ser originales, encontrar nuestro propio estilo, pulirlo y mejorarlo. Así que nos aferramos a lo que consideramos son textos modelos. Si estos modelos fueran dignos de imitar y lográsemos algo parecido a ellos estaría bien. Así hallaríamos nuestro propio camino y conoceríamos lo que es la influencia: tratar de lograr la puntuación de Octavio Paz, la manera de hablar de los personajes de Shakespeare, o lograr la claridad y sencillez del lenguaje de la Biblia (sobre todo la traducida por Casiodoro de Reina). Eso estaría muy bien.

Pero, ¿qué sucede cuando tomamos como modelos indigestos textos académicos, o densos escritos filosóficos o la enmarañada prosa de los abogados? Lo más seguro es que ahuyentemos a los pocos lectores que se dignen asomarse a nuestros escritos.

Se dirá que es la necesidad de usar términos y conceptos poco comunes, o es el tema el que nos impone el uso de abstracciones y razonamientos, como en el caso de los textos filosóficos, y por eso resultan tan densos. Se argumentará que es la necesidad de precisión, de objetividad y aun de respaldo de nuestros dichos lo que nos obliga a usar notas a pie de página cuando no bien empezamos a desarrollar el tema, en el caso de los textos académicos, y algo así podrían argumentar los abogados cuando recurren a su enmarañada sintaxis.

### El lenguaje mistificador

Sin embargo, lo cierto es, como bien lo dice el escritor y crítico irlandés C.S. Lewis, que “cualquier necio puede escribir en lenguaje erudito. La verdadera prueba es el lenguaje sencillo”. Hay algo de falso en esos textos impenetrables y complicados, y un filósofo de la ciencia y brillante teórico, maestro de varios premios Nobel de Medicina, Ciencia y Literatura, y referente indispensable a la hora

de hablar de la objetividad en la ciencia, lo ha dicho con meridiana claridad: “El primer deber de un intelectual es escribir con claridad y sencillez para que todos lo puedan entender”.

Me refiero a Karl R. Popper, quien dedica el Capítulo 12 (“Hegel y el nuevo tribalismo”) de su obra más importante, *La sociedad abierta y sus enemigos*, a desmontar las falacias filosóficas de G. W. F. Hegel y de paso denunciarlo como quien puso de moda el lenguaje abstruso de la filosofía. ¿Cuáles fueron las razones que tuvo Hegel para hacerlo? Sin duda las de orden político, aunque también mucho debe ese lenguaje a la pretensión de hacer de la filosofía una actividad sólo para un “pequeño círculo esotérico de los iniciados”.

Así lo dice Popper: “El éxito de Hegel marcó el comienzo de la ‘edad de la deshonestidad’ (como llamó Schopenhauer al período del idealismo alemán) y de la ‘edad de la irresponsabilidad’ (como caracteriza K. Heiden la edad del moderno totalitarismo), primero de irresponsabilidad intelectual y más tarde, como consecuencia, de irresponsabilidad moral: el comienzo de una nueva edad controlada por la magia de las palabra altisonantes y el irresistible poder de la jerigonza.”

Hegel pudo convertirse en la figura de mayor influencia de la filosofía alemana por el respaldo del estado prusiano. “En efecto”, dice Popper, “Hegel fue designado primer filósofo oficial de Prusia en el período de la ‘restauración’ feudal que siguió a las guerras napoleónicas”. ¿Por qué se convirtió en el filósofo oficial de Prusia? Por la teoría sustentada en su filosofía, en la que el Estado es todo y el individuo nada, ya que todo se lo debe al Estado: su existencia física y su existencia espiritual. Véanse los puntos más representativos de esta teoría que Popper entresaca de aquella filosofía:

- “Lo Universal ha de hallarse en el Estado”.
- “El Estado es la Divina Idea tal como existe sobre la tierra.”



- “Por consiguiente, debemos adorar al Estado en su carácter de manifestación de la Divinidad sobre la tierra y considerar que, si es difícil comprender la naturaleza, es infinitamente más arduo captar la Esencia del Estado...”
- “El Estado es la marcha de Dios a través del mundo...”
- “El Estado debe ser comprendido como un organismo...”
- “La conciencia y el pensamiento son atributos esenciales del Estado completo.”
- “El Estado sabe lo que quiere...”
- “El Estado es real y la verdadera realidad es necesaria.”
- “Lo que es real es eternamente necesario...”
- “El Estado existe por y para sí mismo...”
- “El Estado es lo que existe realmente, es la vida materializada...”

Esta selección de pensamientos, una muestra también del platonismo hegeliano, sirvieron para la restauración del gobierno prusiano de Federico Guillermo III de Prusia, y así se comprende la indiscutible influencia y preeminencia de Hegel dentro del idealismo alemán.

Otro filósofo teutón, pero éste admirado por su claridad, sencillez y aun por la belleza de sus textos, que conoció a Hegel personalmente, propuso usar las palabras de Shakespeare para definir su filosofía: “esa charla de locos que sólo viene de la lengua y no del cerebro”.

Arthur Schopenhauer, quien primero advirtió el enorme embuste filosófico de Hegel y quien primero lo denunció, lo califica con estos duros términos que Popper cita: “Hegel, impuesto desde arriba por el poder circunstancial con carácter de Gran Filósofo oficial, era un charlatán de estrechas miras, insípido, nauseabundo e ignorante, que alcanzó el pináculo de la audacia garabateando e inventando las mistificaciones más absurdas. Toda esa tontería ha sido calificada ruidosamente de sabiduría inmortal por los secuaces mercenarios, y gustosamente

aceptada como tal por los necios, que unieron así sus voces en un perfecto coro laudatorio como nunca antes se había escuchado. El extenso campo de influencia espiritual con que Hegel fue dotado por aquellos que se hallaban en el poder, le permitió llevar a cabo la corrupción intelectual de toda una generación”.

De varias generaciones, agregamos, pues ese estilo aún se sigue imitando por algunos ingenuos aprendices de filósofos. Para darnos una idea de lo que realmente hay detrás de toda esa charlatanería, que tanto deslumbra e intenta hacer de la filosofía una labor de iniciados, cito ampliamente a Popper:

“Para prevenir al lector, a fin de que no tome con demasiada seriedad el palabrerío altisonante y mistificador de Hegel, citaré aquí algunos de los asombrosos detalles que descubrió este filósofo con respecto al sonido y, especialmente, con respecto a las relaciones entre el sonido y el calor. He procurado cuidadosamente traducir esta oscura charlatanería de la *Filosofía de la naturaleza* de Hegel, con la mayor fidelidad posible. He aquí lo que dice:

§ 302. El sonido es el cambio en la condición específica de segregación de las partes materiales y en la negación de esta condición; tan sólo una *idealidad abstracta* o ideal, por así decirlo, de esa especificación. Pero este cambio, en consecuencia, es inmediatamente, en sí mismo, la negación de la subsistencia específica material, que es, por lo tanto, la *idealidad real* de la gravedad y cohesión específicas, es decir, el *calor*. El aumento de calor de los cuerpos en resonancia, semejante al que experimentan los cuerpos por el rozamiento, señala la aparición del calor que se origina, conceptualmente, junto con el sonido.

“Hay todavía quienes creen en la sinceridad de Hegel o quienes dudan si su secreta fuerza no residirá en la profundidad, en la plenitud del pensamiento, más que en su ausencia total.

Pues bien, yo les aconsejaría a esas personas que leyesen cuidadosamente la última oración —la única inteligible— de esa cita, pues en ella Hegel se pone al descubierto. En efecto, no puede significar, evidentemente, sino lo siguiente: *El aumento de calor de los cuerpos en resonancia... es calor junto con sonido*. Puede plantearse la duda de si Hegel se engañó a sí mismo, hipnotizado por su propia inspiración verborrágica, o si se propuso audazmente engañar y fascinar a los demás. Personalmente me inclino por la segunda alternativa...” (*La sociedad abierta y sus enemigos*, Capítulo 12, “Hegel y el nuevo tribalismo”. Paidós Básica, 2010, pp. 221-267).

Con un breve enunciado Popper explica lo que hay detrás de semejante palabrería: *El aumento de calor de los cuerpos en resonancia... es calor junto con sonido*. Habría que preguntarse si es sólo la necesidad de imponer una filosofía oficial lo que lleva a emplear esa charlatanería admirada por tantos. Pienso que no, hay algo más detrás, y es la necesidad de mistificar (en el sentido de engañar a una persona aprovechando su ingenuidad) mediante la filosofía. ¿Por qué? Popper nos vuelve a dar la respuesta:

“Por una u otra razón —dice—, los filósofos han logrado retener para sí, aun en nuestros días, algo de la atmósfera que rodea a los magos. La filosofía es considerada algo extraño y abstruso que se ocupa de los mismos misterios que la religión, pero no de modo tal que pueda ser ‘revelada a los niños’ o al vulgo; la filosofía es reputada demasiado profunda para eso, siendo de este modo una suerte de religión y teología para los intelectuales, los eruditos y los sabios. El hegelianismo se acomoda admirablemente bien a estos puntos de vista; es, exactamente, lo que esta especie de superstición popular supone que sea la filosofía. El hegelianismo lo sabe todo acerca de todo. No hay en él pregunta que no tenga pronta respuesta. Y, en realidad, ¿quién podría estar seguro de que la respuesta no es cierta?”

Esta pretensión por hacer de la filosofía una actividad para un restringido círculo de iniciados es lo que lleva al empleo de tal lenguaje. Se ha perdido la claridad que un Séneca, un Spinoza, un Kant y un Schopenhauer se esmeraban por dar a sus escritos. La moda después de Hegel fue el empleo de esta palabrería enredada y confusa que hace sentir inútiles a los lectores para comprenderla y los ahuyenta de su lectura. En general no sólo la filosofía sino las ciencias sociales se contagiaron de esta enfermedad y hoy ha contaminado incluso a los círculos académicos, que es lo que nos interesa destacar.

### **Una virtud que se desvirtúa**

En su *Genealogía de la soberbia intelectual* (Taurus, 2014), el escritor Enrique Serna traza el trayecto del poder religioso al poder cultural, de los escribas a los intelectuales de nuestros días, de la evolución del hermetismo poético y filosófico a la génesis del desprecio al vulgo profano, de los monopolios de la escritura y las lenguas cultas al argumento de autoridad para suprimir la crítica, y para resguardar los conocimientos que sólo una élite experta debe poseer. Una manifestación reciente de esta pretensión es lo que se observa en los medios académicos, donde los “guardianes del saber” imponen una serie de requisitos, convenciones y obligaciones para publicar o para otorgar validez “científica” a lo que se publica.

Bajo la excusa de que los trabajos deben ser rigurosos y contar con los suficientes respaldos y estrictos protocolos para lograr objetividad, seriedad y pertinencia, se establecen una serie de requisitos, reglas y convenciones que en realidad lo único que logran es producir textos indigestos, pesados y aburridos. Se ha llegado al extremo de que en ocasiones son más las notas a pie de página que el texto principal. Recuerdo especialmente un título (*La comunicación*, de Carlos Castillo del Pino) que mi profesor de Teoría de la Comunicación de la FES Acatlán nos hizo leer, y, hasta la fecha,

sigo pensando si no fue una sutil broma, ya que lo único que comprendí como ejemplo de incomunicación fue precisamente el libro, repleto de notas de pie de página que resultan más abundantes que el texto principal. Esto no sólo refleja ignorancia del autor en la materia que aborda, sino además una total inseguridad en el asunto. Un texto que inicia con notas a pie de página ahuyenta al lector, lo hace sentir inexperto, fuera de lugar y lo más probable es que anule su interés por leerlo.

Antes que nada el autor debe tener algo interesante qué decir; sólo así el lector se interesará por la referencia, pues deseará saber más acerca de la idea o la información que lee, de dónde la tomó el autor, cómo la modificó o cuál es su punto de discrepancia con otro autor. Para eso sirven las notas de pie (o a pie) de página, y no sólo para cumplir con un requisito que nadie atiende. (En este mismo número de la revista se ofrece el testimonio de un profesor del Politécnico, Fausto Magaña Trujillo, donde narra el embuste de un autor que atribuyó a Octavio Paz ciertas palabras que él inventó para tratar de darle “objetividad” a su trabajo. Pero Magaña lo investigó y se dio cuenta de la patraña porque es un lector de Paz y no recordaba haber leído nada semejante en sus obras.) Así que las notas también delatan los embustes cuando se las atiende, pero la mayor parte de las veces son ignoradas.

Hay cursos completos para aprender a utilizar las referencias y notas a pie de página, para saber elaborar el “aparato crítico”, para aprender a redactar “la situación del arte” y manejar el famoso “formato APA”, de uso casi obligatorio en los medios académicos. (El “formato APA” es un modelo estándar de la *American Psychological Association* creado en 1929 para elaborar y presentar trabajos por escrito de ciencias de la conducta o ciencias sociales; incluye directrices para elaborar la página del título, contenido, referencias, tablas y figuras; su propósito es facilitar la comprensión de la

lectura, darle mayor claridad a la comunicación y “expresar las ideas con un mínimo de distracción y un máximo de precisión”). Muy buenos propósitos, de lograr su cometido, pero cuando pesan más las convenciones que la búsqueda de lectores, lo más seguro es que sólo los lean los sinodales. De ahí que sean contados los libros que realmente captan lectores y casi toda la producción editorial universitaria permanezca embodegada. Los libros no son leídos ni por los propios autores. Curiosa paradoja: los académicos escriben sus obras y citan autores porque desean que sus trabajos sean citados (ser citado es un requisito para engrosar el currículum y hasta para lograr ciertos estímulos) y son los trabajos que menos se leen.

Cuando don Miguel León Portilla y don Ramón Xirau escribieron, respectivamente, la *Visión de los vencidos* e *Introducción a la historia de la filosofía* no pensaron en el curriculum ni en ser citados por otros autores para lograr puntos ni mucho menos adecuarse al “formato APA”. Pensaron en el lector. De ahí que hayan logrado esos dos *bestsellers* universitarios que se siguen y seguirán leyendo a pesar de que ya no estén físicamente con nosotros.

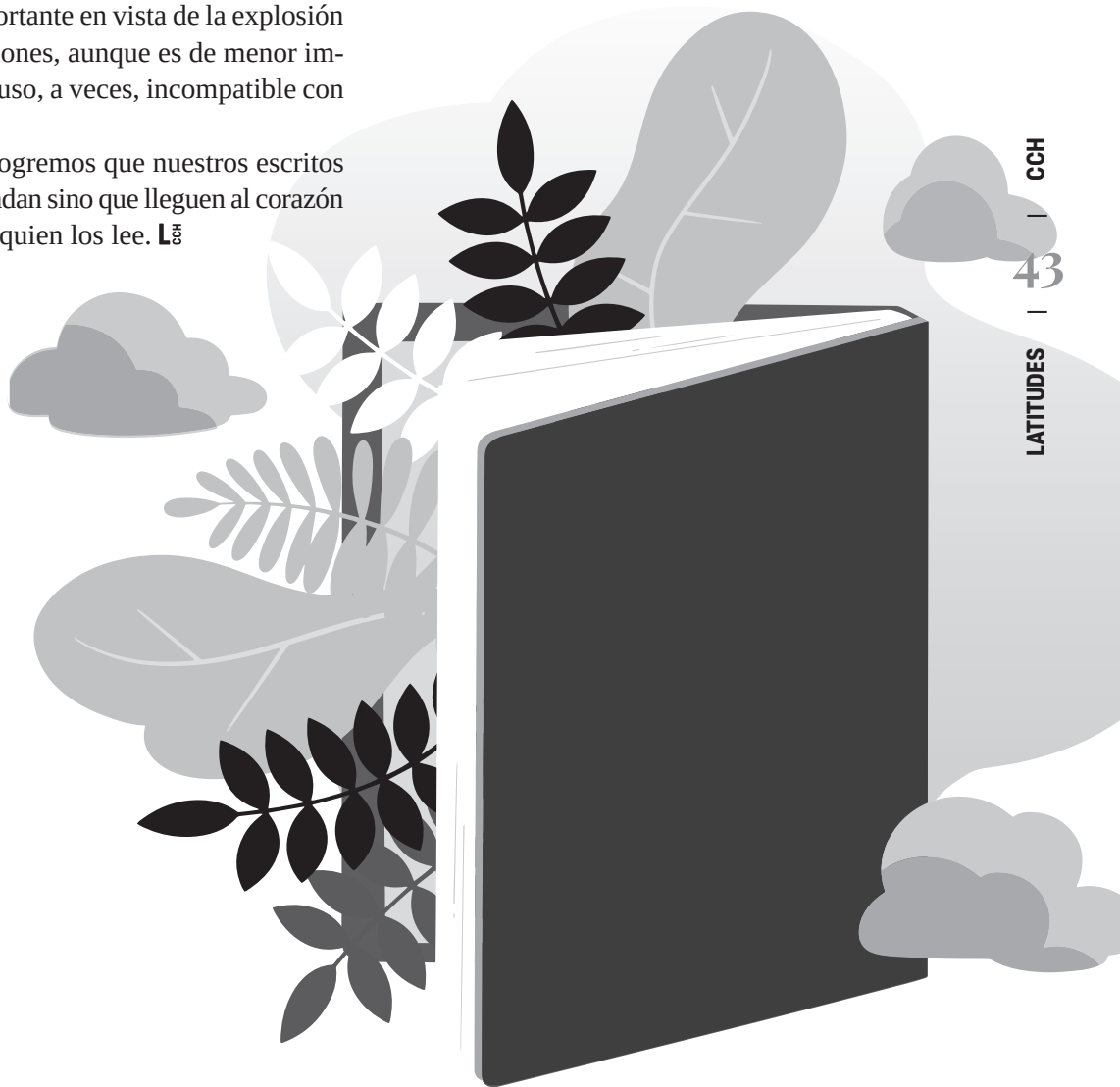
Esto es lo que debemos hacer cada vez que escribamos: pensar en el lector, proponernos despertar su interés, redactar algo que lea con gusto y le aporte información, un punto de vista nuevo de las cosas que vemos todos los días de la misma forma. Para esto se requiere antes que nada ser nosotros mismos, ser auténticos y honestos; olvidarnos de la jerigonza que a veces el contexto, el tiempo o la moda imponen. Nunca estará de más repetir lo que el viejo Whitman decía: “Camarada, esto no es un libro, quien toca esto toca un hombre”.

Además, recordar que para lograr una comunicación eficaz necesitamos ser claros y sencillos; es una obligación como profesores, porque si no, ¿cómo lograríamos comunicarnos con nuestros alumnos, con nuestros pares y con ese vasto auditorio de desconocidos que

está ansioso por escuchar una palabra que lo aliente, le aclare y le explique las cosas que no comprende? Es una obligación como simples personas y como profesionistas.

Como bien lo dice Karl Popper en otro de sus libros (*Conocimiento objetivo*), y quien me ha orientado en esta exposición y no deja de enseñarme cada vez que vuelvo a él: [La búsqueda de la verdad, que es el objetivo de la ciencia], “sólo es posible si hablamos sencilla y claramente, evitando complicaciones y tecnicismos innecesarios. Para mí, buscar la sencillez y lucidez es un deber moral de todos los intelectuales; la falta de claridad es un pecado y la presunción un crimen (la brevedad también es importante en vista de la explosión de las publicaciones, aunque es de menor importancia e incluso, a veces, incompatible con la claridad)”.

Tal vez así logremos que nuestros escritos no sólo se entiendan sino que lleguen al corazón o al cerebro de quien los lee. **L**3





# Política y corrupción del lenguaje

FAUSTO MAGAÑA TRUJILLO

## ALGO PERSONAL

[...]

*Pero, eso sí, los sicarios no pierden ocasión  
De declarar públicamente su empeño  
En propiciar un diálogo de franca distensión  
Que les permita hallar un marco previo  
Que garantice unas premisas mínimas  
Que faciliten crear los resortes  
Que impulsen un punto de partida sólido y capaz  
De este a oeste y de sur a norte,  
Donde establecer las bases de un tratado de amistad  
Que contribuya a poner los cimientos  
De una plataforma donde edificar  
Un hermoso futuro de amor y paz.*

**Joan Manuel Serrat**



Seguramente habrán advertido la ironía que destilan estas estrofas finales de la canción de Serrat que he usado como epígrafe para referirme al lenguaje usado por los políticos: vacío, insustancial, contradictorio, que habla mucho para no decir nada.

Y es que, como pocos personajes, el político es alguien que rehúye radicalmente los compromisos, las explicaciones y la verdad misma, a menos que no le importe pasar como mentiroso, cínico o ignorante, pero sabe muy bien las consecuencias que estos atributos acarrearán a su imagen. Y es que el lenguaje define, exhibe, compromete, y si antes se valía decir cualquier cosa para salir del paso y después actuar como les viniera en gana, hoy ya no es tan fácil, o al menos ya no lo es hacerlo tan impunemente.

Mientras ciertos gremios emplean un lenguaje mistificador para crear la apariencia de que se dedican a actividades casi divinas; otros usan uno incomprensible para poner barreras inaccesibles al conocimiento especializado que supuestamente poseen, los políticos se dedican a vaciar el lenguaje de cualquier contenido o significado preciso. Rehúyen decir lo que los compromete u obliga, y en una sociedad sin mecanismos democráticos suficientes se considera un mérito mentir, fingir, moverse en el mundo de las apariencias y de las verdades a medias.

Los profesores debemos combatir esas manifestaciones del lenguaje, no sólo porque nuestra principal tarea es la enseñanza, sino porque conocemos las consecuencias sociales que su manejo trae consigo. La principal ha sido la perversión de la política (reducirla a uno de sus aspectos más desagradables: el arte de mentir y fingir), y la segunda, que el lenguaje vacío contribuye a la inexistencia de una vida cívica donde la honestidad y responsabilidad sean las principales cualidades de quienes ejercen el poder.

Una característica de los grandes estadistas, como Winston Churchill o Benito Juárez, ha sido su impecable manejo del lenguaje. Léanse

las siguientes frases de Churchill: “El problema de nuestra época consiste en que los hombres no quieren ser útiles sino importantes”; “Un fanático es alguien que no puede cambiar de opinión y no quiere cambiar de tema”; “El éxito es la capacidad de ir de fracaso en fracaso sin perder el entusiasmo”. Y ahora las de Benito Juárez: “No se puede gobernar a base de impulsos de una voluntad caprichosa, sino con sujeción a las leyes”; “La emisión de las ideas por la prensa debe ser tan libre, como es libre en el hombre la facultad de pensar”, y “No deshonra a un hombre equivocarse. Lo que deshonra es la perseverancia en el error”.

Sólo habría que recordar la frase que Churchill expresó ante sus compatriotas cuando asumió el cargo de primer ministro de la Gran Bretaña en mayo de 1940, ya en plena Guerra Mundial: “No tengo nada que ofrecer sino sangre, esfuerzo, lágrimas y sudor”. Esto es lo que caracteriza la palabra de un verdadero líder: su capacidad de empatía, de auténtica comunicación para sacudir la conciencia y la sensibilidad de su auditorio. Y eso se logra sobre todo siendo sincero. Pero los políticos de hoy día están a una altura ínfima de aquellos, no conocen la verdadera dimensión de la política. Su pretensión de nunca hablar con la verdad, de nunca comprometerse y saber evadir su responsabilidad la consideran una virtud.

Más todavía cuando alguien los pilla en una contradicción o les pide que precisen cierta ambigüedad, los interpelados se sienten ofendidos, como si no tuvieran la obligación legal, política y moral de ser lo suficientemente claros. Y cuando de plano la realidad los contradice o niega aquello a que hacen referencia, salen con la extravagancia de que la realidad es otra, que la que conocemos y vemos todos los días no es la verdadera. Bajo el subterfugio de que sólo ellos poseen información confiable y tienen los datos verdaderos, se arrojan la puntada de crear una “realidad alternativa”. El problema es que hay quien se las cree.



Al ser ellos los poseedores de los micrófonos y de los medios a través de los cuales se propagan y multiplican sus dichos, apabullan a la sociedad con el mismo sonsonete y crean en los espectadores, lectores y radioescuchas una sensación de impotencia y frustración. Y si en un primer momento logran silenciar y aun anular con su ruido las voces disidentes, es muy probable que esta sensación de impotencia estalle imprevisiblemente al menor pretexto cualquier día, y se exprese en acciones violentas y destructivas, pues esto es lo que incuba un lenguaje falaz. Así, los políticos transitan del lenguaje tramposo que no dice nada, al de una realidad alternativa y de ésta al de un ambiente de crispación y odio. Ésta es la situación del mundo actual y, para desgracia nuestra, es la palabra la que ha contribuido a crearla. De ahí nuestra responsabilidad como profesores.

Un privilegio adicional que la clase política disfruta en México es su libre acceso a los medios de información. Al ser sujetos de la noticia, sus acciones y opiniones interesan a vastos públicos. De ahí que muchos medios abran sus espacios para que colaboren regularmente. Bajo el supuesto de que así obtendrán información exclusiva, revelaciones que sólo los políticos conocen, y hasta una cierta aquiescencia de parte del poder, les ofrecen sus tribunas sin reparar en

que con esta acción sólo contribuyen a hacer mayor el avasallamiento del poder político y a generar una mayor indefensión de la sociedad.

Si hay alguien impedido de hablar con sinceridad ése es el político. Conoce y cuida los resortes de la expresión honesta; sabe el peso y compromiso de lo dicho; es experto en los vericuetos y recovecos de la autocensura y el alineamiento, aunque, eso sí, no deja de creer en el poder de las palabras, así sean huecas o embozadas, y por eso no desaprovechará el espacio concedido. Aunque, ¿quién lee realmente a un político? Ni sus propios seguidores.

Lo que en mejores épocas era un arte, el de saber unir voluntades para avanzar hacia un propósito que beneficiara a toda la sociedad, hoy día se ha vuelto una actividad que genera repulsión, encono, que divide, estigmatiza a los que piensan diferente y los excluye, o que trata de engañar a la ciudadanía creyendo que ésta no tiene capacidad de ver, escuchar, comprender y pensar. Ser político en nuestros tiempos es dedicarse a una de las actividades más sucias y tramposas; ser un corrupto y corruptor en potencia. O al menos es lo que nos hacen pensar. Por eso la necesidad de recuperar la transparencia y claridad del lenguaje.

Los responsables de los medios también lo saben, y por eso deben defender la autonomía

de su gremio. Al igual que los profesores, deben preservar la independencia de su criterio, no alinearlos con ideologías en boga o con tendencias políticas pues esto les impedirá ejercer la crítica. Si se afilian a una ideología o a una causa deberán adecuar su lenguaje para no contradecirlas, o de plano callarse. Pierden así su independencia. La libertad intelectual y de criterio son el último pero más inexpugnable valladar contra la mentira, la arrogancia del poder y el apetito voraz por imponer una sola visión del mundo. Las transformaciones grandilocuentes; la vociferación tumultuosa en medios, plazas y avenidas; los desplantes avasalladores del poder absoluto, no lograrán quebrar jamás la libertad que campea en alguien que es dueño de sus propias palabras. Por eso, toda crítica de la realidad comienza con la crítica del lenguaje. La palabra representa nuestra más humilde pero única y formidable defensa.

### Conclusión

Podía haber tomado cualquier declaración que hubieran hecho recientemente, mientras escribía este artículo, como ejemplo de ese lenguaje vacío, falaz y contradictorio. Pero con eso el lector pensaría que mi aversión es para tal personaje y mi simpatía para sus opositores, y eso es lo que menos pretendo que crean. Mi convicción más arraigada es que todo aquel que se dedique a tareas intelectuales y la enseñanza (profesores, periodistas, investigadores, artistas, escritores) debe defender denodadamente su pensamiento y sentido crítico, pues sólo así será capaz de analizarlo objetivamente y criticarlo. Nunca volverse un seguidor o partidario. De otra forma tendríamos que alinear y sujetar nuestras creencias y lenguaje a nuestras afinidades y antipatías, y con eso los retorceríamos también.

No dudo que haya hombres honestos y sinceros; tampoco creo que sea improbable elaborar una teoría política capaz de otorgar estabilidad y desarrollar eficazmente una sociedad en todos sus aspectos: educación, economía, nivel

de vida, salud, libertades, etc., y un partido u organización que las encabecen. Pero debemos reservarnos siempre nuestra libertad de criterio para poder señalar sus errores y desviaciones en el momento necesario, pues de otra forma nos volveríamos cómplices de aquellos.

Esto es así porque en la lógica del poder no hay buenos ni malos, honestos ni corruptos, sinceros ni embusteros o eficaces e inútiles. Sólo hombres que se dedican a obtener el poder y luchan por conservarlo, ejercerlo y acrecentarlo, y para esto se valen de todas las acciones, incluyendo la mentira, la deshonestidad y la maldad. Un trabajador intelectual debe estar vacunado contra la ingenuidad de pensar que unos son los buenos y los de enfrente los malos, o de que por fin apareció alguien que resolverá nuestros problemas porque éste sí es bueno, honesto y ve por su pueblo.

Esta es una obra de todos si queremos que realmente funcione. Así como nadie resolverá nuestros problemas personales, más que nosotros mismos, no hay ningún caudillo, partido, ideología o modelo económico que pueda resolver los problemas sociales sino la sociedad misma organizada eficazmente. ¿Cómo? Con sus instituciones, leyes, mecanismos, autoridades y formas de participación ciudadana funcionando sin restricciones para vigilar, denunciar, acotar, llamar a cuentas y castigar los excesos y errores del poder, en cualquiera de sus manifestaciones. Imaginar y crear las bases para una sociedad así sería obra inmensa de un verdadero estadista. Pero desafortunadamente hoy no se ve ninguno que pueda asumir esa tarea. Sólo enanos que aprovechan el poder para enriquecerse brutalmente, o para satisfacer su enorme megalomanía, que es tan dañino como el poder más corruptor cuando no le importa destruir una nación para lograrlo. México perdió más de la mitad de su territorio cuando un individuo megalómano se hizo del poder en el siglo XIX.

De ahí que, como dice Serrat, entre esos tipos y yo hay algo personal. **L**





# Simplificar la gramática

Francisco Toledo, *Avispas*, 1971.  
Aguafuerte, aguatinata y ruleta. 31.8 x 20 cm





En el Primer Congreso Internacional de la Lengua Española —celebrado en Zacatecas, México, del 7 al 11 de abril de 1997— causó conmoción la intervención de Gabriel García Márquez, quien abogó por “jubilar la ortografía”. Fue un escándalo atenuado sólo por el aprecio y admiración que los más de trescientos periodistas, lingüistas, escritores, editores, empresarios de la comunicación y profesores de español, profesaban hacia el gran escritor. Y cómo no iba a provocar tal reacción, si el propósito del Congreso era realizar un “análisis riguroso de los problemas que surgen en el uso actual de la lengua española en los medios de comunicación (impresos y audiovisuales) y, también, de los retos más importantes que aparecen con el empleo de las nuevas tecnologías”.

Quizá la opinión que mejor resumió esta sorpresa y desacuerdo, pero sobre todo el disgusto que generó, fue la de Mario Vargas Llosa, que en aquel entonces aún no recibía el Premio Nobel de Literatura. Él acicateó a García Márquez al calificarlo como “alguien que es un gran creador de imágenes, pero que nunca ha sido un pensador, ni un teórico, ni un ensayista. Y nunca lo va a ser tampoco”.

Ante la consternación que causaron sus palabras, el autor de *Cien años de soledad* debió explicar y atenuar su sentido, pero también sostener con firmeza lo que consideraba correcto. Por lo indicativo que es de quienes piden desentenderse de la gramática y la ortografía, reproducimos en primer término lo esencial de aquel famoso discurso, y después las partes más relevantes de una entrevista donde el genio de Aracataca matiza y aclara algunos de sus puntos de vista:

**Botella al mar para el dios de las palabras**

A mis doce años de edad estuve a punto de ser atropellado por una bicicleta. Un señor cura que pasaba me salvó con un grito: ¡Cuidado! El ciclista cayó a tierra. El señor cura, sin detenerse, me dijo: ¿Ya vio lo que es el poder de la palabra? Ese día

lo supe. Ahora sabemos, además, que los mayas lo sabían desde los tiempos de Cristo, y con tanto rigor, que tenían un dios especial para las palabras.

Nunca como hoy ha sido tan grande ese poder. La humanidad entrará en el tercer milenio bajo el imperio de las palabras. No es cierto que la imagen esté desplazándolas ni que pueda extinguirlas. Al contrario, está potenciándolas: nunca hubo en el mundo tantas palabras con tanto alcance, autoridad y albedrío como en la inmensa Babel de la vida actual. Palabras inventadas, maltratadas o sacralizadas por la prensa, por los libros desechables, por los carteles de publicidad; habladas y cantadas por la radio, la televisión, el cine, el teléfono, los altavoces públicos; gritadas a brocha gorda en las paredes de la calle o susurradas al oído en las penumbras del amor. No: el gran derrotado es el silencio. Las cosas tienen ahora tantos nombres en tantas lenguas que ya no es fácil saber cómo se llaman en ninguna. Los idiomas se dispersan sueltos de madrina, se mezclan y confunden, disparados hacia el destino ineluctable de un lenguaje global.

La lengua española tiene que prepararse para un ciclo grande en ese porvenir sin fronteras. Es un derecho histórico. No por su prepotencia económica, como otras lenguas hasta hoy, sino por su vitalidad, su dinámica creativa, su vasta experiencia cultural, su rapidez y su fuerza de expansión, en un ámbito propio de diecinueve millones de kilómetros cuadrados y cuatrocientos millones de hablantes al terminar este siglo. Con razón un maestro de letras hispánicas en los Estados Unidos ha dicho que sus horas de clase se le van en servir de intérprete entre latinoamericanos de distintos países. Llama la atención que el verbo *pasar* tenga cincuenta y cuatro significados, mientras en la república del Ecuador tienen ciento cinco nombres para el órgano sexual masculino, y en cambio la palabra *condoliente*, que se explica por sí sola, y que tanta falta nos hace, aún no se ha inventado. A un joven periodista francés lo deslumbran los hallazgos poéticos que encuentra a cada paso en



nuestra vida doméstica. Que un niño desvelado por el balido intermitente y triste de un cordero, dijo: «Parece un faro». Que una vivandera de la Guajira colombiana rechazó un cocimiento de toronjil porque le supo a Viernes Santo. Que Don Sebastián de Covarrubias, en su diccionario memorable, nos dejó escrito de su puño y letra que el amarillo es el color de los enamorados. ¿Cuántas veces no hemos probado nosotros mismos un café que sabe a ventana, un pan que sabe a rincón, una cereza que sabe a beso? Son pruebas al canto de la inteligencia de una lengua que desde hace tiempos no cabe en su pellejo. Pero nuestra contribución no debería ser la de meterla en cintura, sino al contrario, liberarla de sus fierros normativos para que entre en el siglo veintiuno como Pedro por su casa.

En ese sentido, me atrevería a sugerir ante esta sabia audiencia que simplifiquemos la gramática antes de que la gramática termine por simplificarnos a nosotros. Humanicemos sus leyes, aprendamos de las lenguas indígenas a las que tanto debemos lo mucho que tienen todavía para enseñarnos y enriquecernos, asimilemos pronto y bien los neologismos técnicos y científicos antes de que se nos infiltren sin digerir, negociemos

de buen corazón con los gerundios bárbaros, los *ques* endémicos, el *dequeísmo* parasitario, y devolvamos al subjuntivo presente el esplendor de sus esdrújulas: *váyamos* en vez de vayamos, *cántemos* en vez de cantemos, o el armonioso *muéramos* en vez del siniestro muramos. Jubilemos la ortografía, terror del ser humano desde la cuna: enterremos las haches rupestres, firmemos un tratado de límites entre la ge y jota, y pongamos más uso de razón en los acentos escritos, que al fin y al cabo nadie ha de leer *lagrima* donde diga lágrima ni confundirá revolver con revólver. Y que de nuestra *be* de burro y nuestra *ve* de vaca, que los abuelos españoles nos trajeron como si fueran dos, siempre sobra una.

Son preguntas al azar, por supuesto, como botellas arrojadas a la mar con la esperanza de que les lleguen al dios de las palabras. A no ser que por estas osadías y desatinos, tanto él como todos nosotros terminemos por lamentar, con razón y derecho, que no me hubiera atropellado a tiempo aquella bicicleta providencial de mis doce años.

Hasta aquí lo sustancial del polémico discurso de García Márquez, el cual numerosos medios recogieron y divulgaron al día siguiente



de la inauguración del Congreso. (Nosotros lo hemos tomado del diario *La Jornada* del 8 de abril de 1997.) Reproducimos ahora las partes medulares relacionadas con lo dicho, que tomamos principalmente de una entrevista concedida al escritor, profesor y periodista de la Escuela de Periodismo de la Universidad Autónoma de Madrid, Joaquín Estefanía.

**Acerca de la reacción a su discurso:**

“Sería absurdo que los que guardan la virginidad de la lengua estuvieran contra sí mismos. Pero la mayoría parece haber hablado sin conocer el texto completo de mi discurso, sino sólo fragmentos más o menos desfigurados en despachos de agencias. En todo caso es increíble que a la hora de la verdad hasta los más liberales sean tan conservadores.”

**Acerca de la gramática:**

“Dije que la gramática debería simplificarse, y este verbo, según el Diccionario de la Academia,

significa ‘hacer más sencilla, más fácil o menos complicada una cosa’. Pasando por alto el hecho de que esa definición dice tres veces lo mismo, es muy distinto lo que dije que lo que dicen que dije. También dije ‘humanicemos las leyes de la gramática’. Y humanizar, según el mismo diccionario, tiene dos acepciones. La primera: ‘hacer a alguien o algo humano, familiar o afable’. La segunda, en pronominal: ‘Ablandarse, desenojarse, hacerse benigno’. ¿Dónde está el pecado?”

**Acerca de la ortografía:**

“Mi ortografía me la corrigen los correctores de pruebas. Si fuera un hombre de mala fe diría que esta es una demostración más de que la gramática no sirve para nada. Sin embargo la justicia es otra: si cometo pocos errores gramaticales es porque he aprendido a escribir leyendo al derecho y al revés a los autores que inventaron la literatura española y a los que siguen inventándola porque aprendieron con aquellos. No hay otra manera de aprender a escribir”.



**Sobre la jubilación de la ortografía:**

“Por eso dije y repito que debería jubilarse la ortografía. Me refiero, por supuesto, a la ortografía vigente, como una consecuencia inmediata de la humanización general de la gramática. No dije que se eliminara la letra hache, sino las haches rupestres. Es decir, las que nos vienen de la Edad de Piedra. No muchas otras, que todavía tienen algún sentido, o alguna función importante, como en la conformación del sonido che, que por fortuna desapareció como letra independiente”.

**Acerca de las bes y uves:**

“No faltan los cursis de salón o de radio y televisión que pronuncian la be y la ve como labiales o labiodentales, al igual que en las otras letras romances. Pero nunca dije que se eliminara una de las dos, sino que señalé el caso con la esperanza de que se busque algún remedio para otro de los más grandes tormentos de la escuela. Tampoco dije que se eliminara la ge o la jota. Juan Ramón Jiménez reemplazó la ge por la jota, cuando sonaba como tal, y no sirvió de nada. Lo que sugerí es más difícil de hacer pero más necesario: que se firme un tratado de límites entre las dos para que se sepa dónde va cada una”.

**Acerca de los acentos:**

“Creo que lo más conservador que he dicho en mi vida fue lo que dije sobre ellos: pongamos más uso de razón en los acentos escritos. Como están hoy, con perdón de los señores puristas, no tienen ninguna lógica. Y lo único que se está logrando con estas leyes marciales es que los estudiantes odien el idioma”.

**Escritores vs gramáticos y lingüistas:**

“La raíz de esta falsa polémica es que somos los escritores, y no los gramáticos y lingüistas, quienes tenemos el oficio feliz de enfrentarnos y embarrarnos con el lenguaje todos los días de nuestras vidas. Somos los que sufrimos con

sus camisas de fuerza y cinturones de castidad. A veces nos asfixiamos, y nos salimos por la tangente con algo que parece arbitrario, o apelamos a la sabiduría callejera.

“Por ejemplo, he dicho en mi discurso que la palabra *condoliente* no existe. Existen el verbo condoler y el sustantivo doliente, que es el que recibe las condolencias. Pero los que las dan no tienen nombre. Yo lo resolví para mí en *El general en su laberinto* con una palabra sin inventar: *condolientes*. Se me ha reprochado también que en tres libros he usado la palabra átimo, que es italiana derivada del latín, pero que no pasó al castellano”.

**Sobre los adverbios terminados en mente:**

“En mis últimos seis libros no he usado un solo adverbio de modo terminado en *mente*, porque me parecen feos, largos y fáciles, y casi siempre se encuentran formas bellas y originales”.

**A manera de conclusión:**

“El deber de los escritores no es conservar el lenguaje sino abrirle camino en la historia. Los gramáticos revientan de ira con nuestros desatinos, pero los del siglo siguiente los recogen como genialidades de la lengua. De modo que tranquilos todos: no hay pleito. Nos vemos en el tercer milenio”.

Y aquí estamos, en el tercer milenio.

Como se puede concluir, el célebre discurso de Gabriel García Márquez en ese Primer Congreso Internacional de la Lengua Española (a la fecha se han realizado nueve y se celebran cada tres años) fue sobre todo un acicate para buscar la actualización e innovación de las normas gramaticales, de las cuales la ortografía es parte sustancial, mas nunca la renuncia a ellas. **L**

**(Por la transcripción, notas y edición: FAT.)**



# Perlas del lenguaje

Como un homenaje a don Raúl Prieto Río de la Loza —a) don Hechounperro, b) Nikito Nipongo, c) el abogado Patalarga, d) el doctor Keniké, e) Nik Nip, y otros pseudónimos, cual más graciosos—, ofrecemos estas perlas que poetas, científicos, historiadores, escritores y filósofos han cultivado para instruir acerca del empleo correcto del idioma. Antes, algo más sobre la persona a quien dedicamos este escrito.



Don Raúl Prieto fue periodista, escritor, ensayista, caricaturista, lexicólogo y sobre todo un implacable persecuidor de palabras y frases mal expresadas que exhibían a quienes las formularan, ya fuera de forma oral o escrita. Gran crítico de la Real Academia Española y de su contraparte mexicana, fustigó siempre su pretensión normativa, y sus equívocos le dieron elementos para escribir tres libros: *Madre Academia* (1977), *Nueva Madre Academia* (1981), y *¡Vuelve la Real Madre Academia!* (1985). Es una delicia leer su libro *Perlas Japonesas* (Grijalbo, 1985), donde recopiló los gazapos cometidos por periodistas, locutores, políticos, publicistas y todos aquellos que usan el lenguaje como su principal materia de trabajo.

Por el humor con que siempre realizó su cacería —que iba de lo divertido y lo chocarrero al tono ácido e hiriente que pocos soportaban— tenía una legión de lectores entre los cuales se cuenta este redactor. Uno de sus alumnos, el también periodista y coperlador Jorge Meléndez Preciado, dice que la carrera de don Raúl Prieto duró medio siglo en los principales diarios del país. Nació el 21 de noviembre de 1918 y

murió el 21 de septiembre de 2003. Fue hijo del matemático Sotero Prieto Rodríguez, de quien el CCH tiene una cátedra especial.

Aquí algunos de sus aforismos:



“Si la vida no vale nada, ¿por qué nos la cobran tan caro?”

“Soñó que soñaba un sueño que jamás soñaría”.

“Los empleados del banco trabajan de pie”.

“La Tierra es redonda y por eso es cachonda”.

“¡Qué trabajo les cuesta a los esquimales ganarse el pan con el sudor de su frente!”

“La gente es más cretina por afición que por naturaleza”.



Ahora sí, estas son las perlas relacionadas con el empleo correcto de la lengua que pescamos para los lectores de *Latitudes CCH*:



“ Cuando una sociedad se corrompe, lo primero que se gangrena es el lenguaje. La crítica de la sociedad, en consecuencia, comienza con la gramática y el restablecimiento de los significados”.

Octavio Paz

“ Somos lo que hablamos”.

Raúl Prieto

“ Pero si el pensamiento corrompe el lenguaje, el lenguaje también puede corromper el pensamiento”.

George Orwell

“ La crítica de la realidad comienza con la crítica del lenguaje”.

Mario Vargas Llosa

“ La sabiduría se reconoce en el discurso, y la instrucción en el modo de hablar”.

Sirácides 4, 24

“ ¡Qué irónico es que precisamente por medio del lenguaje un hombre pueda degradarse por debajo de lo que no tiene lenguaje”.

Soren Kierkegaard

“ Los límites de mi lenguaje son los límites de mi mente”.

Ludwig Wittgenstein

“ El lenguaje ha de ser matemático, geométrico, escultórico. La idea ha de encajar exactamente en la frase, tan exactamente que no pueda quitarse nada de la frase sin quitar eso mismo de la idea”.

José Martí



“ El lenguaje es el vestido de los pensamientos”.

**Samuel Johnson**

“ Sólo hay mundo donde hay lenguaje”.

**Martin Heidegger**

“ Pues sabemos que el placer de los lectores depende del arte con que se dispone el relato y se cuentan los hechos; pasa igual para quien toma vino: no vale nada beber vino puro o sólo agua, sino que todo el placer y el contento del que bebe depende del arte con que se mezcló el vino con el agua”.

**La Biblia, Macabeos II, 15**

“ La lengua no es la envoltura del pensamiento sino el pensamiento mismo”.

**Miguel de Unamuno**

“ El que confía a la escritura sus pensamientos, sin ser capaz de disponerlos acertadamente, ni de embellecerlos, ni de extender sobre ellos cierto encanto que atraiga al lector, abusa desmedidamente de sus propios ocios y de las letras”.

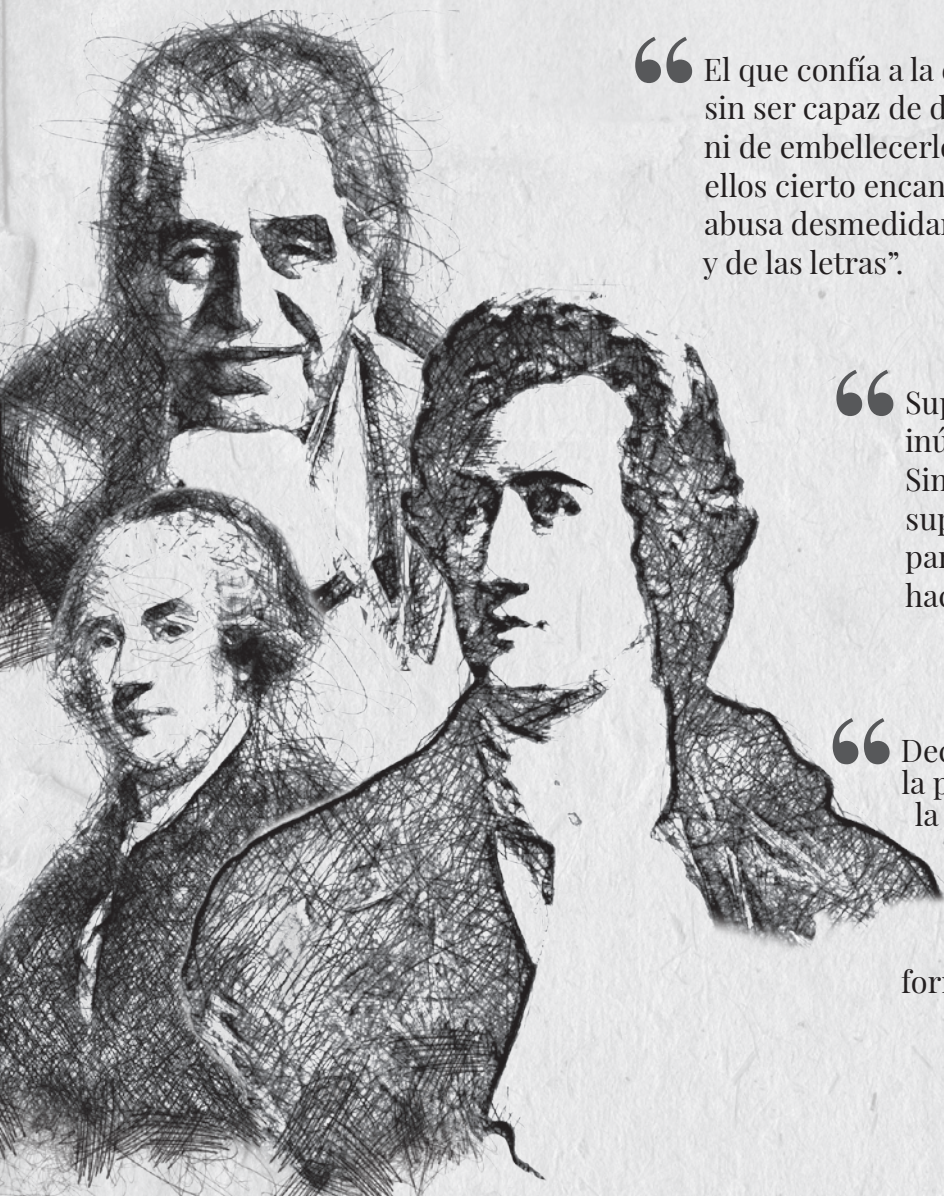
**Cicerón**

“ Suprimir toda palabra inútil. Simplificar la frase. Simplificar la idea. Suprimir, suprimir. Ésta es la fórmula para escribir bien, y para hacerlo todo bien”.

**Noel Clarasó Daudí**

“ Decir las cosas bien, tener en la pluma el don exquisito de la gracia y en el pensamiento la inmaculada linfa de la luz donde se bañan las ideas para aparecer hermosas, ¿no es una forma de ser bueno?”

**José Enrique Rodó**





“Hay que escribir como se escribe y se habla en el siglo en que se vive”.

**Marcelino Menéndez y Pelayo**

“El español más expresivo es el de México, que es, al mismo tiempo, el más impuro. Los mexicanos hicieron una mezcla del español y del náhuatl precolombino, con el resultado de que no aprendieron del todo el español ni se les olvidó del todo el náhuatl. Así nació el mexicano, que es un idioma más expresivo que los demás porque en ciertos casos encierra dos lenguajes”.

**Gabriel García Márquez**

“Inventa mundos nuevos y cuida tu palabra; el adjetivo, cuando no da vida, mata”.

**Vicente Huidobro**

“No es la sociedad de los hombres la que hace el lenguaje, sino éste es el que hace a la sociedad humana”.

**Octavio Paz**

“Los hombres más originales no lo son porque nos digan algo completamente nuevo, sino porque lo dicen de una manera totalmente diferente”.

**G. W. Goethe**

“Para cada pensamiento existe una adaptación idónea de palabras que ninguna otra puede igualar, y que cuando un hombre tiene la fortuna de dar con ella es que alcanza en ese caso en particular la perfección de la lengua”.

**James Boswell**

“Variar la entonación de un idioma, afinar su música, es quizá la obra capital del poeta”.

**Jorge Luis Borges**

“Si nos liberamos de estos [malos] hábitos podemos pensar con más claridad, y pensar con claridad es un primer paso hacia la regeneración política: de modo que la lucha contra el mal idioma no es una preocupación frívola y exclusiva de los escritores profesionales”.

**George Orwell**

“Creo poder jactarme de que ni una letra de mi producción ha sido producto del azar, y de que toda mi obra ha ido avanzando, paso a paso, hacia la precisión y la lógica rigurosa de un problema matemático”.

**Charles Baudelaire**

“Ampliar la lengua propia es cosa urbana, adulterarla es bárbaro defecto, porque su idioma y cándido dialecto, con voces peregrinas se profana”.

**Félix Lope de Vega**

“No sabemos en dónde empieza el mal, si en las palabras o en las cosas, pero cuando las palabras se corrompen y los significados se vuelven inciertos, el sentido de nuestros actos y de nuestras obras también es inseguro”.

**Octavio Paz**

(Por la recopilación y notas: DAL) L<sup>55</sup>



# Zorro Viejo

Un espacio para que los profesores puedan comentar libremente todos aquellos temas relacionados con la educación, con su trabajo y con la vida del CCH

**Hola, amigos de *Latitudes CCH*:**

**Leí la revista en la red y vi que publicaron una nota por la edición conmemorativa de *Rayuela*, una de mis novelas favoritas, si no es que LA favorita. Espero que tenga cabida este pequeño ensayo sobre otra novela que muchos lectores no se atreven a leer, porque la consideran sumamente difícil. Sin embargo, si son capaces de entenderla y disfrutarla, les aseguro que se situarán en el selecto grupo de los lectores más hábiles.**

## **Una lectura “difícil”**

*Para Doni Amaro*

1

“¿Así que te consideras un lector muy ducho? ¿Que has leído mi obra y la conoces toda? ¿Que has recorrido varias veces *Rayuela*, *Libro de Manuel* e *Historias de cronopios*, mis cuentos y que lees mis libros con tus amistades y alumnos? Pues andá, lee esta novelita que escribí allá por 1967, cuando *Rayuela* era ya todo un acontecimiento y los franceses se desvivían por crear la antinovela y yo me decía: ¿Por qué no desarrollar la idea de ese Capítulo 62 y tomarle la palabra a Morelli y llevarla más allá, y perder a los lectores en un médano de frases, palabras, signos, personajes y acciones? El



reto es crearles una situación (desde Homero hasta hoy día ése ha sido el reto, y lo seguirá siendo durante mucho tiempo), varias situaciones, de modo que vivan durante la lectura en un piso, un bar, un cuarto de hotel o un carro del tren.

“Te dirán que es un desprendimiento de *Rayuela* o que significa ensanchar el proyecto que Morelli simplemente enunció ahí. Pero te darás cuenta que, en todo caso, es parecido sólo en esa línea: un libro que se queda en notas sueltas. ¡Pero si esto es *Rayuela*! Notas sueltas, ligadas por la búsqueda de la Maga y agrupadas en los dos hemisferios donde se la busca; igual que *Último round*, sólo que sus textos pegados por algo menos evidente. Morelli queda deslumbrado por esa nota de *L'Express* y el capítulo 62 de *Rayuela* es en realidad una glosa de la noticia: los pensamientos, emociones y decisiones como resultado de una reacción electroquímica, según los descubrimientos de ese neurobiólogo sueco; nada de razonamientos, educación, libre albedrío y esas pavadas.

“Andá, levántate y lee, y luego escribime. Decime qué pensás, qué es esa novelita que crees haber leído ya, si salvó el reto, si la pude llevar más allá de la antinovela y eso me lo contestarás con tanta diafanidad porque responderás esta sola pregunta: decime qué te provocó. Es un regalo que te ofrezco”.

## 2

Por razones inexplicables, porque no se pueden ajustar como muchos sucesos a ninguna lógica, no había leído 62. *Modelo para armar*, y creía haberlo hecho ya. Me la habían mencionado tanta veces, y yo mismo hablaba de ella, que daba por hecho que ya la había leído; imaginaba incluso su ubicación en el librero, en la sección dedicada a Cortázar. Como dice Calvino acerca de los clásicos: “Los clásicos son libros que cree uno conocerlos de oídas.”

Un día fuimos a desayunar un amigo que siempre me lleva películas y libros que él considera debo conocer y sacó la novela y me la dio. A ver si tienes esta edición, dijo con modestia, pues también cree que he leído todo. Me gustó el dibujo de la tapa: un muchacho camina cabizbajo, cansado y solo, tal vez triste, y con una economía de líneas que subrayan su aire desolado. No sé por qué asocié de inmediato el dibujo con una fotografía de Jean Paul Belmondo, cuando actuó en *Sin aliento*. Creo que no, le respondí, los primeros libros de Cortázar los tengo en Bruguera. Pues éste es de Bruguera, señaló, de las primeras ediciones, de pasta dura y cuando uno podía abrir los libros sin temor a deshojarlos.

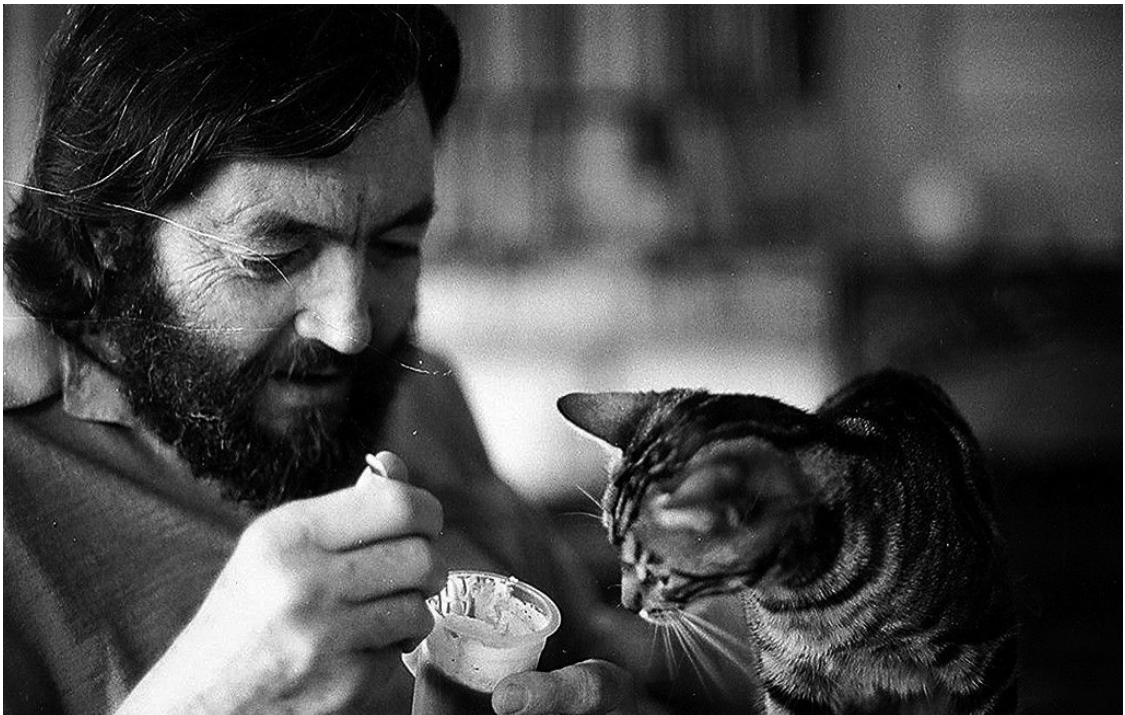
Mientras fue a pagar la cuenta a la caja del restaurante, levanté el libro y lo empecé a leer.

Advertí desde la primera línea que resumía fielmente el estilo de Cortázar: una frase dicha al azar, como recordando una situación inesperada, sin causa aparente ni antecedentes: “*Quisiera un castillo sangriento*”, *había dicho el comensal gordo*. Continué leyendo y la primera página pasó bien el examen que aplico (sin ningún error tipográfico), la segunda también, y por más que trataba de prever lo que seguía y engancharme con el recuerdo para saber de qué trataba y cuándo la había leído, me di cuenta que no podía. La guardé y tuve que confesar a mi amigo que no la recordaba, y que tal vez no la había leído. ¡Cómo!, exclamó, pero si tú eres el mejor lector de Cortázar.

Nos despedimos y nomás llegar a casa fui de inmediato al librero y busqué en los estantes donde se ordenan los libros del argentino para comprobar que no lo tenía. ¿Lo había perdido? ¿Lo presté tal vez y no me lo devolvieron? ¿Cómo era posible que se me hubiera pasado? ¿No lo había leído entonces, cuando lo entrevisté allá por 1983, y suponía que había leído todo, hasta las entrevistas y estudios que le han dedicado?

Me apenó reconocerlo, pero así era. Tuve que confesármelo cuando avanzaba en su lectura y me daba cuenta que, aunque muy parecida su estructura narrativa a *Rayuela* y a algunos capítulos de *Libro de Manuel*, era un libro diferente. Nume-





rosos distractores, recursos y trampas puestos a propósito para retar al lector; para confundirlo, provocarlo y desafiarlo a si de verdad podía superar el reto y concluir y disfrutar la lectura.

De entrada me pareció intolerable, por ejemplo, el cambio de persona narrativa. Digamos que un narrador en tercera persona comienza: “Más tarde, con el sabor a borra de un mal café, caminé bajo la llovizna hacia el barrio del Panteón, fumó refugiado en un portal, borracho de Sylvaner y cansancio, obstinándose vagamente en reavivar esa materia que cada vez se volvía más lenguaje, arte combinatoria de recuerdos y circunstancias, sabiendo que esa misma noche o al día siguiente en la zona, todo lo que contara estaría irremisiblemente falseado, puesto en orden, propuesto como enigma de tertulia, charada de amigos, la tortuga que se saca del bolsillo como a veces mi paredro sacaba del bolsillo al caracol Osvaldo para alegría de Feuille Morte y de Tell: los juegos idiotas, la vida.”

En el primer párrafo ya se presenta el cambio de persona, aunque de un modo sutil, pero es más evidente en el segundo. En el primero pa-

rece que estamos ante un narrador omnipresente que narra en tercera persona (caminó, fumó, lo que contara, etc.) si no fuera porque casi ya al terminar el párrafo, ese supuesto narrador se entromete como un personaje más al decir: “como a veces mi paredro sacaba del bolsillo al caracol Osvaldo”. Al decir “mi paredro” vemos que se trata de alguien involucrado en la historia (por cierto usar términos como *paredro* es otro recurso para despistar al lector, como se verá más adelante) y si uno baja la guardia y deja de estar alerta se confunde o debe volver a leer para entender quién habla.

El tema se aclara en el siguiente párrafo, donde irrumpe un narrador en primera persona para explicar que se ha refugiado en el portal por la llovizna. Pero, ¿quién es? Reproduzco:

“De todo eso iba quedando Hèlène, como siempre su sombra fría en lo más hondo del portal donde me había refugiado de la llovizna para fumar. Su fría distante inevitable sombra hostil. Otra vez, siempre: fría distante inevitable hostil. ¿Qué venías a hacer aquí? No tenías derecho a estar entre las cartas de ese secuencia, no eras tú

quien me había esperado en la esquina de la rue de Vaugirard.” (62. *Modelo para armar*, pág. 30).

¿Extraña el lector las comas entre los adverbios y adjetivos *fría, distante, inevitable, hostil*? Pues deberá acostumbrarse a su ausencia, pues es un truco más para perderlo si no permanece alerta. Debe recordar que es una novela de los sesenta, cuando experimentaciones e innovaciones hacían que capítulos y libros enteros prescindieran de la puntuación.

Pero el hecho que deseo destacar aquí es ese cambio casi imperceptible de la voz narrativa, que genera desconcierto si no es que confusión. Si algo sirve de faro al lector para seguir la ruta de la narración es la voz de quien narra, pero en esta novela se escabulle, muda sutilmente de una persona a otra y no se relacionan con algún tiempo o situación sino que parecen totalmente innecesarios. A menos que su propósito sea mantener en un profundo estado de concentración al lector. Veamos otro ejemplo, ahora el caso de dos personas narrativas en el mismo párrafo:

“... de pronto sus manos y sus labios tenían la gravedad de la niña que reina sobre su mundo, que ha vuelto del baño después de cumplir con los preceptos higiénicos y antes de desnudarse se vuelve todavía por un momento a algo que era solamente suyo, que las escolopendras no podrán quitarle. Acabé por plegar el periódico, segura ya de que el cansancio no me dejaría dormir, seguí mirando a Celia que ordenaba los pliegues de la colcha improvisada y peinaba a la muñeca alisándole los bucles sobre la almohada que acababa de improvisar con una toalla.” (*Op. cit.*, pp. 172-173.)

La novela está plagada de estos cambios y uno agradecería que fuera el único recurso, pronto lo aprendería a detectar y podría hacer una lectura fluida. Sin embargo no es el único, hay varios más. Antes de pasar al siguiente, reproduzco un ejemplo más:

“Juan la atrajo y la apretó contra él. Tell se dejó abrazar, distante y gentil. Toda la amargura de una boca con el sarro de la madrugada,

slívovitz y whisky y habitaciones y linternas sordas e inglesitas maniatadas por una antigua sombra, todo el inútil deseo sin amor después de un amanecer de tranvías y desencuentros; *una vez más le abandoné la boca, dejé que sus manos terminaran de desnudarme, me apretaran contra él, empezaran las caricias en el orden presumible, en la divina proporción que llevaría al divino espasmo.*”

¿Qué puede hacer el lector con estas constantes mudas (he subrayado lo que está dicho en primera persona)? ¿Debe plantearse: esto está mal escrito o es una infracción al canon narrativo y lo mejor es abandonar la lectura? ¿Leerlo otra vez, persistir, descubrir dónde está el truco y concentrarse para evitar otra sorpresa? Lo irónico es que no la puede abandonar (al menos fue lo que a mí me sucedió), uno se mantiene fiel a la lectura y descubre que se debe a la habilidad del escritor, es como si hubiera inculcado una adicción, una inexplicable magia a su texto. Y decide entonces mantenerse en un estado de alta tensión para no perder el hilo narrativo.

Otro recurso para acrecentar este estado son los diálogos presentados cual si fueran versos colocados a renglón seguido. Éste es un ejemplo:

“Sí/ No/ Por qué no/ Tenés razón, por qué no/ Entra entonces, cuanto más lúgubre más merecido/ Por imbécil, claro/ *Unto us a boy is born, glory hallelujah*/ Parece la morgue/ Es, entrá/ Pero la comida debe ser horrenda/ No tenés hambre/ Es cierto, pero tendré que pedir algo/ Pedí cualquier cosa y bebé/ Es una idea/ Un vino helado, muy helado/ Ya ves, entrá.”

Se sorprendería el lector si descubriera que este diálogo es el que realiza un personaje con su propia conciencia, aunque no siempre lo utiliza para eso, puede ser el que entablan dos personajes, como éste que realizan Nicole y Marrast:

“Tontísimo, diría Nicole. No soy nada tonto, diría Marrast. Usted es un gran tonto y un malo/ No lo soy en absoluto/ Sí que lo es/ No/ Sí/ No/ Sí/ Entonces yo a usted le estropeaba su jardín/ Mi jardín es lindo y usted no me lo estropea/ Sí,

yo le mandaba muchísimos animalitos/ No me importa/ Primero le mandaba todos los topos/ Sus topos son tontos/ Tres marmotas/ Tampoco me importa/ Varios lirones/ Usted es un malo...”

Y así continúa la charla, que es un juego, que es un truco, que es un acicate para mantener en alta tensión al lector y secuestrar su atención. Pero no es suficiente, vienen además largos textos que los editores llaman “a bando”, es decir, colocados en columnas más angostas que el grueso del texto. ¿Cuál es su sentido, más allá del juego tipográfico? Otra vez, que el lector no descuide la lectura, tal vez hacerle creer que por ser columnas angostas se podrá deslizar por ellas como en un tobogán, un respiro después de la fatigosa marcha que significa haber leído lo anterior. Un ejemplo:

“Suponiendo que el que cuenta contara a su manera, es decir, que ya mucho estuviera tácitamente contado para los de la zona (Tell, que todo lo comprende sin palabras, Hèléne, a quien nada le importa cuando te importa a ti) o que de unas hojas de papel, de un disco fonográfico, una cinta magnetofónica, un libro, un vientre de muñeca salieran pedazos de algo que ya no sería lo que están esperando que empieces a contar, suponiendo que lo contado no tuviera el menor interés para Calac o Austin y, en cambio, atrajera desesperadamente a Marrast o a Nicole, sobre todo a Nicole, que te ama sin esperanza, suponiendo que empezaras a murmurar un largo poema donde se habla de la Ciudad que también ellos conocen y temen y a veces recorren...”

Y el texto continúa hasta un punto y aparte y así uno, dos, tres o más párrafos. ¿Son todos los artificios? Para nada, hay varios más. Un diálogo “normal”, es decir, indicado con rayas, es el siguiente:

“Los dos se huesnan con una mulga tremenda. Entonces Polanco saca una tiza y dibuja un zote en el piso.

“—Usted es el más cronco —dice Calac.

“—Y usted el más petiforro —dice Polanco.

“—Lo que usted busca es pelearme —dice Calac.

“—Usted me toró el zote —dice Polanco.

“—Yo se lo toré porque usted me motó de petiforro.

“—Y lo moto de nuevo, si vamos a eso.

“—Porque usted es un cronco —dice Calac.

“—Un cronco es mucho más que un petiforro —dice Polanco.

“Polanco saca un trefulgo del bolsillo y le pega a Calac que no se remune.” (Op. cit. pág. 57.)

La disposición de las intervenciones es clara, lo que no son claros son los términos usados: huesnan, mulga, zote, cronco, petiforro, trefulgo, remune. Sin embargo, para el lector atento el contexto, las palabras conocidas y el sonido de los términos puede darse una idea, si bien no precisa, sí lo suficiente para entender el juego. Otra vez, lo que el autor busca es que la atención del lector no decaiga, que se mantenga alerta.

Otra forma de indicar estos juegos son las comillas, mucho más eficaces cuando se trata de expresar variedad de sonidos dentro del supuesto diálogo, como en el siguiente caso:

“Para gentes como la señora Cinamomo es imposible comprender las sesiones de infantilismo que suelen desencadenar esas miradas. Casi siempre es mi paredro el que arranca a partir de Feuille Morte. “Guti guti guti”, dice mi paredro. “Ostás ostás fetete”, dice Tell. El más excitado es siempre Polanco. “Poschos toquetoque sapa”, dice Polanco. Como esto suele suceder en una mesa del *Cluny*, no faltan parroquianos que se sobresaltan perceptiblemente. A Marrast le fastidia que la gente sea tan poco plástica y levanta en seguida la voz. “Tete tete fafa remolino”, dice Marrast con un dedo admonitorio. “Bisbis bisbis”, dice Feuille Morte. “Guti guti”, dice mi paredro. “Ptac”, dice Calac...”

¿Qué es un paredro? Es un término del griego antiguo que designaba una especie de asesor, guía o acompañante. Sin embargo no es éste



el sentido con que se lo emplea en la novela; es algo más complejo, confuso y ambiguo, y cada personaje tiene el suyo. Yo traté de leer las primeras páginas ignorando su significado y esto me hacía volver una y otra vez a la narración.

Y éste es otro de sus ganchos, los términos inventados, cuyo significado un lector ingenuo esperaría encontrar en el diccionario apropiado. Pero no, están allí simplemente para anclar la atención del lector y mantenerlo en tensión. Dejo otros recursos fuera (los textos en inglés, francés, lunfardo o italiano; algunas páginas de prosa colocada como versos de arte mayor; el escamoteo de ciertos desenlaces, etc.) pero todos tienen la misma intención: crear una situación para plantar ahí la volición entera del lector.

Esta es la principal cualidad de la narrativa de Cortázar: uno está ahí, presencia, participa y es parte de los hechos. Que inicie cuando Juan entra al restaurante Polidori y escuche al comensal gordo decir: “Quisiera un castillo sangriento”, y a partir de allí continúe la lectura de fragmentos narrativos, diálogos, recuerdos, cartas, descripciones, monólogos..., organizados como por azar, es algo que no importa. De lo que se trata es de apropiarse de la atención del lector.

¿Terminan aquí? ¿Ha sucumbido la tenacidad del

lector? No, hay muchos más (las líneas escritas en otros idiomas; la prosa colocada como si fueran versos de arte mayor; el escamoteo sutil de elementos claves, etc.), pero la voluntad del lector por continuar leyendo se ha acrecentado y queda anclada. Como en casi todo libro, no están ausentes las fallas tipográficas, pero en una novela como ésta uno cree que fueron sembradas ahí para contribuir a hacer naufragar nuestra atención. Véase el siguiente ejemplo:

... (*les autores tables sont réservées, Monsieur/ ça ira comme ça/ Merci, Monsieur/*)

Es obvio que *autores* es una palabra en francés pero está mal escrita, el tipógrafo la confundió con *autres*, pero la palabra correcta es *autres* y el sentido completo es: *las otras mesas están reservadas, señor/*

### 3

Sin duda 62. *Modelo para armar* es un desafío para cualquier lector, incluso para los expertos en la obra de Cortázar o en novelas de similar complejidad (*Ulises, El hombre sin atributos, El acoso*, etc.). Intentar hacer un resumen de la novela es como tratar de apresar el viento con las manos, porque se escabulle por cualquier resquicio y deja la sensación de que ha pasado por nosotros, nos tocó con su juguetona prosa, que puede

ser amable, tierna o violenta, pero la historia se ha ido, es inaprensible.

Y no es que no se comprenda. Uno disfruta los diálogos de locos que casi todos los personajes entablan, sus acciones absurdas, la paciencia del caracol Osvaldo, ese vagar solitario por las calles de París de uno de los personajes en plena noche de Navidad, los pasajes eróticos y graciosos, la pérdida del libro de Michel Butor y los afanes por llevar una roca de plástico de Inglaterra a París, la inauguración de la escultura y las estancias en Viena, París o Londres...

Pero pienso que Cortázar escribió esta novela así: provocativa, compleja, artificiosa, experimental, con gran cantidad de trampas, guiños y bromas para distraer y vencer la voluntad del lector más voluntarioso, porque se propuso una tarea descomunal, el *súmmum* de todas sus pretensiones literarias, que es la de hacer del lector el verdadero autor de la obra.

Hay que recordar que cuando la escribe estamos en plena década de los sesenta, una década donde se pretendió subvertir todo orden, una década prodigiosa también en experimentaciones y cambios. Entre los afanes del *nouveau roman* francés por crear la antiliteratura, el decreto de que la novela ha muerto y la irrupción de la literatura Latinoamericana en



la narrativa mundial, sin duda son las experimentaciones de los escritores latinoamericanos las que resucitan el género, no sólo porque develan un mundo real, mágico y hasta entonces condenado al desdén y el olvido, sino por las propuestas e innovaciones estrictamente literarias que aportan.

En esta novela se concentran todos los recursos que Cortázar ha empleado en su narrativa anterior y otros nuevos: juego verbal para crear ese neolenguaje que gustosamente los lectores han aceptado denominar *gígllico*; la ruptura del

tiempo narrativo lineal; la confusión intencional de las voces narrativas; el ocultamiento de datos; la presentación simultánea de varios sucesos; el uso de términos vagos o ambiguos sin cuya comprensión el lector se siente naufragar; la reproducción de textos aparentemente ajenos; la intervención inesperada de diálogos, recuerdos o reflexiones de alguien que no se sabe quién es; la alusión, sólo la alusión como al pasar de los hechos definitivos de la narración, etcétera.

Pocos lectores logran salvar estos escollos, más aún si

creen hallarse ante una obra tradicional o creen conocer el estilo de Cortázar. Se ha dicho que *62. Modelo para armar* es la más experimental de todas sus novelas, pero pocas veces se ha explicado por qué. Leer las 284 paginitas que la forman es como roer la dura corteza de la almendra porque esa es la sensación que produce en el lector al remontarlas: disfrutar la almendra más dulce y deliciosa que jamás ha probado en su vida. Lograr esta sensación es el verdadero reto, porque lo importante es entender cómo lo logra y no tanto conocer las historias.

Considerada la más difícil lectura de Cortázar, el lector descubre al concluirla que todo ha sido un juego para involucrarlo en la construcción de la narración y entiende por qué se trata de un “modelo para armar”. Quien logre leerla saldrá de esta ella con su atención desarrollada y afinada. La seducción y encantamiento que le causó *Rayuela* por personajes como La Maga, Morelli o el bebé Rocamadour, la nostalgia por una ciudad como Buenos Aires y las calles de París, o el regocijo que le proporcionaron ciertas páginas, se acrecientan aquí pero el lector es otro. Alguien más perspicaz, hábil, mejor lector.

Se puede concluir que *62. Modelo para armar* es una lectura sobre la lectura, es decir, lograr aquello que sólo

lectores muy hábiles han experimentado: el placer de saber cómo está armado un texto; entender cómo la disposición de cada signo, palabra, frase, oración y todas las otras partes están pensados para lograr un propósito y que el lector lo adivine. Pocos se han detenido a explicar este salto cognitivo porque es imperceptible, sucede sin que nos demos cuenta, sólo nos percatamos de nuestra nueva habilidad cuando enfrentamos otros textos y miramos los tradicionales de manera diferente, como uno mira a los familiares y los perros al regresar de un largo viaje.

Se puede concluir, también, que no hay textos fáciles ni difíciles, solo hay textos bien escritos y mal escritos. 62. *Modelo para armar* es un texto complejo, que demanda toda nuestra atención y concentración. Y si hemos de creer lo que dicen lectores expertos como Mortimer J. Adler, sólo textos como éste nos permiten crecer intelectualmente. Quien emprende lecturas como la de esta novela es alguien que lee para aprender y no sólo para entretenerse. Sale del trance transformado. Es un mejor lector. **(Erasto Trejo Arteaga, profesor del IPN).**

No leí la convocatoria para el número dedicado a la lectura,

pero me gustaría contribuir, aunque sea a destiempo, con un pequeño punto de vista. Internet y las redes digitales llegaron para quedarse, y el problema permanecerá si no lo comprendemos ni enfrentamos.

## Otra explicación de por qué no leemos

Los observadores perspicaces reconocen en los medios de información a los verdaderos educadores políticos de nuestro tiempo. Atrás quedaron el cine y la televisión y su lugar ha sido ocupado por las redes digitales: Facebook, Whatsapp, Youtube, Twitter, LinkedIn, Instagram, etc. Principal característica de estos nuevos “profesores” es su propensión reduccionista (el correo electrónico, que se esperaba reanimara la escritura, está en retirada): constriñen la comunicación a unas cuantas palabras que expresan una simple reacción.

Su pobreza verbal, su compulsión por la imagen y el empleo de un neolenguaje permiten abordar sólo un aspecto del asunto al que se refieren y casi siempre de forma maniquea: me gusta-no me gusta, a favor-en contra, bueno-malo, blanco-negro. Sirven para calificar, no para entender; son reacciones, no razonamientos. Por si hiciera falta, dichas reacciones se condimentan con

iconos e imágenes. Emoticones, memes y videos aseguran la primacía de la vista, y con ello fortalecen la postura ideológica, la fidelidad a la creencia y el apego al dogma. Es decir, fortalecen la irracionalidad.

La posibilidad del diálogo y la tolerancia, que sólo puede propiciar el lenguaje claro y bien articulado, queda anulada. El debate civilizado, capaz de florecer si se le abona con ideas y argumentos, simplemente no existe; la búsqueda del consenso, posible de encontrar en la tolerancia y comprensión de todas las ideas, aborta ante la fugacidad e indigencia intelectual del neolenguaje que se usa en las redes. No por nada el encono, las posturas reduccionistas y la reiteración fanática son sus principales resultados. Y el drama mayor es que profesores y alumnos vivimos atrapados en esas redes.

Una probable historia de la pérdida del lenguaje (y con él la anulación de procesos intelectuales superiores del proceso cognitivo: atención, razonamiento, abstracción y concentración), encontrará en la preeminencia de la imagen y la aparición de las redes digitales su modificación climática y su desaparición como la especie más evolucionada del intelecto.

Pedagogos, psicólogos y educadores parecen haber rendido plaza y entregado uno



de los más altos trofeos de todo proceso civilizatorio: la lectura. ¿Qué hacer? Nadie lee, nadie se adentra en lecturas extensas. En escuelas y universidades, y en en la sociedad en general, la lectura es una actividad cada vez más exótica; Internet distrae y anula el gusto —¡y la obligación!— de leer. El profesor debe elegir textos cada vez más breves o recurrir a las diversas modalidades del resumen: sinopsis, cuadros sinópticos, insustanciales todos. La lectura es la otra cara de la escritura.

El mundo se resigna y dice: “Sí se lee, sólo que de otra forma”. ¿Servirá? **(Profesora Miriam Reséndiz).**

### Un ejemplo de (común) fraude académico

La búsqueda de las palabras de Octavio Paz que reproduzco más abajo me ha permitido documentar un tipo de fraude académico que, por desgracia, no es ajeno en nuestro medio:

el de poner en boca de un autor palabras que nunca ha dicho.

Suena muy bien eso de que “La corrupción de la conducta de los seres humanos se inicia por la palabra. La corrupción de las palabras es fuente de toda corrupción. Cuando las palabras se corrompen, la sociedad se corrompe. Una nación comienza a corromperse cuando se corrompe su sintaxis”; es muy del tema y el tono de Octavio Paz, que como gran poeta y ensayista que es siempre estaba pugnando por la renovación del lenguaje.



Sin embargo, a menos que alguien me lo pueda desmentir, puedo afirmar que se trata de una invención y creo tener identificado a quien primero la atribuyó como de su autoría, y a partir de allí se extendió la atribución y hacen pasar como suyas dichas palabras sin advertir que divulgan una mentira porque no se toman la molestia de verificar dónde las dijo o escribió Octavio Paz.

Las ha puesto como suyas el diputado Luis Sánchez, quien para colmo es coordinador de Análisis y Comunicación del PAN en Jalisco, en un artículo titulado “Apuntes de verdad, paz y ética para gobernar” que el diario *El Occidental* publicó el 28 de septiembre de 2019.

También las atribuyó a Octavio Paz el famoso juez Baltasar Garzón (por suerte usó únicamente el primer enunciado). Lo grave fue que lo hizo en el prólogo de un libro que se ha convertido en un *bestseller* mundial para estudiosos, analistas políticos y algunos políticos que sí leen. Me refiero al prólogo que escribió para el libro *Breve historia de la corrupción. De la Antigüedad a nuestros días* (Taurus, 2019), del autor italiano Carlo Alberto Brioschi.

Varios más han tomado la cita y la han reproducido *in extenso* o sólo el primer enunciado sin aportar nunca la fuente. Quien por primera vez dijo

que eran palabras de Paz sí lo hizo, porque la usó primero en su tesis de maestría, después en un Cuaderno de Ética para los Servidores Públicos (¡imagínense!), y luego en un libro donde refundió los dos trabajos previos. Por cierto, éste forma parte de una colección que tiene como coeditores a la Junta de Coordinación Política de la LVIII Legislatura del Estado de México, la Universidad Autónoma del Estado de México y su Centro de Investigación en Ciencias Sociales y Humanidades. ¡Pobres instituciones, por tragarse semejante bulo!

¿Quién es su autor? Un tal Óscar Diego Bautista, quien usó la falsa cita en el libro *Ética, retórica y democracia* y afirma que la tomó de *El arco y la lira*, e incluso proporciona el número de página de donde la tomó: la 305. Como recientemente leí dicho libro de Paz, sé que tiene 300 páginas de texto y la 305 sólo es la última del Índice Analítico. Por otra parte, si Diego Bautista tuviera otra edición con más páginas, en ninguno de los temas que desarrolla Paz en *El arco y la lira* se encuentran esas palabras.

Las que más se le aproximan son las siguientes. En *El arco y la lira*: “No sabemos dónde empieza el mal, si en las palabras o en las cosas, pero cuando las palabras se corrompen y los significados se vuelven inciertos, el sentido

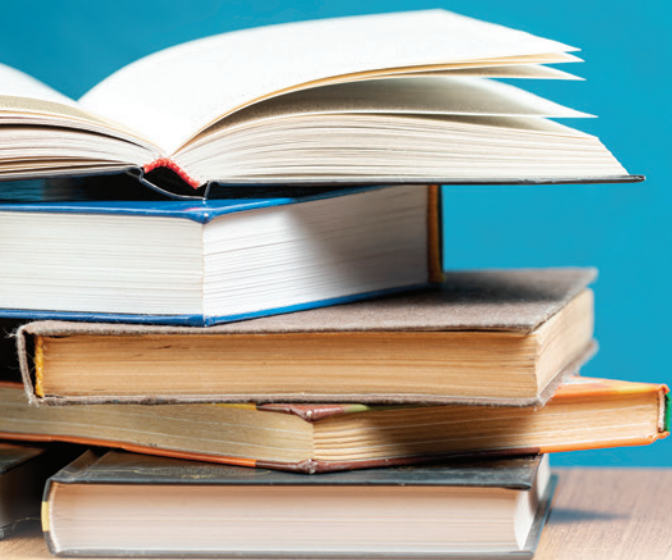
de nuestros actos y de nuestras obras también es inseguro.”

Y en *Postdata*: “Cuando una sociedad se corrompe, lo primero que se gangrena es el lenguaje. La crítica de la sociedad, en consecuencia, comienza con la gramática y con el restablecimiento de los significados.”

Que un investigador del Centro de Investigación de Ciencias Sociales y Humanidades de la UAEM cometa este tipo de fraudes, pase; con su acción y los desvíos de fondos a que se prestó dicha universidad la vuelven, como se dice en el argot periodístico, “patito”; pero que además el señor Bautista sea miembro del Sistema Nacional de Investigadores del Conacyt, resulta mucho más preocupante.

Nuestras escuelas, institutos y facultades en la UNAM no se encuentran exentas de este y otro tipo de fraudes académicos. Que ejemplos como éste sirvan para tratar de aportar con honestidad nuestras fuentes, para dar el crédito debido a cada autor, y sobre todo para enseñar a nuestros alumnos a citar, resumir y referir obras y autores de manera profesional. (Prof. **Conrado López Orozco**) **L**

**Toda colaboración o comentario, favor de enviarlo al siguiente correo electrónico: [latitudescch19@yahoo.com](mailto:latitudescch19@yahoo.com)**



# Biblioteca de conversos\*

PAOLA CANARIOS

CCH

68

LATITUDES



## Julieta Fierro, *Los retos de la astronomía*

Varias veces el rector Enrique Graue ha propuesto acercarles a los jóvenes la riqueza científica, artística y humanística que la UNAM acumula gracias a sus labores de investigación, preservación y divulgación, y que ni siquiera los propios miembros de la comunidad universitaria conocen. Es el caso de la obra de la astrónoma, investigadora, docente y sobre todo divulgadora de la ciencia Julieta Fierro Gossman, quien a la fecha ha escrito más de cuarenta libros, de los cuales al menos veinticuatro son de divulgación científica. El más reciente es *Los retos de la astronomía*, orientado principalmente a los estudiantes de bachillerato, que se publica dentro de la acertada Colección La Academia para Jóvenes del CCH, la Academia Mexicana de la Lengua y la UNAM. Escrito con un lenguaje sencillo y ameno, el libro hace un recorrido por los

\*¿Qué es un converso? El término deriva de conversión, “acción y efecto de convertir o convertirse”, y se aplicaba a “un musulmán o un judío convertido al cristianismo” (Diccionario de la Lengua Española). Actualmente tiene una denotación más amplia que el estrictamente religioso, y se dice de aquella persona “que ha aceptado una ideología o una religión que antes no profesaba”. Como sólo los libros tienen la capacidad de transformarnos, de convertirnos en mejores seres humanos, por eso decimos que ésta es una “Biblioteca de conversos”.



temas centrales de la astronomía, como son los movimientos de la Tierra, los telescopios, las galaxias, la radiación electromagnética, la espectroscopia, el paralaje, la vida de las estrellas, la gravitación universal, el origen y el futuro del universo, etc. Brinda incluso información útil sobre qué hacer si se quiere ser astrónomo y cómo y dónde comprar un buen telescopio. Ampliamente recomendable para los jóvenes estudiantes de bachillerato. El libro se puede leer en [www.cch.unam.mx](http://www.cch.unam.mx)

Julietta Fierro. *Los retos de la astronomía*. México: Colegio de Ciencias y Humanidades, Academia Mexicana de la Lengua, 2019.

### Benjamín Barajas, *Árbol separado*

Si aceptamos que “El poema es un organismo verbal que contiene, suscita o emite poesía” como ha dicho Octavio Paz, sin duda *Árbol separado* es un bien logrado y sano ejemplar de esta especie. Los más de doscientos poemas que contiene son redondos y pulidos como las rocas talladas por el incesante fluir de la corriente montañosa, pero aquí por la experiencia vital y sensibilidad del autor, que con un lenguaje pulcro y preciso crea y anima imágenes. Una alegoría ya clásica, como la que creó Jorge Manrique y se recuerda cada vez que se reflexiona en torno al partir: “Nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar, que es el morir”, para Barajas “La vida es sólo un río”, sí, pero “un río de evaporada huella”, o para hacer un guiño a Francisco de Quevedo y su “Amor constante, más allá de la muerte”, donde afirma que sus restos “polvo serán, mas polvo enamorado” para nuestro autor son sólo “Polvo elaborado”; reverberaciones, ecos y continuidad de la tradición poética, los poemas son también incursiones en cuestiones antropológicas, pues la filiación del poeta se asemeja a la del chamán, en el sentido de ser un intermediario con otra realidad: “Chamanes” y “Árbol” son claros ejemplos de esta pretensión: “El árbol que sostiene/ el cielo azul/ y al círculo nocturno/ en el acero de sus hojas.” No obstante la variedad de temas y tonos, como señala Armando González Torres en la presentación, el volumen debe su unidad gracias al nivel de condensación y madurez de los versos, que son muestra de la plenitud creativa del autor. Con éste suma ya casi una decena de organismos, que incluyen dos antologías, sin contar su labor aforística, aparentemente ajena pero también una forma poética.

Benjamín Barajas. *Árbol separado*. México: Ediciones del Lirio, 2019.

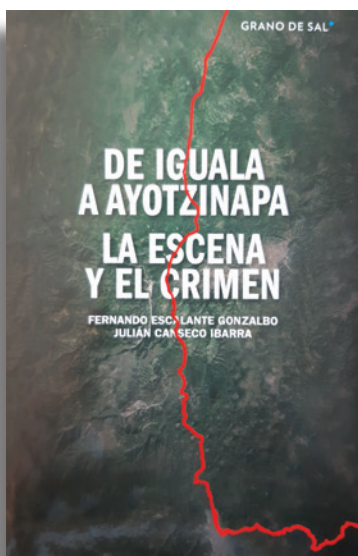




### Alessandro Baricco, *The Game*

Con la aparición de las computadoras e Internet dio comienzo también la producción de una vasta bibliografía, que desmentía lo que muchos aprendices de Casandra auguraban: la desaparición del libro ante la omnipresencia de la pantalla. Hoy se puede afirmar con seguridad que no sólo no desapareció sino que las computadoras e Internet potenciaron su producción. Primero aparecieron manuales para aprender a usar las máquinas y los diversos programas; más adelante surgieron los textos que enseñaban a navegar por la red; luego surgieron los que se cuestionaban sobre los efectos que la herramienta e Internet estaban teniendo sobre actividades humanas básicas como la lectura y la escritura, y centraron su atención en el desplazamiento o anulación de algunas de estas actividades y habilidades: lectura, reflexión, concentración, y los cambios que en general provocan en la mente. A esta generación pertenece el libro de Alessandro Baricco, quien hace un recorrido por los momentos determinantes de lo que él llama la “insurrección digital”, para concluir en veinticinco tesis que son una especie de conclusión. Es necesario decir que no aportan mucho a temas que estarán vigentes en el debate de este siglo: la inteligencia artificial, el reemplazo absoluto de las funciones humanas (aun las que creíamos exclusivas y que ninguna máquina puede reemplazar: inspiración, ética, valoración, sensibilidad, etc.). Recomendable para quienes desean contar con el mapa completo de los momentos principales de esta “insurrección”.

Alessandro Baricco, *The Game*. México: Anagrama, Colección Argumentos, 2019.



### Fernando Escalante Gonzalbo y Julián Canseco Ibarra, *De Iguala a Ayotzinapa*

La abundancia de información hoy día y los medios para compartirla al alcance de casi todo el mundo, generan, más que una sociedad hiperinformada, una sociedad desorientada y confundida, que es terreno fértil para las llamadas “versiones alternativas” o al menos para mantener una incertidumbre permanente respecto a ciertos temas. Eso es lo que ha vivido México con un hecho que a todos nos conmovió: la desaparición de 43 estudiantes normalistas en 2014. El desinterés inicial del gobierno federal por averiguar el suceso, la mala realización de las investigaciones después y sobre todo conocer la complicidad de las autoridades locales de Iguala con la delincuencia para secuestrarlos, dieron pie a la creación de una sospecha que a la fecha persiste: la de que fue el Estado

mexicano quien los secuestró y desapareció. ¿Cómo se construyó esta versión, que aun con un gobierno que simpatiza ampliamente con la lucha de los padres de los jóvenes y que se ha comprometido a usar todos sus recursos para esclarecer la verdad, persiste y no se puede responder aún con claridad? ¿Por qué persiste la duda? Porque estamos, dicen los autores del libro, ante una interpretación de los medios de información que cayó en el terreno debido y dio así sentido a un suceso que, aunque algún día llegue a conocerse plenamente, sólo será otra versión que contribuirá a la inicialmente construida. Un ensayo con un novedoso e inteligente punto de vista.

Fernando Escalante Gonzalbo y Julián Canseco Ibarra, *De Iguala a Ayotzinapa*. México: Grano de Sal/ El Colegio de México, 2019.

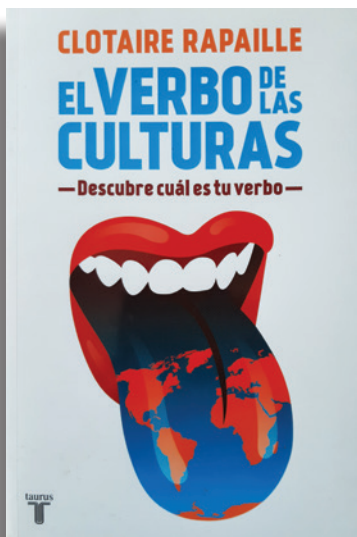
### Gabriel Zaid, *El poder corrompe*

Se ha dicho que combatir la corrupción no es cuestión de voluntad, sino de crear y hacer funcionar de manera eficaz los mecanismos, leyes y órganos para lograrlo. Ambas ideas son ciertas y no se contradicen sino que se complementan. Los mejores órganos, las más preclaras leyes y todas las instituciones no servirían de nada si no hay voluntad por hacer que funcionen, así como la sola voluntad se estrellaría ante una realidad múltiple, vasta y compleja, donde cada ser humano puede ser víctima de la corrupción pero a la vez un corruptor en potencia, si no hay mecanismos para contenerlo. El momento que atravesamos como país es significativo de este hecho: hay un presidente de la República decidido a terminar con ese pesado lastre, y hay una realidad que parece contradecirlo día con día, pues actos de corrupción o que podrían interpretarse como tales se generan incluso dentro del propio gobierno, por no referirnos a numerosas prácticas con este sello que se observan dentro del partido del presidente. ¿Cómo hacer que esa voluntad se multiplique en cada servidor público y ciudadano, persista y sobre todo que no falle a la hora de aplicar normas y reglamentos? Haciendo que las leyes se apliquen, que los órganos cumplan su función y que todos sean vigilados, no solamente los que no son de casa. Gabriel Zaid, inmejorable ensayista, ha puesto su perspicacia y talento en señalar las causas más notables de este fenómeno, sus manifestaciones principales y sobre todo ha aportado ideas para solucionarlo. Su más reciente libro, *El poder corrompe*, llega así en el momento más oportuno si de verdad hay una decisión por combatir realmente la corrupción. El libro recoge los numerosos artículos que ha dedicado al tema desde 1978 y hasta 2019.

Gabriel Zaid, *El poder corrompe*. México: Debate, 2019.







### Clotaire Rapaille, *El verbo de las culturas. Descubre cuál es tu verbo*

Los estereotipos son nefastos, no tanto por la visión distorsionada que brindan de alguien o algo, sino porque son falsos. Con esta advertencia debe leerse el libro de Clotaire Rapaille, un mercadólogo francés que ha tenido éxito en los estudios de mercado con la integración de disciplinas como la psicología, la psicología social, el psicoanálisis y aun la antropología cultural. Asesor de numerosas compañías, Rapaille realiza investigaciones para brindar a sus clientes la imagen más o menos detallada de la sociedad donde la empresa desea incursionar, transformarse o simplemente mejorar su presencia. Resultado de estos afanes han sido *El código de la cultura*, que estudia por qué algunos grupos de trabajo resultan exitosos y otros simplemente no; *El código cultural*, que analiza por qué la gente vive y compra como lo hace en ciertas sociedades. *El verbo de las culturas* es una secuela de ambos y trata de reducir a un verbo los rasgos generales de una nación. Así, mientras que para los alemanes el verbo que los define sería *obedecer*, para los franceses *pensar* y para los estadounidenses *hacer*, para los mexicanos es *aguantar*. Más allá de resultar risible que un solo verbo pueda definir una sociedad variada, vasta y heterogénea, vale la pena conocer el libro por las líneas culturales que el autor sigue para llegar a dicha formulación. Es como decir, está bien, situémonos en un lugar común, punto de identificación, para partir. **L**

Clotaire Rapaille, *El verbo de las culturas. Descubre cuál es tu verbo*.

México: Taurus, 2015.

¿Deseas que se comente en Biblioteca de Conversos algún libro que consideres útil para la comunidad del Colegio de Ciencias y Humanidades? Tal vez quieras que comentemos alguno del que seas autor, pues lo crees pertinente para los lectores de *Latitudes CCH*. Puedes entregar para este fin un ejemplar en la Secretaría de Comunicación del Colegio, con el licenciado Héctor Baca, Secretario de Comunicación Institucional, en la Dirección General del CCH.



Francisco Toledo, *La iguana*, 1975.  
Aguafuerte, color. 31.5 x 14.7 cm

Foto: IAGO/CFMAB



# Francisco Toledo, una épica de nuestro tiempo

LUCIEN DE RUBEMPRÉ



**D**e Francisco Toledo se podría decir lo que don Alfonso Reyes expresó en su Oración fúnebre ante la desaparición de otro oaxaqueño ilustre, José Vasconcelos: “A ti que dejaste una cicatriz de fuego en la conciencia”; aunque Francisco Toledo no sólo deja una cicatriz de fuego en la conciencia, sino un vacío en el alma nacional.

Y es que, como pocos artistas, Toledo supo situar su obra en un indiscutible plano universal, a la vez que recuperar su particular raigambre regional, o mejor dicho, es universal gracias a que los diversos temas que trató supo impregnarlos de lo más recóndito y profundo del alma nacional en su vertiente indígena, y por eso expresa tan bien lo mexicano sin rebajarse a clichés ni folclorismos. Esto, sin mencionar su incansable labor como promotor y difusor de la cultura, su filantropía, su cuidado por el ambiente y su participación en las mejores causas sociales, que lo sitúan al lado de los verdaderos constructores del alma de una nación: los Netzahualcóyotl, los Bernardino de Sahagún, los Vasco de Quiroga, los Ignacio Manuel Altamirano, los Alfonso Reyes y los Octavio Paz.

¿Cómo fue posible que este hombre de apariencia sencilla, autodidacta, siempre parco aunque afable, pudiera colocarse como el más grande artista plástico mexicano? Su obra no ha sido aquilatada aún del todo, nacional e internacionalmente, y sigue siendo estudiada, difundida y admirada, generando pasmo, gusto y reconocimiento. Tal vez porque Toledo, sin proponérselo, reanuda y actúa la historia donde el artista es el verdadero héroe, generando así una nueva épica, la épica de nuestro tiempo.

## Los años de formación

Como se sabe, Francisco Benjamín López Toledo nace el 17 de julio de 1940 en la en aquel entonces población de Juchitán, en el Istmo de Tehuantepec, Oaxaca; es el cuarto hijo de padres con fuerte raigambre zapoteca: la madre, Florencia Toledo Nolasco, y el padre Francisco López Orozco. Sus primeros años infantiles los pasa en poblaciones del sur de Veracruz, específicamente en Coatzacoalcos y Minatitlán, donde su tía abuela lo inicia en las historias y tradiciones de la región, así como en el conocimiento de la fauna que será uno de los motivos constantes de su obra: monos, murciélagos, iguanas, sapos, chapulines, armadillos...

Gracias al escritor e investigador Guillermo Sheridan nos enteramos que el último texto que Francisco Toledo entregó a la revista *Proceso* (4 de septiembre de 2019), donde escribía en sus últimos días, se titula “El Teterete”, que es el nombre de “una maravilla de lagartija que se desplaza sobre el agua” y que Toledo recordaba haber visto de niño. Así de fuerte quedaron impregnados los recuerdos infantiles.

Como todo héroe, el pintor tuvo también su viaje iniciático, y es el que realiza a París en 1960, pero antes emprende otros que irán definiendo su destino. El primero de ellos es a la ciudad de Oaxaca, donde inicia sus estudios artísticos en el taller de grabado de Arturo García Bustos; sin embargo, poco tiempo dura ahí, debido sobre todo a una incompatibilidad de caracteres con el maestro. Su padre lo envía entonces a estudiar a la ciudad de México, donde el joven Toledo se dedica a visitar museos, galerías, bibliotecas y algunos estudios de pintores para verlos trabajar. Permanece en la ciudad nutriendo su mente y sensibilidad, y a los 17 años se inscribe al Taller Libre de Grabado de la Escuela de Diseño y Artesanías.

En 1960 emprende el que será su verdadero viaje de iniciación artística, cuando va a París, donde lo acogen Rufino Tamayo, un pintor ya reconocido, y Octavio Paz, funcionario en la

embajada de México en París. Tamayo lo pone en contacto con otros pintores y artistas, y Paz le consigue un lugar para vivir en la *Maison du Mexique* de la Ciudad Universitaria de París. Bona de Pisis o Bona Tibertelli, a la sazón exesposa del escritor francés Pieyre de Mandiargues, y éste mismo, son otros personajes que lo ayudan y logran que sea conocido en los círculos intelectuales y artísticos. En 1963 expone en la Galería Karl Flinker y André Pieyre de Mandiargues lo saluda con estas palabras:

“De entre los artistas jóvenes, no conozco a ninguno que se haya aproximado al mito y a la magia con tanta seriedad y sencillez, ninguno que esté tan puramente inspirado por el rito y la fábula” (*Enciclopedia de México*, pág. 7749).

Con su perspicaz mirada, Octavio Paz le expresó lo siguiente una vez que Tamayo se marchó de París y le obsequió sus herramientas de trabajo a Francisco Toledo: “¿Se da cuenta de que Tamayo le está entregando la estafeta, le está heredando las armas para que usted siga su propio camino?”.

Ésta y otras muchas anécdotas entre Octavio Paz y Francisco Toledo, que ocurrieron durante su primera estancia en París, se encuentran en la sección “En la Mirada de Otros” del sitio Zona Paz ([zonaoctaviopaz.com/](http://zonaoctaviopaz.com/)) reunidas por el escritor Ángel Gilberto Adame y otros colaboradores. De él tomamos también el siguiente testimonio de Octavio Paz:

“[La pintura de Toledo] me gusta mucho. En París me entusiasmó su aparición. Tuvo algo de milagroso en el mundo de aquellos años. ¿Cómo definirlo? [...] ¿Compararlo con Tamayo? No. Es un temperamento de una gran originalidad. [...] En él son visibles su extrema modernidad y su extrema antigüedad, además él se mezcla con su interés por las artes primitivas de otras culturas, no sólo de la mexicana”.

Lo cierto es que, como dice Adame, el pintor se formó entre los artistas franceses de la segunda mitad del siglo XX. Hizo otros viajes a París, pero esta primera estancia fue la



Francisco Toledo, *Autorretrato con pájaro*, 1975.  
Aguafuerte, aguainta y ruleta. 30 x 20 cm



definitiva para su formación. Duró casi cinco años, y le sirvió para conocer plenamente al pintor y grabador español Francisco Goya, y lo puso en contacto con otros artistas e incluso recibió la influencia de algunos contemporáneos como Paul Klee, Jean Dubuffet y Antoni Tapies. Al regresar de su viaje y finalizar los sesenta Toledo es un pintor ya reconocido.

En una serie de entrevistas que concedió a la periodista Angélica Abelleyra, quien sí lo hizo hablar a pesar de su mutismo y reticencia a explayarse, cuenta esta graciosa anécdota de sus días en París junto a Octavio Paz:

En algunas ocasiones Paz me preguntaba cosas, pero yo era muy simple y no me atrevía a hablar de ciertos temas, como la literatura. Pero recuerdo que una sola vez me vi medio brillante ante él y el grupo donde estaba Pilar Pellicer y Mandiargues. Mientras me mantenía silencioso, los demás escuchaban a Paz hablar sobre las múltiples maneras femeninas de nombrar al sexo masculino: que si verga, pistola, minga, picha, pinga. Yo nada más oía, hasta que Paz me pidió que dijera otro nombre en castellano. Salí de mi letargo y contesté: la reata, de forma casi instantánea. “Qué bella palabra”, comentó Paz, aunque muchos que estaban en la reunión ni se imaginaban que también es el mecate grueso que se usa para colgar la ropa. Tal vez por mi rápida respuesta, Paz la festejó con un aplauso.

Angélica Abelleyra, *Se busca un alma. Retra-to biográfico de Francisco Toledo*. México: Plaza & Janés, 2005.

### El regreso del héroe

Hizo otra estancia en Nueva York a finales de los años setenta, y la repitió en 1981-1982 para trabajar la cerámica. En 1984 regresó a Europa y estuvo en París y Barcelona, donde produjo obra pictórica, litográfica y plástica. Siendo ya un artista en plena formación, preparó y realizó numerosas exposiciones en galerías, museos y universidades de México y el mundo,

y cuando se asienta de forma casi permanente en Oaxaca es cuando inicia su extraordinaria labor de promotor de la cultura y defensor del ambiente, la arquitectura y perfil urbano de la ciudad, así como creador de numerosos centros artísticos y culturales.

Con su asentamiento definitivo en la ciudad de Oaxaca, Toledo cumple así el ciclo del “regreso del héroe”, que vuelve cargado de tesoros fabulosos, frutos brillantes, extraños y misteriosos, que al abrirse muestran la faz secreta y milenaria de su tribu, su imaginación deslumbrante y explosiva, así como sus mitos, leyendas y pulsión creadora.

Su obra ha sido calificada de irreverente, provocativa y transgresora, que tiene a la muerte, la literatura, la naturaleza humana, el sexo y la escatología en general como sus temas principales. Las técnicas que utilizó son diversas, y por mencionar algunas podemos mencionar los óleos, acuarelas, collages, gouaches, dibujos, tintas, aguafuertes, litografías, xilografías, mixografías, tapices, esculturas y cerámicas.

El Museo de Arte Contemporáneo de Oaxaca (MACO), el Museo de Arte Moderno de México (MAM), el Museo Universitario de Arte Contemporáneo de la UNAM (MUAC) y la Colección de Arte UDLAP (Universidad de las Américas Puebla) son, entre otras instituciones, las que albergan la rica obra de Francisco Toledo en México. El Museo de Arte Moderno de París, el MoMA (Museum of Modern Art) de Nueva York, el Museo de Arte Moderno de Filadelfia, la Biblioteca Pública de Nueva York, la Galería Tate de Londres y el Kunstneres Hus de Oslo, Noruega, son entre otras, las que cuentan con obra del pintor oaxaqueño en el ámbito internacional.

Como todo lo clásico, la obra de Toledo confirma que lo verdaderamente universal es local; así como sus criaturas son monstruosas y juguetonas a la vez, detrás de su apariencia hierática y sencilla se ocultaba en realidad un espíritu travieso y refinado, que supo poner

mediante sus pinturas y dibujos a Oaxaca y México en la frecuencia universal del arte.

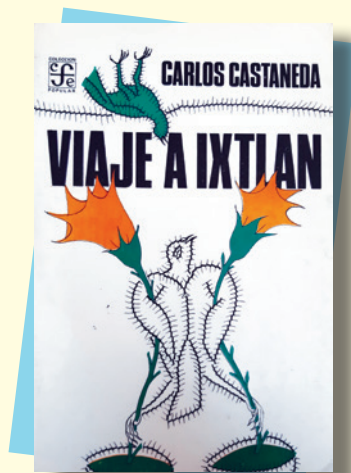
Reunió alrededor de 1745 dibujos realizados en París entre 1985 y 1987, que donó a la Secretaría de Hacienda y se exponen periódicamente.

### Toledo lector e ilustrador de libros

Al regreso de su primera estancia en Europa data también su iniciación como ilustrador. Los extraordinarios dibujos que realizó para las tapas de los primeros libros del antropólogo y chamán Carlos Castaneda, hicieron que muchos de sus lectores nos preguntáramos qué significaban y si tenían alguna relación con las increíbles historias que narran, contemplar los dibujos reanimaba la lectura. Sólo el primero de los cuatro publicados por el Fondo de Cultura Económica (*Las enseñanzas de don Juan*, 1968) no pertenece a Toledo, pues fue ilustrado por un grabado de Leonora Carrington; los siguientes son obra del maestro: *Una realidad aparte* (1971), *Viaje a Ixtlán* (1972) y *Relatos de poder* (1974).

Gran lector, voraz lector y amigo de muchos de ellos, ha ilustrado varios libros. Destaca muy especialmente *Un informe para una academia*, de Franz Kafka, el cual es el relato de un simio que puede hablar y se dirige a los científicos en una larga exposición. Esta lectura inspiró a Toledo una serie de grabados completos que coinciden con su gusto por representar monos en su obra. También ilustró el *Manual de zoología fantástica*, de Jorge Luis Borges; con José Emilio Pacheco hizo el *Álbum de zoología*; con poemas de Francisco Hernández recreó la figura y motivos del famoso cuento Pinocho y así surgió *Pinocho*; con Carlos Monsiváis hizo *Francisco Toledo y Carlos Monsiváis*; con su hija Natalia ilustró el *Cuento del conejo y el coyote*, *La muerte de pies ligeros* y *El niño que no tuvo cama*, y con Elisa Ramírez Castañeda realizó *El perro topil*.

Son conmovedoras las cartas que en los días cercanos a su muerte envió a Guillermo







Francisco Toledo, *Sin título*, 2019.  
Mixta sobre papel, 24.8 x 39.9 cm





Sheridan, donde le pregunta por algunos textos de Octavio Paz, lo cual demuestra que pese a la profunda amistad que se profesaron en los años sesenta, y después la animadversión que se tuvieron, el pintor había sido marcado por el poeta y siempre fue lector suyo. Por cierto, a la muerte de Paz le dedicó estas palabras: “La muerte es tan lejana, tan efímera, tan sin importancia. Paz estará en sus libros”.

### **Promotor cultural y defensor del ambiente**

Su labor como creador, promotor cultural y defensor del ambiente incluye decenas de instituciones, que impulsó por sí solo o en colaboración con otras instancias culturales, gobiernos y filántropos particulares y artistas. Entre ellas destacan, la Casa de la Cultura de Juchitán; el Museo de Arte Contemporáneo de Oaxaca; el Instituto de Artes Gráficas de Oaxaca; el Taller de Arte Papel Oaxaca; la Biblioteca Jorge Luis Borges, para invidentes y débiles visuales; el Centro Fotográfico Manuel Álvarez Bravo; el Jardín Etnobotánico de Oaxaca; la Fonoteca Eduardo Mata; aportó la biblioteca para el Museo Taller Erasto Cortés; impulsó Ediciones del H. Ayuntamiento de Juchitán, Ediciones Toledo, Editorial Calamus y La Maquinucha Ediciones; creó el Cine Club El Pochote y el Centro de las Artes de San Agustín (CaSa).

No podía dejar de lado la producción editorial el lector curioso y constante que siempre fue. Por eso desde la Casa de la Cultura de Juchitán editó la revista *Guchachi Reza* (iguana rajada) en colaboración con los hermanos





Francisco Toledo, *El camino del sapo*, 1982.  
Aguafuerte, punta seca, color. "6.5 x 20 cm

Gloria y Víctor de la Cruz, Elisa Ramírez Castañeda y el escritor Macario Matus; después impulsó la edición de la revista *El Alcaraván*. En Ediciones Toledo (actualmente Editorial Calamus) ha publicado libros de poesía de Javier Sicilia, David Huerta, Alicia García Bergua y Pura López Colomé, entre otros.

Fue Francisco Toledo quien encabezó la protesta ciudadana contra la instalación de un restaurante McDonald's en el centro de Oaxaca, pues rompía con el estilo urbano de la vieja Antequera, donde la cantera verde le ha otorgado siempre su personalidad y belleza. Del mismo modo, el Taller de Arte Papel Oaxaca, además de producir papel y objetos artísticos elaborados con éste, lo hace con productos eminentemente naturales, amigables con el medio ambiente, y el Jardín Etnobotánico no sólo es un reservorio de especies vegetales únicas de Oaxaca, sino también un fuerte llamado al cuidado y preservación de plantas, flores y árboles.

### El viaje definitivo

Toledo intuyó el final. Alguien que siempre miró la muerte con curiosidad y hasta con simpatía, y la volvió un personaje frecuente de su obra, no podía sino tratarla con absoluta naturalidad. En la recopilación de opiniones de Toledo relacionadas con Octavio Paz que el sitio Zona Paz alberga, podemos leer lo siguiente:

“A principios de los años sesenta visité el museo de Colonia, Alemania, donde vi uno de los últimos autorretratos de Rembrandt. Me gustó mucho: viejo, desdentado, con un trapo amarrado a la cabeza —tal vez ya calvo—, riendo ante un espejo. Tenía yo 21 años. Quién diría que años después me vería en aquel espejo.”.

Numerosos medios de información nacionales y extranjeros dieron cuenta de su desaparición. De los múltiples testimonios elegimos estas líneas que publicó el diario norteamericano *The New York Times*: [Toledo era considerado] “el artista vivo más grande de México, quien podía trazar su ascendencia hasta los zapotecas que florecieron antes de la Conquista española en el siglo XVI, en lo que hoy es el sureño estado de Oaxaca. Sus pinturas, dibujos, grabados, collages, textiles y cerámicas estuvieron fuertemente inspirados en esa herencia”.

Otro gran pintor mexicano vivo, el zacatecano Manuel Felguérez, dijo a su vez: “El fallecimiento de Toledo es la pérdida en el mundo de la plástica más fuerte que pudo tener México. Van a pasar muchos años en que surja otra persona de su calidad”.

Murió a los 79 años, el 5 de septiembre de 2019. **L**





# Francisco Toledo (1940-2019)

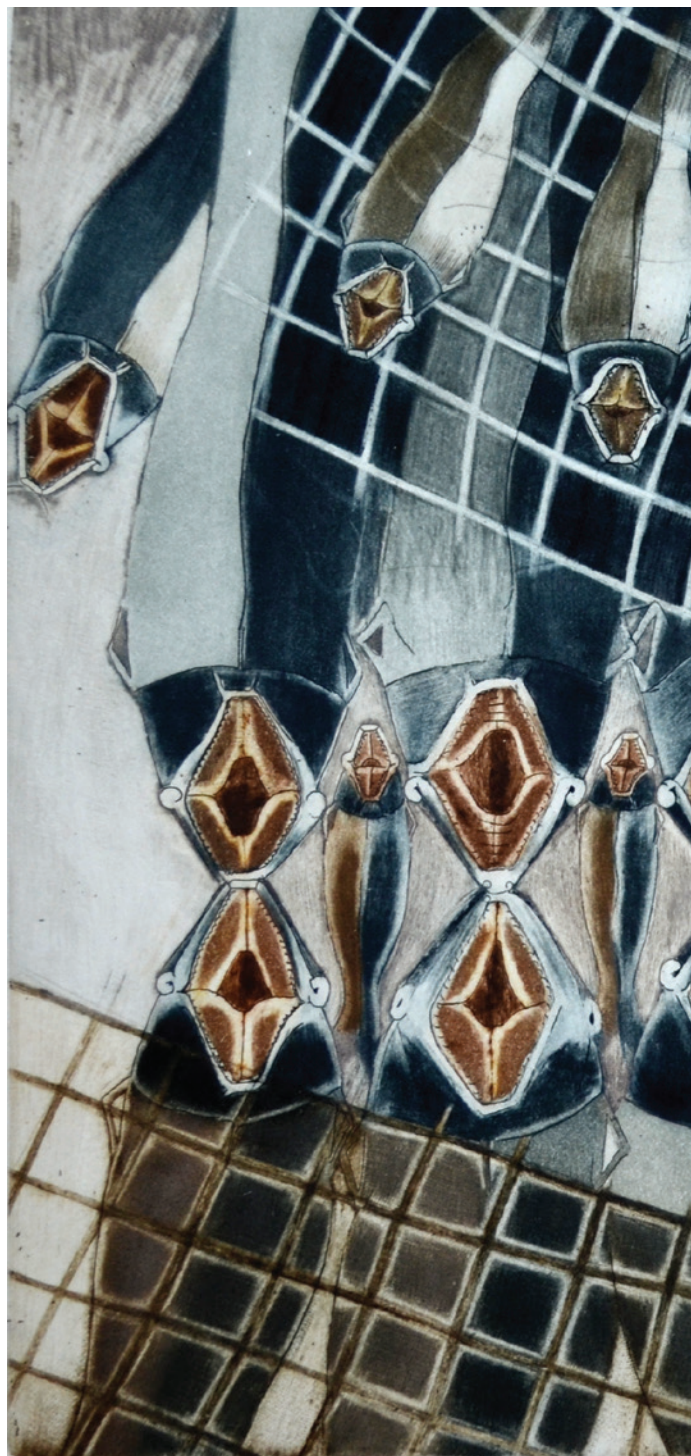
DAVID HUERTA



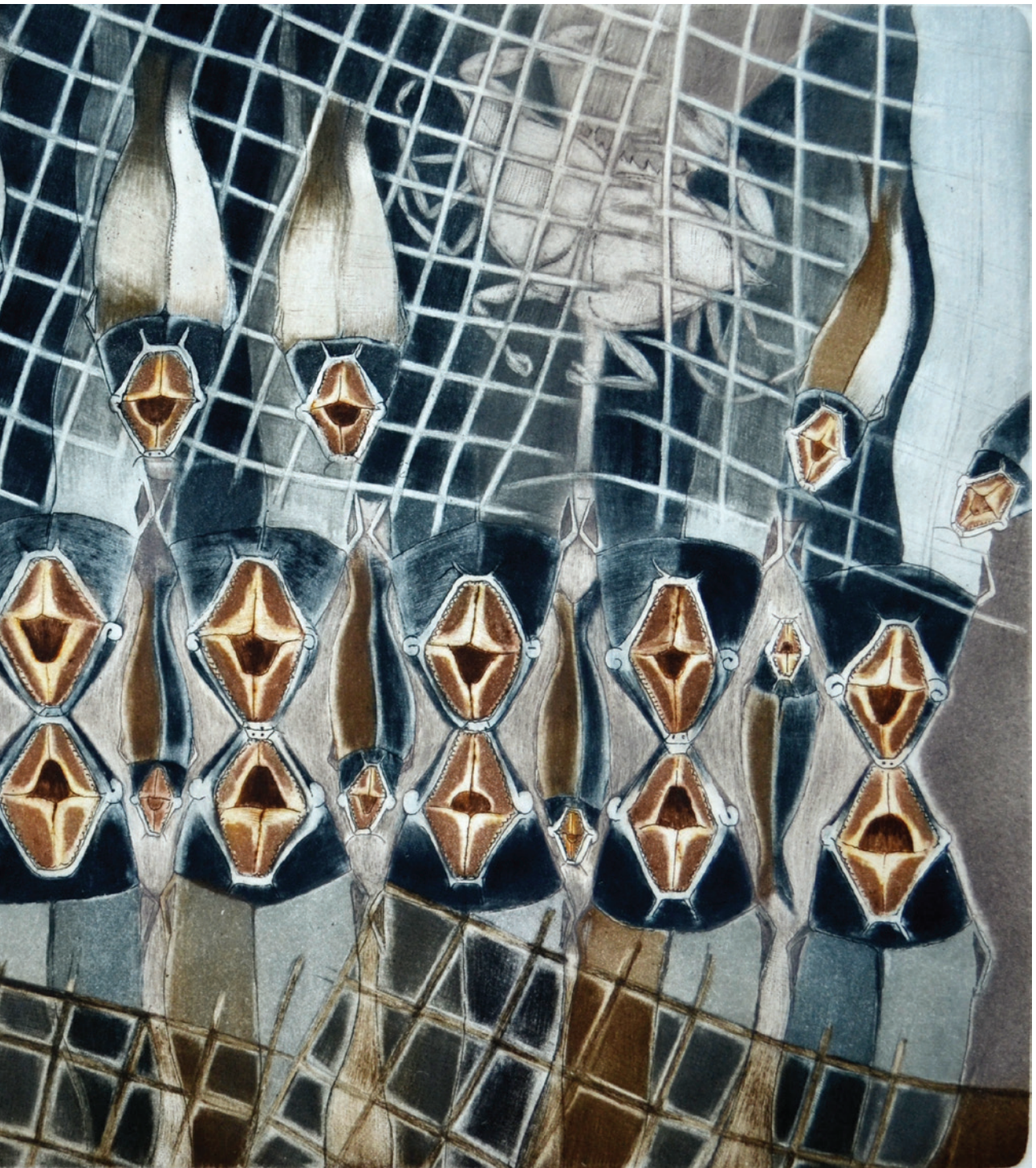
La muerte de Francisco Toledo nos deja aturcidos, boqueando. Es, vallejianamente, uno de esos golpes durísimos de la vida de los que habla el poema. ¿Cómo este hombre ha podido desaparecer, ausentarse de entre nosotros y dejarnos con esta laceración, con esta pesadumbre? ¿Cómo es que ha muerto este chamán insondable, este artista tan portentoso?

Supe de su fallecimiento en la ciudad de Guanajuato, mientras conversaba con mi gran amigo Carlos Ulises Mata en el Jardín de la Unión. Mi hermana Andrea me llamó por teléfono para darme la noticia. Me quedé azorado, herido por las dos palabras: “Murió Toledo.” Carlos Ulises Mata estaba tan impresionado como yo, al igual que mi camarada Napoleón Estrada, de quien recibí el primer mensaje de condolencia, que le respondí en términos parecidos, con palabras de inmenso pesar por todos, por ese nosotros que formamos la multitud de admiradores de ese pintor y mago. Otro amigo me hizo saber lo que quizá muchos pensábamos oscuramente o creíamos en nuestro fuero interno: que Toledo era inmortal.

Francisco Toledo, *Formación de peces*, 1977.  
 Aguafuerte y tinta, color. 22.7 x 30 cm









Pero no nada más lo admirábamos. Era alguien que sentíamos y sabíamos cerca; era una especie de faro, de señal continua y fecunda en los horizontes mexicanos que, como dice Quevedo en un poema, enmendaba o fecundaba nuestros asuntos, nuestra vida y nuestra percepción. Así lo sentía yo, cercano, entrañable, y así lo formulaba, aunque no con estas mismas palabras, sino con una suerte de convicción emotiva más allá del discurso, más allá de las frases; esa convicción decía así: “Mientras Toledo siga, mientras Toledo sueñe y haga lo que hace, mientras Toledo imagine y trabaje, algo en el fondo de este país tendrá valor y luz, una energía grande que sale de Oaxaca y nos toca, nos da ánimos, nos sorprende con formas y organismos de pasmo y maravilla”.

En la noche de ese 5 de septiembre hablé con mi esposa, Verónica. Nos dimos el pésame con verdadera congoja, con una tristeza honda. Habíamos ido juntos a ver **Toledo ve**, su exposición en el Museo de las Culturas Populares y salimos de allí emocionados, auténticamente llenos de ideas, empapados de imágenes favorables. Era, es una exposición inolvidable y ahora por un triste motivo. Volví un par de veces, con amigos diferentes, a ver la exposición, que ahora ha adquirido la condición de “última” de Toledo.

Francisco Toledo no era inmortal. Era un hombre arrebatado, increíblemente lúcido, con una cabeza poblada por ideas y visiones, desbordante de invenciones. Una vez lo llamé “Chamán de la tribu mexicana”; en mi perspectiva, hay otros dos chamanes de esa comunidad hirsuta y atormentada: Juan Rulfo, José Gorostiza.

Muerto Francisco Toledo, el país desgarrado y sombrío pierde una hoguera resplandeciente. Seguiremos como podamos, con un sentimiento de pérdida y un dolor continuo en el pecho y en la mente. Lo quisimos, lo admiramos. Eso también seguirá. **L**5



Francisco Toledo, *Cochino y calabaza*, 1979.  
 Aguafuerte, color. 19.7 x 24.8 cm













“A los tres años de estar en Europa presentó su primera muestra en una galería parisiense; un año más tarde expuso en Toulouse, pero también en la Tate Gallery de Londres, con catálogo escrito por Henry Miller, y en Nueva York. En Francia fue reconocido en seguida como un artista singular, especialmente celebrado, como escribió André Pierre de Mandiargues en 1964, por su *desarrollo de lo mítico y su sentido sagrado de la vida.*”

Gastélum, Félix Libia, “Toledo”. Facultad de Diseño y Comunicación. Universidad de Palermo, Argentina, 2008.

Francisco Toledo, *Pescadores nocturnos*, 1978. Aguafuerte, color. 22.4 x 30 cm





Francisco Toledo, *Pareja copulando*, 2019.  
Mixta sobre papel, 24.8 x 35.4 cm





Francisco Toledo, *El pez (pescado)*, 1976.  
Aguafuerte, ruleta, color. 28.7 x 37.8 cm

“Toledo nunca tuvo una vocación redentora o adoctrinadora; creo que cualquier persona que lo haya conocido puede confirmarlo, porque si bien apoyaba sistemáticamente todo tipo de causas, también es verdad que se relacionaba con estratos sociales muy diversos y eso tenía el efecto de que su trabajo político y social se expandía horizontalmente hasta prácticamente disolverse.”

Edgar Alejandro Hernández, “Francisco Toledo: el activismo como arte”, en Confabulario, suplemento cultural de *El Universal*, septiembre 7 de 2019.

# Un relato de

## amor VIRTUAL

ITZA DANIELA CIENFUEGOS

**S**eparados apenas por unos metros y una gruesa pared, los amantes intercambian mensajes apasionados y febriles. Alguno ha leído las desesperadas cartas de Werther a su amigo Wilhelm, en las que le platica su arrebatado amor por Charlotte y describe el itinerario que lo llevará al suicidio luego del fracaso amoroso; conoce también *Las pobres gentes*, de Dostoievsky, y le enternecen los mensajes del viejo Makar a Varvara, que al final le mostrará cuán fuerte es el instinto de sobrevivencia, pues en el momento crucial preferirá al burgués Bukov, y no al viejo que ha llegado a querer a través de sus cartas.

Sabe que toda pasión aderezada con letras se intensifica pero también corre el riesgo de zozobrar. En la época del Twitter, del Facebook y el WhatsApp, desea que el verbo ayude a orientar los sentimientos, defina su calidad y sostenga la pasión en la memoria, dadas la brevedad y rapidez de las palabras, para conducirla a buen puerto. Pero allí están ya, esbozados los riesgos del verbo: ha despertado el interés de una joven por un hombre maduro, la aceptación gustosa de conversar y querer conocerlo, y los ha embarcado en un viaje que ninguno sabe dónde terminará. A ella le gustó cuando por su escritura advirtió que era un hombre educado, que la apreciaba y conocía bien; valoró que fuera diferente a quienes la miran como un bocado fácil por su condición de madre abandonada; al principio contestó con timidez y un poco de temor, le preguntó quién era y por qué tenía su número, y luego se hizo adicta

a sus textos claros, meditados, que compensaban con creces la lentitud con que escribía.

Él supone que ella cuenta con alrededor de treinta años, que arrastra tras de sí el fracaso de una relación amorosa, que tiene una niña de cuatro y es su adoración, y que también la que la mantiene a flote.

La escucha levantarse temprano, asear a la pequeña, darle de comer y beber algo, casi siempre deprisa, y salir corriendo hacia la escuela.

Entonces se asoma a la ventana. Le inspira ternura verla caminar presurosa, con largas zancadas, el pelo recogido sobre la cabeza, en una mano la mochila y en la otra la mano de su pequeña. Sonríe al advertir cómo ésta tiene que correr para no quedarse atrás. En un rato regresará y continuarán su coloquio amoroso. Le preguntará por qué la conoce tan bien (le ha dicho, por ejemplo, que le gustan sus pies por su pronunciado arco y sus largas piernas de corredora), si ella no se ha dado cuenta de nadie que la mire con detenimiento ni menos que le haya hablado. Él le responde para tranquilizarla que tiene buen ojo y que sus miradas han sido discretas porque no desea molestarla, pero que se muere por hablarle.

Ella se pregunta cada día quién será. Mira de reojo la calle, antes de tomar el taxi, pero sólo advierte personas presurosas que caminan hacia el trabajo, los vagos de siempre intoxicándose en la esquina y las mujeres que corren con sus hijos a la escuela. Descarta a su expareja, pues sabe que se fue lejos y no regresará jamás; repasa en

la memoria a quienes ha conocido últimamente, pero él la conoce de tiempo atrás, y ninguno puede expresarse así. Desde que intercambian mensajes corrige sus faltas ortográficas, trata de introducir nuevas palabras en sus textos y ha debido buscar el significado de otras en el diccionario. Pero él las utiliza de modo tan normal, que la hacen imaginar un hombre culto, maduro y tal vez refinado.

Le dobla la edad, es inexperto en el uso del WhatsApp y por eso no ha subido su fotografía. Esto ayuda a que ella no sepa con quién charla y se incrementa el interés y el misterio. Se ha dado cuenta que tiene buen gusto y un trabajo interesante. ¿Qué es lo que más te gusta de mí?, le pregunta, y él responde con la letra de una canción: “Me gusta todo de ti/ Tus ojos de fiera en celo/ El filo de tu nariz/ El resplandor de tu pelo...”. Ahhh, esto es un poema, dice ella, ¿eres poeta? No, responde, es una canción de Serrat. Ohhh, la voy a escuchar, dice. Se llama así, “Me gusta todo de ti”. ¿Qué música te gusta? Él dice que no importa el género, siempre que sea buena y que, en todo caso, depende de la hora del día.

¿Y a qué hora sales de trabajar?, le pregunta. No salgo, trabajo en mi casa y más bien me detengo cuando debo atender otros asuntos: mirar los noticieros, ver una película o cuando me vence el cansancio. Y claro, paro también cuando debo comer algo. Ohhh, ¿y qué haces? Escribo, leo, investigo, contesto mensajes, correos y llamadas. ¿Qué te gusta leer? Poesía, cuentos, novelas, pero también historia, filosofía, ciencia y temas políticos. Ahhh, qué interesante, por eso eres un poeta, por eso hablas tan bien; no había conocido a nadie así. Él se sorprende: Entonces, ¿sabes quién soy? No, quiero decir, conocer a alguien que escriba así, a través de este medio. ¿Cuándo nos encontraremos? Al menos, ¿cuándo me llamarás?

Deja que las cosas se den por sí solas, dice él, maduremos la relación descubriendo quiénes y cómo somos mediante la escritura; cuando nos encontremos decidiremos, principalmente tú, si la llevamos más allá. El fruto será más

delicioso porque estará bien maduro y caerá por sí solo. No tiene caso apresurar un encuentro si ambos vamos a decepcionarnos; yo prefiero continuar conociéndote así, a través de tus palabras.

A ella le gusta la seguridad, la templanza y paciencia con que el hombre se maneja. Cualquiera otro ya la hubiera llamado, la habría invitado a cenar, la habría apresurado a que se conocieran en la intimidad. Éste no. Cada día la sorprende con sus revelaciones. Por ejemplo, le ha dicho que le empezó a gustar cuando la vio transformarse en madre. Para él antes era sólo una joven, como las demás, ajena a su interés, pero su percepción cambió cuando se enteró que había sido madre y la empezó a atraer inexplicablemente.

Por lo que me dices me doy cuenta que eras alguien de mi colonia, no del área de mi trabajo. ¿Es así? No te equivocas, responde. Entonces, ¿antes no te gustaba? Me eras indiferente, como cualquier otra chica. No sé por qué, pero sospecho que tú eres casado o vives separado. ¿Es así? No te equivocas, pero es complicado decírtelo por aquí. ¿Ves? Tenemos que encontrarnos. Sí, yo me muero por hacerlo, conocer tu olor, mirar de cerca tus ojos y escuchar tu voz. Mmm, ¿de verdad? Te diré algo, agrega ella: temo mucho una decepción, no quiero vivirla, no quiero repetirla. Yo también, dice él, me desharías, pero éste es el riesgo del amor, de toda relación, nadie la tiene segura. ¿Por qué te intereso tanto si solo me conoces de vista? Porque tengo una intuición muy certera. Te miro, me gustas, te deseo y algo me dice que estamos destinados a vivir algo intenso. Ohhh, ¡qué cosas dices, qué cosas extrañas me toca conocer! Lo importante es que no tengas miedo, la anima, que me creas. Porque, grábate esto: jamás te haré daño, te quiero cuidar como lo más delicado y frágil que he conocido en mi vida. Ahhh, eso me gusta, y ojalá sea cierto, me tengo que ir a trabajar. Ve, pues, si te extraño mucho y no puedo resistir, te enviaré un mensaje. Cuando gustes, dice ella, lo responderé en cuanto me desocupe, me gusta mucho como hablas y lo que me dices. Tus mensajes nunca me molestan.



Los días transcurren con el cambio paulatino de las madrugadas y mañanas frescas del invierno, al avance caluroso de la jornada que hace abandonar bufandas, suéteres y chamarras y anuncia ya la primavera. Una mujer de treinta años ya no es una jovencita, pero él admira su carácter pícaro, juguetón, que la hace parecer más joven. Le gusta verla enfundada en sus estrechos leggings y llevar una camiseta como todo vestuario. Así resaltan sus piernas largas, sus muslos macizos y su enervante monte de Venus. Algunas veces se han encontrado a la entrada del edificio, o en las escaleras, y él se hace a un lado, caballerosamente, para que pase. No sabe que esa actitud lo hace ver más viejo, cansado, casi enfermo. ¿Y ahora qué va a desayunar?, le pregunta. No sé, iré al restaurante, tengo que verme con una persona. ¿Ahhh, con que anda de noviero, eh? Ya verá, ya verá.

Él quisiera decirle: si sólo supieras cuántas veces he deseado que estés a mi lado. Aunque una gruesa pared divide nuestros departamentos, has elegido como recámara la habitación contigua a la mía y entonces te siento cerca, escucho rodar algunos de tus objetos, percibo tu presencia, trato de acompasar mi respiración con la tuya, pienso en ti, sueño contigo y compruebo que eres real y me alimenta cuando nos encontramos e intercambiamos estas breves palabras.

Por razones especiales, una ocasión que estaría fuera todo el día y ella aún vivía en con sus padres, la encontró a la salida del edificio y le preguntó: ¿Tienes celular? ¿Me puedes dar tu número? Quiero saber si llegarán a buscarme unos familiares y, como estaré fuera, te llamaré para saberlo, no estaré lejos. Tenían varios años de conocerse, así que ella se lo dio de inmediato. Llame a la hora que guste, dijo, yo estaré al pendiente por si llegan a buscarlo.

Así obtuvo su número, lo anotó en su libreta y ahí permanece. De paso, y sin proponérselo, se fue enterando de su situación. Miró de lejos al novio, lo reprochó por esas cadenas brillantes que usaba, los brazos y el torso repletos de tatuajes, y de pronto su desaparición inexplicable. Un día la miró

regresar con su bebé en brazos, escuchó el alborozo y la atención solícita de los padres, los mimos, las expresiones de alegría y luego se separaron y cada uno marchó por su lado. Ella se quedó sola.

La miraba afanarse con su bebé, sacar a la pequeña al patio para que ensayara sus primeros pasos y celebrar sus primeros cumpleaños. Luego se enteró que había conseguido lugar en alguna guardería y empezó a trabajar. Las ganas de tratarla y hablar con ella se fueron incrementando. Un día no pudo resistir más, pero pensó que marcar su número sería tan brusco y fuera de lugar como invitarla a salir. Además, no conocía sus horarios, excepto lo que hacía las primeras horas de la mañana. Buscó su número, lo encontró y le envió un mensaje: ¿Tienes WhatsApp? Sí, respondió ella. Te agregaré entonces, porque en ocasiones quiero platicar contigo. Está bien, dijo. No preguntó quién era ni cómo había conseguido su número, ¿o sabría que era él? Poco a poco aprendió a manejar estas herramientas, ya podía enviar mensajes y ahora conversar, aunque fuera lentamente, por WhatsApp. Finalizada su jornada, dando pequeños sorbos a su copa de vino tinto, preguntó: ¿Ya saliste de trabajar? Casi, en unos minutos, contestó ella. ¿Y qué harás? Me iré corriendo a mi casa, mi bebé me espera, dijo. ¿Te interrumpo, entonces? No, para nada, de hecho me estoy quitando la bata, tomaré mi bolso, me despediré y me iré. Qué hábil es para desplazar los dedos sobre el pequeño teclado del teléfono, pensó él, escribe muy rápido. ¿Quién eres?, preguntó ella. Por ahora prefiero no decírtelo, para que no me mandes al diablo de inmediato, pero me conoces, no soy alguien desconocido para ti. Humm, bueno, sólo porque voy en el autobús y me parece divertido, consintió.

Así fue como inició el intercambio. Ella lo aceptaba para entretenerse mientras se desplazaba hacia su casa, y él la buscaba cuando sabía que no la interrumpiría en su trabajo. Trabajaba en una clínica de rehabilitación, ponía ejercicios, rutinas y animaba a los pacientes a realizarlas. Él la deslumbraba con su parquedad y sus palabras certeras:

las cosas llegan por sí solas; todos tenemos un tiempo para elegir, otro para adaptarnos a lo que la vida ofrece y, los que tienen suerte, uno más para tomar lo que el destino les reserva; él estaba en este último momento y ella en el intermedio. ¿Y por qué crees que conmigo podrá funcionar? Porque casi todas mis intuiciones resultan ciertas, porque es inexplicable cómo de pronto comenzaste a gustarme. Fue como si el destino me abriera los ojos y me dijera: allí está, con ella puede ser. Sonrió y escribió: Yo necesito tres cosas de alguien que me pretenda: una, seguridad económica; dos, que crea en algo y respete mis creencias, soy muy católica, y tres: esa persona tiene que aceptar a mi bebé. Creo que puedo cumplir los tres requisitos, respondió.

Se daba cuenta que por las noches, tal vez por la satisfacción de terminar la jornada o por la seguridad que sentía al estar en casa, era más libre e inquiría por cuestiones que le interesaban realmente, o pasaba a temas más íntimos. Y, ¿has tenido muchas mujeres? Algunas, dice él. ¿Por qué entonces vives solo? Sólo por ahora, no sé cuánto tiempo dure así. O sea, ¿esperas que viva pronto contigo? Eso sería fabuloso, responde. A mí no me preocupa mucho la edad, dice ella, pero ¿no eres entonces tan viejo? Ja ja ja, te sorprendería conocer mi edad. Pienso que ni siquiera soy viejo. ¿Tienes una vida sexual activa? Ajá. ¿Quieres tener hijos? Me gustaría mucho, no es mi principal objetivo pero, si llegan, bienvenidos. Oye, pero dime la verdad: ¿qué es lo que más te gusta de mí? Te lo he dicho, tus piernas, tus pies. ¡Qué extraño!, otros miran siempre... Lo sé, tus hermosos senos, voluminosos, duros y tersos; a mí también, pero no tanto como tus piernas. ¿Y por qué? Mmm, ¿de verdad quieres que te lo diga? Espera, deja ver qué quiere mi niña. Pero sí, quiero que me lo digas.

Entonces él recordó algunos versos de Tomás Segovia, los escribe y los envía: *Los recuerdo turbulentos y temblones/ Tímidos y procaces, pastoriles/ Frescos como aromáticos melones/ Eran el más sagrado de tus dones/ Cuando al fin liberabas tus perfiles/ En cuartos ruines de moteles viles/ Temblosa de susto y decisiones.* Oye, esto está muy bien.

¿Son tuyos? No, de un poeta que se llama Tomás Segovia. ¿Y qué más te gusta de mí? Recuerda que me lo ibas a decir. Sí, lo recuerdo. Mira, una vez que conversabas con algunas personas en la calle, porque se había sentido un temblor, traías puestas unas mallas. Miré tus piernas largas y vi el prodigioso monte de Venus donde remataban. Tú seguías hablando y enderezabas tu cuerpo. La tela se estiraba, quedaba entallada y hacía resaltar esa suave protuberancia. Imaginé el placer que sería remontar ese monte. Eso es algo que despierta mi más ardiente fantasía, eso me gusta mucho de ti. Me gustas a pedazos, como dice la canción. Ammm, y cómo eres, exigente, incansable, intenso. Uhhh, eso depende de con quién estés. Creo que contigo todo eso puede funcionar, no es un asunto de edad ni de ser, sino de con quién estés. Con cierta persona el acto amoroso puede resultar totalmente aburrido y hasta insípido; con otra todo eso puede cambiar. ¿De verdad, lo has vivido? Sí, te lo digo por propio conocimiento, he pasado por eso. Nuestra piel dice mucho, si le sentimos tersa, lisa, seguramente funcionará. Es como la puerta de entrada. Ohhh, qué cosas dices, que interesante. Me tengo que ir, ¿me escribes mañana?

Él se concentra en su trabajo; escribe un ensayo sobre el poder de las palabras para crear situaciones, algo más delicado y sutil que convencer sobre una idea o hacer compartir un punto de vista. Es llevar a los lectores a una situación, es como encerrarlos en un ambiente o en un paisaje y sobre todo lograr que les guste, que no lo quieran abandonar. Algunos lo han experimentado, sin darse cuenta: no quieren que la novela termine, sienten una ligera melancolía cuando han concluido su lectura. A él le sucedió con *Guerra y paz* de Tólstoi. Piensa que debe variar el enfoque. Éste ángulo que ha descubierto es más original, más novedoso e inexplorado: cuando el escritor y sus lectores quedan atrapados en la misma red de palabras, y algo los impele a adentrarse y vivir en esa realidad textual.

Ella sale, cierra la puerta de su departamento y mira la del vecino. ¡Pobre, piensa, vive tan solo y nunca sale! **L**



# El fin de la felicidad

DIONISIO AMARO LANDER

**L**a tesis central que plantea *Homo Deus*, el segundo libro de la trilogía escrita por Noah Yuval Harari, es que —una vez vencidos los tres jinetes del apocalipsis que ocupaban y han provocado todo tipo de desvelos a la humanidad: el Hambre, la Guerra y las Enfermedades—, uno de los puntos cardinales de la agenda del nuevo siglo es procurar la búsqueda de la felicidad.

Como es sabido, por milenios la humanidad la ha buscado obsesiva y persistentemente. Podemos clasificar a los cazadores de esta sutil y huidiza presencia en tres grupos. En primer lugar, la mayoría que ha creído encontrarla en el poder, en la acumulación de bienes materiales, en el sexo, en el consumo o en provocar y provocarse todo tipo de daños a sí mismos y a sus semejantes, cuando creen hallarla en algún tipo de adicción; un segundo grupo ha creído encontrarla haciendo aquello que le gusta y que brinda bienestar y causa placer a los demás: pintar, danzar, escribir poesía, componer música, practicar un deporte... Unos más, los menos, han creído hallarla en el intelecto, en la sabiduría y en el conocimiento de sí mismos.

Si por felicidad entendemos los estados de bienestar emocional, optimismo, aceptación de uno mismo, buen ánimo para emprender cualquier tarea y euforia a veces, los descubrimientos científicos dicen que han estado más cerca de ella los dos últimos grupos, es decir, aquellos que hacen lo que les gusta y quienes procuran conocerse mejor. ¿Por qué? Lo que provoca esos estados de ánimo es la segregación de ciertas sustancias que glándulas del

propio cuerpo humano producen: oxitocina, endorfina, dopamina y serotonina, son componentes químicos que el mismo organismo genera.

Cualquier buen profesor de química podría explicar mejor qué los produce, pero va desde hacer ejercicio, abrazar a alguien, comer picante y recordar hechos felices, hasta cantar, exponerse a la luz solar, bailar, trabajar en equipo, obsequiar o recibir un regalo, merecer un reconocimiento, plantearse metas pequeñas para alcanzar grandes y sobre todo lograrlas.

Cada sustancia contribuye de forma particular a hacernos felices. La endorfina, por ejemplo, bloquea el dolor físico y por eso se la considera un analgésico natural del cuerpo humano; la serotonina aumenta la autoestima y fluye cuando uno se siente importante; la oxitocina es fundamental para establecer buenos y duraderos vínculos sociales, y la dopamina es considerada la “mediadora del placer” pues genera sentimientos como el amor y la lujuria.

Hay quien carece de ellas o su cuerpo no las produce. La buena noticia es que estamos próximos a obtenerlas en el laboratorio y se podrán recetar o aplicar a quien las requiera. La mala es que todos nuestros sueños, actividades, hazañas y fracasos que tenían como fin la búsqueda de la felicidad, se acabarán con la entrega de una receta que ni siquiera nos extenderá un médico o psicólogo, sino una máquina que nos comprenderá mejor con su elevada inteligencia artificial. Por eso la felicidad merece estar entre estos naufragios; porque su búsqueda la suplirá el *soma* de *Un mundo feliz*. ¿Con qué objetivos reemplazaremos nuestras ilusiones? **L**3



# El silencioso ritmo

Observaba sus rutinas para tratar de entender qué lo llevaba a coger la pluma o sentarse frente a la máquina y empezar a escribir como si una impelente voz le dictara. Al principio creyó que eso era la inspiración: un inexplicable rapto de creatividad que llegaba de súbito, sin que nada lo provocara. Luego de largos periodos de esterilidad concluyó que la inspiración no existía, siempre escribía aunque no le gustara el resultado y lo consideraba sólo un ejercicio para mantener activos los oscuros mecanismos de la creación. Después pensó en acrecentar su disciplina: se levantaba en las madrugadas, se sentaba frente a la página en blanco y no la abandonaba hasta escribir el sueño que había tenido, la misteriosa aparición de una frase, los recuerdos que se hacían claros a esa hora y a veces extrañas y confusas palabras. Con esto creyó develar el misterio: el secreto consistía en darle sentido a lo que se revolvía en su mente, abrir cauce a lo que rebullía de manera atropellada y caótica. Un día advirtió cómo árboles y plantas reverdecían y echaban flores y daban frutos sin ningún plan aparente; reparó en la puntual sucesión de las estaciones; escuchó con atención el canto de las aves y constató que volvían cada temporada para repetir un ciclo que nadie percibía; supo que la luna y sus fases de alguna manera armonizaban con el viento, las lluvias y las mareas, y recordó las lecciones de sus ancestros para sembrar, recoger las cosechas y aun cortar la madera. Por azar había encontrado la raíz de todo: el misterioso motivo de la sucesión y renovación de los ciclos estaba en el ritmo. El devenir de las estaciones, el arribo de las nubes, la germinación de las semillas, el canto de las aves, el movimiento de los cuerpos celestes y la armonía de la creación toda, como sus mejores escritos, se hallaba en el silencioso ritmo de la existencia. (D. A. L.)



## DIRECTORIO UNAM

### Rector

Dr. Enrique Graue Wiechers

### Secretario General

Dr. Leonardo Lomelí Vanegas

### Secretario Administrativo

Dr. Luis Álvarez Icaza Longoria

### Secretario de Desarrollo Institucional

Dr. Alberto Ken Oyama Nakagawa

### Secretario de Prevención, Atención y Seguridad Universitaria

Lic. Raúl Arceño Aguilar Tamayo

### Abogada General

Dra. Mónica González Contró

### Director General de Comunicación Social

Mtro. Néstor Martínez Cristo



## DIRECTORIO CCH

### Director General

Dr. Patricia Barajas Sánchez

### Secretaría General

Mtra. Silvia Velasco Ruiz

### Secretaría Académica

Lic. María Elena Juárez Sánchez

### Secretaría Administrativa

Lic. Rocío Carrillo Camargo

### Secretaría de Servicios de Apoyo al Aprendizaje

Mtra. Daniela García Pavón

### Secretario de Planeación

Lic. Miguel Ortega del Valle

### Secretaría Estudiantil

Lic. Mayra Monsalvo Carmona

### Secretario de Programas Institucionales

Lic. Víctor Manuel Sandoval González

### Secretario de Comunicación Institucional

Lic. Héctor Baca Espinoza

### Secretario de Informática

Ing. Armando Rodríguez Arguijo

## LATITUDES CCH

### Director General

Benjamín Barajas Sánchez

### Jefe de Redacción

Fernando Álvarez Téllez

### Diseño

Julia Michel Ollin Xanat Morales

### Colaboradores:

Fernando Álvarez Téllez

Dionisio Amaro Lander

Paola Canarias

Román Castillo

Ramón Cortés y Coronel

Itza Daniela Cienfuegos

Jaime León Herrera-Cano

David Huerta

Fausto Magaña Trujillo

Pablo Martínez García

René Monteagudo Rubio

Lucien de Rubempré

Erasto Trejo Artega

Renán Villamil Chaparro

© Derechos reservados 2020 Universidad Nacional Autónoma de México. *Latitudes CCH* (Núm. 3, año 1) es una publicación que corresponde al periodo noviembre 2019-abril de 2020, editada por la Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México, a través de la Dirección General del Colegio de Ciencias y Humanidades, Insurgentes Sur ese, Circuito Escolar, 2o piso, Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, Ciudad de México, C.P. 04510, teléfono 5605-2357. Correo electrónico: bbarajas45@cch.unam.mx, latitudescch19@yahoo.com.  
Editor responsable: Fernando Álvarez Téllez, correo: fdoalvtel@gmail.com. Certificado de Reserva de Derechos al uso Exclusivo: solicitud en trámite, ISSN: solicitud en trámite, Certificado de Licitud de Título y Contenido: solicitud en trámite, Impresa en la imprenta del Colegio de Ciencias y Humanidades, Domicilio: Monrovia 1002 Col. Portales, C.P. 03300, Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México; este número se terminó de imprimir en abril de 2020, con un tiraje de 1,000 ejemplares, impresión tipo offset, con papel couché de 100 grs. para los interiores y cartulina couché de 250 pts. para los forros.  
Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del director de la publicación ni de la institución. Se autoriza la reproducción de los textos aquí publicados (no así de las imágenes e ilustraciones) con la condición de citar la fuente completa y respetar los derechos de autor.



# LATITUDES CCH

“Si nadie más hace algo que debe hacerse, hazlo tú”

## ELEVEMOS LA CALIDAD DEL DIÁLOGO

Una revista de ideas, educación, arte, literatura, libros y poesía.  
Artículos, ensayos, relatos, poemas, crónicas, ilustraciones,  
entrevistas, fotografía, plástica y comentarios.

Las colaboraciones deberán escribirse en letra Arial, Times New Roman o Calibri de 12 puntos e interlineado normal. También se reciben cartas, comentarios y críticas que no excedan de una hoja tamaño carta.

[latitudescch19@yahoo.com](mailto:latitudescch19@yahoo.com)  
[bbarajas45@cch.unam.mx](mailto:bbarajas45@cch.unam.mx)

